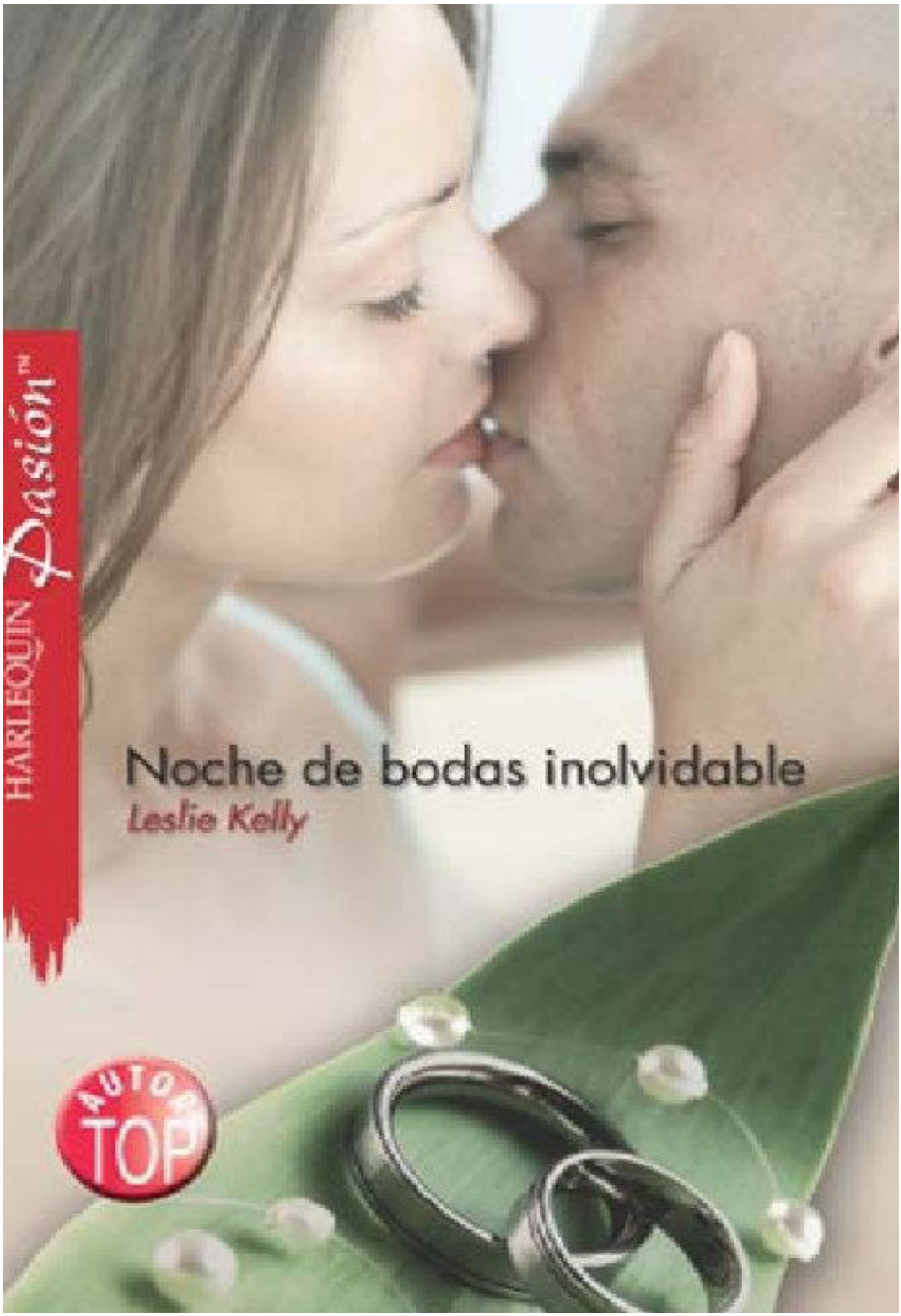
https://www.facebook.com/novelasgratis



LESLIE KELLY

Noche de Bodas Inolvidable

Noche de bodas inolvidable (2008)

Título original: One wild wedding night (2008)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Pasión 6

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Bridget Donahue, Leah Muldoon, Mia Natale, Vanesa McKee y Gloria Santori.

ARGUMENTO:

Iba a ser una noche de bodas que aquellas cinco mujeres nunca olvidarían…

Un sexy agente del FBI se había ofrecido a proteger muy de cerca a la testigo **Bridget Donahue**… y ella estaba encantada con la idea.

La bailarina de striptease **Leah Muldoon** iba a desnudarse en una limusina ante un sexy desconocido… para satisfacción de ambos.

A la abogada **Mia Natale** le esperaba la mejor experiencia sexual de su vida. ¿Pero quién era él?

Cuando la bailarina **Vanesa McKee** se encontró por sorpresa con un hombre de su pasado, no sospechaba que volverían a vivir juntos una pasión incontrolable.

Una noche de pasión en los brazos de un seductor amante europeo sin duda daría algo de emoción al matrimonio de **Gloria Santori**…

PRÓLOGO

Organizar la boda en Chicago y en pleno enero no había sido la mejor de las ideas. Sobre todo porque la ventosa ciudad llevaba toda la semana sometida a una nevada monstruosa que amenazaba con quedarse hasta el final del invierno.

Pero de algún modo, a pesar de los anchos copos blancos que se arremolinaban alrededor de la iglesia, la ceremonia había salido según lo planeado. Y ahora, un paisaje invernal maravilloso rodeaba el hotel donde habían dado la fiesta vespertina.

En opinión de Izzie Santori, el día había sido perfecto.

— ¿Feliz, preciosa?

Nick, su flamante marido, cerró la puerta del dormitorio con el pie. No podía hacerlo con las manos porque las tenía ocupadas con ella, que todavía llevaba el vestido de bodas.

—Absolutamente.

Él la besó en el cuello y la soltó.

—Consigues que un vestido blanco parezca pecaminoso.

—Porque yo soy pecaminosa —bromeó.

—No hace falta que me lo recuerdes. Recuerda que trabajo contigo...

Izzie se arqueó hacia él y entrelazó los dedos en su cabello negro y rizado, que había crecido bastante desde que abandonó el cuerpo de marines. La melena le quedaba bien; especialmente cuando se la recogía en una coleta en Leather and Lace, el club donde ambos trabajaban.

—Me alegra que decidiéramos casarnos por la mañana. Así ha podido venir toda la gente del trabajo.

—Yo también me alegro —dijo él mientras la besaba en la oreja—. Dudo que esa iglesia haya albergado tantas strippers, camareras de club y gorilas en toda su historia... Y estabas preciosa, Iz. Has conseguido que el resto de las mujeres parecieran insignificantes en comparación. Como siempre.

—Pero mis damas de honor no estaban nada mal —puntualizó.

Él asintió y alzó una mano para empezar a desabrocharle la larga fila de botones diminutos de la manga del vestido.

—Es verdad, y nadie podría decir que se parecían. En la variedad está el gusto.

Izzie pensó que tenía razón. Las damas de honor habían cubierto todo el espectro posible. Bridget, su prima, era una morena encantadora y de expresión amable que jamás había levantado la voz a nadie y que era su mejor amiga desde la infancia. Y no se parecía nada a Leah, una joven y alegre stripper que trabajaba con ellos en el club y que era más dulce de lo que nadie podía imaginar, teniendo en cuenta su profesión.

A su vez, la rubia y animada Leah era la antítesis de la hermana de Izzie, Mia, de cabello negro y corto y personalidad agresiva. Mia era abogada y su trabajo en los tribunales había aumentado su dureza natural. Desde pequeña había sido una luchadora, con sueños muy diferentes a los de su hermana mayor, Gloria, que sólo quería ser ama de casa; y a los de su hermana menor, Izzie, que deseaba ser bailarina. Cuando la invitó a la boda, Izzie contuvo la respiración porque sabía que esas cosas no le gustaban. Pero la familia era la familia y al final decidió asistir.

Luego estaba Vanessa. Una mujer de aspecto tan serio como el de Mia, aunque llena de sensualidad y calor. La impresionante y bella afroamericana era una buena amiga de Izzie desde sus días en Radio City.

Y por último, Gloria. La mayor de las tres hermanas Natale. Casada y de treinta y tantos años, era guapa a su manera, marimandona y algo chapada a la antigua. Izzie le había pedido que fuera dama de honor y madrina al mismo tiempo porque sabía que de lo contrario se habría ofendido.

Definitivamente, la gama de estilos no podía haber sido más variada. Pero todas eran mujeres a las que Izzie adoraba por su fuerza, su amabilidad, su inteligencia y su sentido de la lealtad. Y todas habían estado preciosas con los vestidos de terciopelo, de color rojo oscuro.

—Me han ayudado mucho —murmuró ella.

—Y es una suerte que mis primos les hagan compañía esta noche en el salón del hotel...

—Siento decepcionar a tus primos, pero Leah se acaba de llevar a un grupo a un club del barrio.

Nick frunció el ceño por primera vez en varios días.

— ¿Con este tiempo?

—Ha dejado de nevar y seguramente habrán limpiado las calles —dijo—. Además, sólo está a un par de manzanas de distancia y he pagado al conductor de la limusina para que los devuelva sanos y salvos al hotel.

—Tiembla, Chicago —bromeó—. Varias damas de honor andan sueltas...

—Dudo que pase nada interesante, teniendo en cuenta que Gloria se ha marchado con ellas. Les servirá de carabina.

Gloria estaba felizmente casada con el hermano mayor de Nick. Tenía tres hijos y se había alegrado mucho cuando su marido se llevó los niños a casa para que ella pudiera salir a divertirse con el resto de las mujeres.

—Sí, claro. Carabina de una abogada, una contable, una stripper y una bailarina.

— ¿Tienes algo contra las strippers y las bailarinas? —preguntó, arqueando una ceja.

Nick ya había terminado con los botones de las mangas y se puso detrás de Izzie para enfrentarse a los de la parte posterior del vestido. A medida que los desabrochaba, la besaba en la piel y deslizaba los labios poco a poco, con sensualidad y contención.

—En absoluto, cariño. Varias de mis mejores amigas son strippers y bailarinas.

Izzie inclinó la cabeza hacia delante y suspiró mientras él la desvestía. Charlar era lo último que deseaba. Y empezó a olvidarse de sus damas de honor.

Pero antes de que la cuestión desapareciera totalmente de sus pensamientos, quiso tranquilizarse y tranquilizar a su marido:

—Estarán bien, ya lo verás. Son mujeres adultas, van en grupo y además no tienen que conducir. ¿Qué les podría pasar?

LA HUÍDA

CAPÍTULO 01

Bridget Donahue había conseguido mantener la expresión de felicidad durante la agitación de la semana anterior. Pero no fue fácil. Precisamente porque se alegraba de que su prima Izzie se hubiera casado con el hombre al que amaba desde hacía años, tenía dos preocupaciones constantes.

La primera, que dos días después tenía que prestar declaración en un juicio contra su antiguo jefe. La segunda, que su experiencia personal con el amor le había dejado un regusto amargo.

De todas formas, intentó convencerse de que aquello no había sido amor, de que no se había enamorado del hombre que le había partido el corazón. Ni siquiera habían salido en serio. Pero se habían besado. No podía olvidar aquel día de finales de agosto del año anterior, cuando se besaron salvaje y apasionadamente allí mismo, en su despacho. Fue una experiencia tan intensa que sus piernas apenas la sostenían. Dean Willis, un hombre al que entonces tenía por un simple vendedor de coches usados, le había llegado a lo más hondo. Y el muy canalla lo había hecho a propósito. Como parte de su trabajo.

— ¿En qué estás pensando? —Preguntó su prima Gloria, la hermana mayor de Izzie—. ¿Estás preocupada por el juicio?

Bridget estaba sentada a una mesa con las otras damas de honor en un ruidoso y abarrotado club de Chicago. Por lo visto, Gloría había notado su expresión pensativa.

—Sí, un poco. Parece que la defensa se ha quedado sin argumentos y tendré que declarar esta semana.

La pequeña morena, una madre de tres niños que se las arreglaba para ser sexy y maternal al mismo tiempo, movió una mano en gesto de desdén.

—Marty no se va a salir con la suya. Era un cerdo que se dedicaba a lavar dinero negro en un concesionario de coches —dijo Gloria, frunciendo el ceño—. Y pensar que me gustaba aquel anuncio suyo, en el que decía ser el vendedor más honrado de la ciudad...

—Eso sólo demuestra que tienes un gusto reprobable —afirmó la mujer de cabello negro que estaba sentada a la derecha de Gloria.

Gloria miró con sarcasmo a su hermana Mia, la segunda de las hermanas Natale y la única que seguía soltera tras la boda de Izzie.

—Tal vez tenga mal gusto, pero al menos soy una mujer casada —dijo, antes de girarse hacia su prima—. Estás haciendo lo correcto, Bridget. Eres un ejemplo para todos.

—Es cierto —intervino Mia—. Ojala que hubiera más personas como tú... mi trabajo sería mucho más fácil.

Mia había sido fiscal en Pittsburgh hasta poco tiempo antes. Ahora estaba de vuelta en Chicago, aunque Bridget seguía sin verla muy a menudo. Era una mujer celosa de su vida privada.

Bridget las miro y pensó que había hecho bien al prestarse a declarar contra Marty. Sobre eso no tenía ninguna duda. Pero el juicio, que empezaba el lunes, podía obligarla a tener que enfrentarse a él, a Dean Willis, al agente del FBI que la había utilizado para conseguir pruebas contra su antiguo jefe.

—Esa expresión no parece de una mujer preocupada. Parece más bien de alguien molesto porque le han dado una buena patada en el trasero — dijo Vanessa McKee, la impresionante amiga de Izzie—. Venga, cuéntanos. Estábamos compartiendo historias de hombres...

—Mia no ha contado nada —se defendió Gloria.

Su hermana le dedicó un gesto grosero, pero Gloria no hizo caso.

La última del grupo, Leah, una joven de cara encantadora que trabajaba con Izzie en el club, dio unos golpecitos sobre la mesa y frunció el ceño. Hacía verdaderos esfuerzos por parecer agresiva y peligrosa, pero con sus rizos rubios, sus mejillas sonrosadas y sus grandes labios parecía una muñequita.

—No les escuches, Bridget. No tienes que contarnos nada que no quieras contar.

Las demás parecieron estar de acuerdo y permanecieron en silencio, Bridget se alegró porque no le apetecía hablar. La única que conocía tocios los detalles de lo sucedido era Izzie. Sabía que Dean Willis había fingido que estaba interesado en ella y que se había alejado al averiguar que no tenía nada que ver con las actividades ilegales de su jefe.

La había dejado en ridículo. Y no quería recordarlo. Sobre todo delante de un montón de damas de honor achispadas que acababan de salir de una boda maravillosa.

Por suerte para ella, la conversación cambió radicalmente y se alejó de sus problemas personales cuando un hombre alto y atractivo pasó junto a la mesa. Causó tal distracción que decidió aprovechar el momento para marcharse.

—Estoy muy cansada. Será mejor que me vaya... Le diré al chófer que pase después a recogeros —dijo.

Las mujeres protestaron al unísono, pero Bridget no se dejó convencer. Sus últimas semanas habían sido demasiado largas. Como dama de honor de Izzie, había tenido que ayudarla a organizar un montón de fiestas y la habitual despedida de soltera. Y todo ello, sin dejar de preocuparse por la perspectiva del juicio.

Además, nunca le habían gustado demasiado los bares. Prefería pasar las veladas con alguien especial. Aunque hacía tiempo que no conocía a nadie que encajara en esa categoría. Y teniendo en cuenta su experiencia con Dean, sospechaba que eso no iba a cambiar pronto.

Para su sorpresa, Leah también se levantó.

—Yo también me marcho —dijo, bostezando—. Quiero echar un sueñecito y recuperarme de las copas por si al final me da por trabajar esta noche.

Tras las despedidas de rigor, Bridget se abrió paso hacia la salida. El local estaba lleno de gente y se llevaron unas cuantas miradas de apreciación. Pensó que probablemente se debía a sus preciosos vestidos de terciopelo rojo, o a la belleza algo infantil de Leah, que a fin de cuentas tenía un cuerpazo.

En cuanto a ella misma, no se consideraba precisamente atractiva. Sólo era una contable de aburrido cabello castaño y figura normal y corriente. Pero los hombres la miraron de tal forma que lo achacó a que habían bebido más de la cuenta.

Cuando salieron a la calle, Bridget buscó la limusina con la mirada. No la encontró, aunque vio una muy parecida.

— ¿Dónde está la nuestra? —preguntó extrañada.

Esperaba que Gloria lo supiera, así que decidió llamar a su prima en lugar de volver a entrar en el club. Pero cuando abrió el bolso, se dio cuenta de que no podría.

—Oh, no, me he dejado el teléfono móvil...

Recordó que un rato antes, al entrar en el cuarto de baño, el bolso se le había caído al suelo y su contenido se había desparramado. Supuso que el móvil se habría quedado allí.

Leah se había adelantado un poco y se giró para mirarla, Bridget hizo un gesto con una mano.

—Márchate. No hace falta que regresemos las dos...

Bridget volvió a entrar en el local, sin esperar a ver si Leah le había hecho caso. Al verla, el portero sonrió,

— ¿Ya estás de vuelta?

—Creo que el móvil se me ha caído en el cuarto de baño.

Al verla tan preocupada, el hombre se apiadó de ella.

—Entra por la otra puerta y así no tendrás que atravesar todo el club —dijo mientras le abría la entrada de empleados—. Sigue hasta el final del pasillo. La última puerta a la derecha da directamente a los servicios.

Bridget sonrió y siguió sus instrucciones. El largo y estrecho corredor no se parecía nada al iluminado y ruidoso bar en el que había estado unos minutos antes. Sus pasos resonaban en las baldosas y le recordaban que estaba completamente sola.

Cuando llegó a la puerta de los cuartos de baño, la abrió y susurró:

—Ojalá que siga en el suelo...

Por fortuna, el suelo del servicio de mujeres no estaba demasiado sucio. Pero a pesar de ello puso cara de asco cuando se agachó y empezó a buscar por la zona donde se le había caído el bolso.

Lo encontró después de tocar un par de cosas que le pusieron los nervios de punta.

— ¡Sí!

Recogió el móvil, se lo guardó en el bolso y regresó por el desierto pasillo.

Estaba tan oscuro que no vio al hombre hasta que casi había chocado con él. Era alto y ancho de hombros y le pareció peligroso, aunque no supo por qué. Al fin y al cabo, cabía la posibilidad de que simplemente estuviera esperando a alguna amiga que también había entrado en el servicio.

Pero en ese momento recordó que ésa era la entrada de los empleados, no la normal del club, y se puso tensa de inmediato.

Intentó tranquilizarse pensando que estaba en un local público y que a pocos metros había varios cientos de personas. El hecho de que hubiera estado a punto de chocar con un hombre silencioso y vestido de negro no significaba nada. Sin embargo, su corazón se había acelerado. Y el desconocido parecía estar oculto a propósito. Y por si fuera poco, tenía un aroma muy familiar.

—Oh, Dios mío...

Era el aroma de una loción para después del afeitado. Nada especial, salvo por el hecho de que sólo la había olido en una persona.

Tuvo la impresión de que su corazón se detenía en seco. Sintió ira, rabia y arrepentimiento mientras intentaba controlar sus emociones en vano. Después, intentó girar en redondo y marcharse por el camino contrario. Pero una mano se cerró sobre su brazo y la obligó a detenerse.

—No te vayas.

—Suéltame.

—Tienes que venir conmigo.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —espetó—. Quítame las manos de encima.

—No hay tiempo para discusiones.

El hombre la atrajo hacia él con fuerza, aunque su atención estaba centrada en el otro extremo del corredor, en la puerta tras la que debía de estar el portero del club. Bridget recobró la esperanza y pensó que él la ayudaría. Unos segundos después, vio que la puerta se abría y se preparó para gritar y pedir ayuda,

Pero no pudo. Porque antes de que pudiera actuar, se encontró atrapada contra un cuerpo sólido como una roca. Y una boca cálida y firme descendió sobre la suya.

Inconscientemente, entreabrió los labios. Él la besó apasionadamente, jugueteando con su lengua y dejándola sin aliento y sin capacidad de pensar. Bridget no fue capaz de resistirse. Le gustaba demasiado.

Por fin, él se apartó.

—Ya se han marchado —dijo.

Su voz sonó fría y decidida, totalmente ausente del estremecimiento que la dominaba a ella. Aquello la enfureció todavía más, y estaba a punto de decirle lo que pensaba de él cuando le tapó la boca con la mano.

—Silencio. No hagas ningún ruido.

Ella le mordió los dedos e intentó gritar.

—Maldita sea...

En ese momento, él la tomó en brazos con tanta facilidad como si no pesara nada y llevó una mano al botón de la alarma de incendios.

—Luego te explicaré lo que sucede —continuó—. Ahora tenemos que marcharnos de aquí.

Pulsó el botón sin decir otra palabra. La alarma se activó, pero Bridget no tuvo ocasión de sorprenderse porque de repente se encontró echada sobre uno de sus hombros, como si fuera un saco. Al sentir la fuerza de sus músculos, soltó un gemido y sintió un intenso calor. No se podía decir que fuera una posición precisamente romántica, pero le tocaba la espalda, sentía una mano en el trasero y por si fuera poco la rodeaba aquel aroma tan maravilloso.

Por los sonidos que le llegaban, supuso que los clientes del club intentaban salir a la calle. Pero no podía concentrarse en eso. No podía hacer nada salvo disfrutar del contacto del hombre y de su cálido aliento, que le acariciaba la cadera y se introducía bajo su abrigo y su vestido.

Poco después, él abrió la salida de emergencia y se encontraron en la parte trasera del edificio.

Hacía frío y la peor de sus pesadillas se había confirmado. La habían raptado. En un local público. Y su captor no era otro que Dean Willis, el agente del FBI al que había aprendido a odiar durante los últimos meses.

El agente especial Dean Willis llevaba tres días siguiendo a Bridget Donahue. Tres largos y dolorosos días durante los que no había dejado de torturarse mentalmente por haber permitido que las cosas llegaran a ese punto.

Lamentaba haberse acercado a ella, haberse aprovechado de ella y haberla utilizado. Tanto como lamentaba haberse enamorado.

Pero sabía que Bridget no le creería. Sobre todo por la forma en que había descubierto su verdadera profesión. Hasta entonces, ella creía que era un agradable y aburrido vendedor de coches usados, un hombre de trajes que le quedaban mal, cabello revuelto y gafas torcidas. Lo creía porque él lo quería así. Necesitaba ganarse su confianza y había abusado de ella para asegurarse de que Bridget no estaba implicada en los negocios sucios de su jefe. A fin de cuentas

era la contable de Marty, un tipo que se dedicaba a lavar dinero negro procedente de dos narcotraficantes locales.

Todo el mundo, incluido él mismo al principio, había dado por sentado que Bridget era cómplice. Cuando empezó a conocerla, supo que se habían equivocado y decidió demostrarlo. Pero para ello tuvo que acercarse en exceso. Hasta conseguir su afecto y hasta desarrollar, a su vez, un intenso afecto por ella.

Bridget era la mujer más maravillosa que había conocido. Dulce, graciosa, inteligente y con sentido del humor. Todo lo que siempre había deseado en una mujer.

Desgraciadamente, su trabajo le había obligado a utilizarla. Por eso, cuando Bridget entró una mañana en el concesionario y lo descubrió con su equipo del FBI mientras detenían a Marty, comprendió que lo odiara. Dean intentó explicarse, pero ella no escuchó. Se limitó a alejarse de él.

Sabía que Bridget tampoco le habría escuchado en ese momento si le hubiera dicho que se encontraba en peligro. Así que no había tenido más opción que ocultarse entre las sombras y seguirla durante tres días, sintiendo la tortura de su aroma y sufriendo la visión de su figura esbelta, de su largo y precioso cabello castaño, de sus suaves mejillas y de sus grandes labios, que se habían curvado con más de una sonrisa durante la boda de su prima.

Y todo el tiempo, sabiendo que alguien intentaba matarla.

—Maldita sea, suéltame—insistió ella.

Dean obedeció y la dejó en el suelo, aunque mantuvo un brazo alrededor de su cintura para evitar que saliera corriendo y usó la mano libre para abrir la portezuela de su furgoneta. La había dejado en el aparcamiento de los empleados, en lugar tranquilo y de fácil acceso, por si las cosas se complicaban y tenían que huir.

— ¡Déjame en paz!

—Cállate, Bridget. Tenemos que marcharnos. Te lo explicaré todo mas tarde.

Ella empezó a forcejear y a darle patadas con todas sus fuerzas.

—Si no me sueltas, empezaré a gritar.

—Con la alarma de incendios, no te oirá nadie —dijo, nada preocupado por su amenaza—. Y ahora, haz el favor de entrar en la furgoneta y tranquilizarte. Esto es muy serio.

Dean la empujó al asiento trasero del vehículo. Pero no podía pasar al delantero sin correr el riesgo de que aprovechara la ocasión para escaparse, de modo que la tomó por la mandíbula, clavó la mirada en sus ojos azules y añadió:

—Alguien te ha estado siguiendo.

—Sí, tú.

—No. Alguien que no quiere que declares en el juicio y que está dispuesto a hacer todo lo posible por impedirlo.

Bridget abrió la boca, pero la cerró de inmediato. Después, entrecerró los ojos y lo miró como si no entendiera nada y le costara asumir la idea de que alguien quería hacerle daño.

A él mismo le costaba asumirlo. Y desde el momento en que lo había sabido, desde que le informaron en el departamento, había estado actuando a golpe de pura ira y adrenalina.

Quien intentara hacerle daño lo pagaría muy caro. Se encargaría personalmente de que lamentara el día en que había nacido.

Pero lo principal, en ese momento, era que Bridget cooperara con él.

—Confía en mí, te lo ruego. Sé que me odias y lo comprendo. Pero te prometo que sólo intento protegerte —declaró.

Bridget lo miró y él supo que estaba preparando una respuesta irónica. La ironía y la fuerza de aquella mujer eran dos de las virtudes que más le gustaban en ella, especialmente porque resultaban inesperadas en alguien de actitud y belleza tan tranquilas.

Sin embargo, el sonido de las sirenas que se aproximaban apagó la voz de Bridget. Miró hacia la parte delantera del edificio como si considerara la posibilidad de salir corriendo y refugiarse entre la multitud. Luego miró a Dean y dejó de fruncir el ceño. Todavía había enfado en su expresión, pero la desconfianza había desaparecido.

Aunque estaba furiosa, no era estúpida. Sabía que él podía protegerla.

—Muy bien. ¿Qué quieres que haga?

CAPÍTULO 02

Unos meses antes, cuando se conocieron, Dean había demostrado ser un mentiroso. Pero Bridget sabía que aquella noche decía la verdad. Su tensión y su enfado apenas contenido demostraban que su preocupación era real.

Y estaba preocupado por ella. Lo conocía lo suficiente como para saber que no tenía otro motivo para estar allí y que en su presencia había un componente de afecto personal. Sus besos la habían estremecido tanto como los que se habían dado en agosto, en su despacho. Pero a él no le habían afectado. Por lo visto, Bridget no significaba nada para Dean. Se lo había dejado bien claro el día que permitió que otros agentes del FBI, convencidos de que tenía algo que ver con los tejemanejes de Marty, la interrogaran durante horas.

Dejar que la interrogaran había sido el menor de sus delitos. En cambio, permitir que se encaprichara de él era algo que no le podía perdonar.

—Agáchate —ordenó él mientras arrancaba la furgoneta.

Bridget obedeció y se tumbó en el asiento trasero. El vehículo arrancó en seco y giró tan bruscamente en la esquina que estuvo a punto de caerse. Pero la mano de Dean apareció de repente, la agarró del hombro y lo impidió.

Ella le volvió a maldecir en silencio. Odiaba que el simple contacto de sus manos bastara para estremecerla de los pies a la cabeza.

—No te preocupes. Estoy bien —dijo entre dientes.

—No te muevas.

Bridget pensó que, de todas formas, no habría podido moverse.

—Y no levantes la cabeza —continuó.

—Descuida —protestó—. Concéntrate en conducir.

Dean no dijo nada. Se limitó a apartar la mano y a llevarla de nuevo al volante. Era obvio que la necesitaba, porque acto seguido hizo una serie de giros y maniobras igualmente bruscas, como si intentara alejarse de un posible perseguidor. Conducía como si hiciera un día cálido y soleado y estuvieran en una carretera vacía y bien asfaltada. Pero el día estaba cubierto y había montones de nieve y peligrosas placas de hielo por todas partes.

Siguió así durante cinco minutos. Bridget lo observó a través del espacio que había entre los dos asientos delanteros. Contempló la forma en que se inclinaba hacia delante, casi tocando el volante con el pecho, y sus miradas constantes a izquierda y derecha. Pero su concentración no evitó que estuvieran a punto de chocar con una limusina negra.

— ¡Cuidado! —grito ella.

—Se suponía que ibas a mantenerte agachada.

—También se supone que quieres mantenerme con vida.

—El que conduce soy yo.

—Y también eres el que ha estado a punto de chocar.

Dean recobró el control de la furgoneta y el conductor de la limusina tocó el claxon con enfado.

Bridget deseó estar de vuelta en el hotel y meterse en la cama. No quería estar allí, con él, con el hombre que se le había metido en la cabeza y que conquistaba todos sus sentidos con su aroma, su calor y sus atractivos rasgos.

El Dean que ella había conocido era un hombre encantador y guapo, pero también de apariencia tímida y algo juvenil. Pero en el hombre que conducía en ese momento no había nada juvenil. Intentaba alejarla del peligro y su cuerpo estaba tenso por la descarga de adrenalina.

— ¿De verdad me quieren matar? —susurró.

La luz del salpicadero era muy leve, pero Bridget vio que entrecerraba los ojos.

—Sí.

No podía creerlo. A ella siempre le habían gustado las novelas y las películas de misterio, pero la idea de ser el objetivo de un asesino le parecía completamente absurda.

— ¿Quién? ¿Marty?

Dean notó el tono de dolor en su voz, que Bridget no pudo ocultar. Aunque Marty fuera un delincuente, lo conocía desde su infancia y habían crecido en el mismo barrio. Siempre había sido amable con ella, aunque también paternal y difícil como jefe. Era increíble que ahora quisiera matarla.

—No, no se trata de Marty —respondió al cabo de un momento—. Son sus... antiguos colegas.

Sorprendentemente, Bridget se sintió aliviada al saber que no era el objetivo de un vendedor de coches usados sino de un grupo de narcotraficantes,

— ¿Estás seguro?

Dean asintió.

—Sí. Precisamente ha sido Marty quien nos ha avisado del plan para acabar con tu vida.

— ¿Un plan? —preguntó, asombrada.

Dean se giró hacia atrás como si tuviera intención de volver a tocarla en el hombro. Pero en lugar de eso, sus fuertes y largos dedos le acariciaron la mejilla. Suave y cuidadosamente.

Bridget sintió un calor intenso.

En el pasado, sólo la había tocado unas cuantas veces; y al igual que durante su apasionado encuentro en el despacho, la huella de su contacto se le había quedado grabada en la memoria. A veces, se liberaba de su inconsciente y la atormentaba durante largas noches de vigilia en las que pensaba que nunca podría olvidarlo. Porque los simples besos y las caricias que habían compartido le parecían mucho más íntimos y eróticos que sus experiencias sexuales con otros hombres.

Los dedos de Dean descendieron hacia sus labios. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, apartó rápidamente la mano y carraspeó.

—No te preocupes. Estarás bien —dijo.

Bridget tragó saliva y se frotó la mejilla, que volvía a estar fría. Le costó mucho, pero intentó concentrarse en la crisis en la que estaban envueltos.

— ¿Qué dijo exactamente Marty?

—Bueno, mantuvo la boca cerrada y no denunció a sus cómplices hasta que supo que pretendían librarse de las pruebas que tenemos contra ellos. Empezando por ti.

— ¿Por mí? ¡Pero si yo no sé nada! —Exclamó, repitiendo lo mismo que les había dicho a los agentes del FBI y al fiscal—. Nunca vi drogas en el concesionario ni me encontré con ninguna situación sospechosa.

—No se trata de lo que sepas sobre ese asunto, sino de lo que sabes sobre el negocio de Marty. Eras su contable y puedes decir cuánto dinero debía entrar y cuánto dinero entraba realmente. Conoces las cuentas bancarias que usaban y las que cerraron con el paso del tiempo. Para ellos eres un peligro.

Las palabras de Dean no sorprendieron a Bridget. El fiscal le había dicho más o menos lo mismo. Pero despertaron una esperanza tímida en su interior.

—Si Marty está colaborando con vosotros, es posible que yo no tenga que declarar...

—Me temo que no es exactamente así.

Ella suspiro.

—No ha dado nombres —continuó él—. Sólo se ha mostrado dispuesto a colaborar en lo relativo a ti. En mi opinión, Marty espera que detengamos al que te sigue para que sea él quien denuncie a sus jefes.

—Menudo individuo.

—Sí. Te aseguro que me encantaría darle las gracias en persona —ironizó.

Bridget se estremeció un poco. No sólo por la rabia contenida en el comentario de Dean, que obviamente quería darle las gracias a puñetazos, sino porque todavía le afectaban la fuerza y la energía de aquel hombre. Era la primera vez que veía ese aspecto de su personalidad. Primero, había sido el compañero encantador con el que trabajaba; después, el frío investigador del FBI; y ahora, un hombre poderoso y lleno de ira.

—Creo que ya puedes sentarte —continuó él.

Bridget se incorporó lentamente y se sentó, pero en el borde del asiento, inclinada hacia delante y con la cara casi pegada a Dean. Lo justo para poder aspirar su aroma y contemplar el pelo rubio de su nunca, que se rizaba al estilo informal que llevaba cuando se hacía pasar por vendedor de coches. Sus dedos palpitaban con la tentación de tocarlo, de acariciarlo, de expulsar al conservador agente del FBI y reencontrarse con el hombre divertido que le hacía reír.

Desgraciadamente, su cuerpo no se daba por enterado de lo sucedido y se negaba a odiarlo. Incluso en esas circunstancias. A pesar del terror que le producía la posibilidad de que el asesino la hubiera matado en el club, delante de sus familiares y amigos; y del enfado por haber sido raptada por su propio bien. Se sentía profundamente atraída por él. Los latidos de su corazón se habían acelerado y su respiración era bastante irregular.

Además, sus zonas más femeninas se empeñaban en recordarle que no había hecho el amor en mucho tiempo; como si fuera necesario que se lo recordaran. Sus pezones se endurecieron contra la tela del vestido y sintió un calor creciente entre los muslos. No cabía duda alguna sobre su respuesta física ante el agente especial Willis.

Si en ese momento la hubiera invitado a pasar delante y sentarse en su regazo, sus piernas habrían saltado como un resorte aunque su cerebro hubiera ordenado lo contrario. Estaba segura de ello. Y también estaba segura de que más tarde, cuando él volviera a su vida normal y terminara el trabajo, se arrepentiría.

No tenía muchas opciones. Debía alejarse de Dean en cuanto pudiera.

Dean siguió conduciendo. Sin dirección fija, sin conocer su destino final. Se limitó a conducir para alejar del peligro a la esbelta mujer que estaba en el asiento trasero. A la mujer que seguramente no había dejado de lanzarle miradas de odio a la nuca desde que subió al coche.

— ¿Adónde vamos? —Preguntó ella al cabo de un rato—. ¿Me llevas a tu despacho?

Él sacudió la cabeza.

—No. A otro sitio.

Su despacho era el último sitio del mundo adonde podía llevarla. Dean había actuado sin consentimiento de sus superiores; la había sacado del club por su cuenta y riesgo y sabía que su jefe no se alegraría mucho si lo viera allí.

Aquel asunto podía significar el fin de su carrera. Pero le daba igual. Al departamento no le importaba arriesgar la vida de Bridget si con ello podían capturar a un delincuente importante. Y él no estaba dispuesto a permitirlo. Porque ella no lo sabía ni les había dado permiso para que la utilizaran de cebo. Y porque no se trataba de una mujer cualquiera, sino de Bridget Donahue.

— ¿Y qué sitio es ése? —preguntó ella.

Bridget se inclinó tanto hacia delante que su cabello le acarició el brazo. Dean llevaba chaqueta y camisa de manga larga, a pesar de lo cual sintió algo con el contacto. O tal vez lo imaginó. Tal vez imaginó que le acariciaba el cabello, que exploraba las profundidades de su boca y que acto seguido se dedicaba al resto de su cuerpo.

— ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Insistió Bridget—. ¿Es que me llevas a casa?

—Por supuesto que no. Iremos a un lugar seguro y te quedarás allí hasta que la amenaza haya desaparecido.

De repente, mientras hablaba, a Dean se le ocurrió el sitio perfecto. El tiempo era terrible y llegar allí le costaría más de la cuenta, pero la furgoneta tenía tracción a las cuatro ruedas. Lograrían llegar, o al menos se quedarían a una distancia suficiente para hacer el resto del camino a pie.

Sólo había una dificultad: su vestido. Con esa indumentaria no podrían ir a ninguna parte. Pero pensó que ya se enfrentaría a ese problema si llegaba a plantearse.

—Entonces, ¿me llevas a una casa segura? ¿A un sitio del FBI?

—No.

Bridget lo miró en el retrovisor y entrecerró los ojos con desconfianza.

—Por favor, no me digas que me llevas a tu casa… por mi propio bien. Tal vez me comportara como una idiota hace unos meses, pero ya no soy una niña. Y si me has raptado por motivos personales, terminarás en la cárcel.

Dean no pudo evitar soltar una carcajada ante su expresión feroz y su tono amenazador. Ella ya no era la contable tranquila que había conocido el verano anterior, y el cambio no le disgustaba en absoluto. De hecho, su energía y su ferocidad era lo que más había echado de menos desde entonces.

—Vamos a un sitio que está fuera de la ciudad.

Dean contempló su expresión mientras asimilaba la noticia y notó que suspiraba y que sus ojos brillaban ligeramente.

Habría apostado el sueldo del mes a que aquellos gestos no eran síntoma de miedo, sino de excitación. Porque Bridget podía negarlo, pero entre ellos había una atracción muy intensa. Una atracción que había quedado completamente demostrada aquella tarde en su oficina: Dean vio que otro de los vendedores coqueteaba de forma grosera con ella y se lo quitó de en medio sin contemplaciones. Cuando se quiso dar cuenta, el enfado por lo sucedido y la tensión sexual lo llevaron a besarla apasionadamente. Bridget cerró las piernas alrededor de su cuerpo. Y habrían hecho el amor allí mismo, encima de la mesa, si Dean no se hubiera contenido.

No podía hacerlo. Era un agente del FBI en misión secreta, y sabía que ella lo odiaría cuando lo averiguara.

Ahora, su odio era más que evidente. Pero el brillo de sus ojos y su forma de entreabrir los labios y humedecérselos con la lengua significaba algo bien distinto: que por mucho que lo odiara, también lo deseaba.

—Si tienes intención de llevarme a un hotel, no puedo. No llevo ni siquiera un cepillo de dientes encima, y mucho menos...

Bridget no terminó la frase. Dean la miro por el retrovisor y supo que no estaba tan preocupada por el cepillo de dientes como por otras cosas. Por ejemplo, por unas braguitas limpias.

—No te preocupes. Eso tiene solución.

—No pienso llevar este vestido de boda hasta que declare el lunes que viene —afirmó—. Y tampoco pretenderás que me lo quite y me quede en paños menores.

Bridget lo miró a los ojos y Dean se revolvió en el asiento con incomodidad. La idea de que se quedara sin más ropa que unas braguitas y un sostén, tal vez tan rojos como el vestido, le resultó muy tentadora.

—Para en algún sitio y compraré ropa —añadió.

—Son las diez de la noche del sábado y estamos en mitad de una ventisca —gruñó él.

—Pues llévame al hotel y recogeré la maleta...

—Tu habitación ya no es segura.

— ¿Cómo? —preguntó, asombrada.

Dean quiso explicarle lo que sucedía, pero al ver su imagen en el retrovisor cambió de opinión. Había cerrado los ojos, sacudía la cabeza en silenciosa negativa y temblaba ligeramente.

Hasta entonces había demostrado una gran fortaleza. No había hecho preguntas innecesarias y había confiado en él. Pero la realidad era tan dura que empezaba a hundirse. Estaba asustada.

—No permitiré que te ocurra nada malo —susurró.

Ella abrió los ojos de nuevo y lo miró con intensidad durante unos segundos. Después, asintió, se tranquilizó un poco y dijo:

—Lo siento. Tu comentario de la habitación ha sido demasiado para mí. Hace que todo parezca tan terriblemente real...

—Lo comprendo.

—Pero ya estoy bien.

Dean deseó girarse y abrazarla. Sólo para animarla. Para que supiera que no estaba sola.

Pero tenían que seguir adelante. Debía asegurarse de que nadie, ni sus propios compañeros del FBI, pudiera localizarlos: y mucho menos el hombre que la perseguía, Y luego, cuando ya estuviera seguro, la sacaría del coche y se encargaría de mantenerla a salvo.

O moriría en el intento.

CAPÍTULO 03

Bridget siguió dándole la lata, pero pasó una hora más antes de que Dean se dignara a considerar la posibilidad de detenerse. Necesitaba un cepillo de dientes por lo menos, pero Dean se negó de nuevo y dijo que no se arriesgaría hasta que estuvieran lejos de la ciudad.

Lejos de la ciudad. Lejos de su casa, de su familia y de sus amigos. Sin muda de ropa, sin que nadie conociera su paradero y sin más compañía que la de un hombre que prácticamente la había secuestrado.

Y sin embargo, no estaba asustada.

Tal vez fuera por la tranquilidad de su tono de voz o por la seguridad que demostraba al afirmar que todo saldría bien. O tal vez, sencillamente, por las palabras que había pronunciado: «No permitiré que te ocurra nada malo».

Lo había dicho en serio. De eso estaba completamente segura. No permitiría que le hicieran ningún daño físico.

Pero emocionalmente, en cambio, era otra cuestión. Bridget llevaba varios meses intentando recuperarse de su relación con Dean. Y no lo había conseguido. Así que no tenía más opción que alejarse de él tan pronto como pudiera.

Entre tanto, decidió averiguar lo que sucedía. Dejó que Dean se explicara y sólo al final, cuando ya había terminado, dijo:

—Entonces, si Marty no os hubiera dado esa información, esta noche habría vuelto a la habitación del hotel y me habría encontrado con un pistolero.

—Sí, pero ya no corres ese peligro.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no estás allí —respondió—. Y cuando declares en el juicio, ya no tendrán motivos para matarte. No ganarían nada con ello.

— ¿Y no sabes quién quiere asesinarme?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabías que me había seguido hasta el club?

Dean la miró y frunció el ceño.

—Llevamos cuarenta y ocho horas investigando las matrículas de los coches que estaban cerca de tu casa o de tu despacho. Y encontramos una coincidencia. Uno de ellos aparcó junto a tu hotel —respondió—. Además, esta noche hemos recibido la llamada de un testigo que había visto a alguien sospechoso en la puerta de tu habitación.

Bridget se estremeció.

— ¿Ha entrado en mi habitación?

Él asintió.

—Me temo que sí.

—Pero mis primas...

—Tranquila. No son ninguna amenaza para él. Solo te busca a ti.

Bridget no supo qué decir.

—Me llamaron del departamento justo cuando tú salías del club —continuó—. El equipo que seguía al coche sospechoso lo había perdido de vista, pero hubo suerte y un coche patrulla lo localizó... precisamente cerca del club.

—Oh, Dios mío...

—Te seguí cuando volviste a entrar y decidí actuar. No sé quién te sigue, así que no podía permitir que te quedaras allí ni que volvieras al hotel.

—Y decidiste raptarme.

—Decidí salvarte —puntualizó.

Antes de que Bridget pudiera abrir la boca, Dean le dio una buena sorpresa: puso el intermitente y tomó una desviación. Afortunadamente, los equipos de limpieza habían hecho un gran trabajo al retirar la nieve de la autopista. Pero la carretera por la que avanzaban ahora estaba cubierta de nieve.

—No te preocupes. La furgoneta tiene tracción a las cuatro ruedas.

—Y ahora, ¿accederás a detenerte?

—Claro. Necesitamos comida.

Bridget se sintió muy aliviada. Si paraban en un lugar público, tal vez podría pedir ayuda a otra persona. A alguien que no fuera Dean, que no la excitara ni la enfureciera tanto.

Sabía que estaba en deuda con él por haberle salvado la vida, pero eso no significaba que tuviera que seguir bajo su vigilancia. Tenía amigos y familiares. Incluso podía llamar a Mi a, que conocía perfectamente los asuntos legales. Era tan dura como cualquier delincuente y había perseguido a docenas de ellos.

Tomó la decisión rápidamente. Se libraría de él a la primera oportunidad.

Dean se dirigió hacia una gasolinera con tienda y aparcó delante.

—Espera un momento. Hay demasiada nieve...

Bridget no supo lo que quería decir hasta que Dean abrió la portezuela trasera y la tomó en brazos.

—Si caminaras con esos ridículos zapatos de tacón alto, resbalarías en las placas de hielo y te romperías el cuello —continuó él.

Bridget pensó que esos ridículos zapatos le habían costado el sueldo de una semana. Pero no fue capaz de abrir la boca para protestar porque su contacto la había dejado sin habla. Era tan electrizante que perdió el sentido del tiempo y del espacio. No pudo hacer nada salvo apretarse contra él y disfrutar de su calor. Y sólo volvió a respirar cuando Dean la dejó en la zona limpia de nieve.

Entonces, recuperó el control de sus emociones y abrió la puerta de la tienda.

— ¿Adónde vas? —preguntó él.

— ¿Adonde crees que voy? —dijo ella, dirigiéndose al cuarto de baño.

Él frunció el ceño.

—Está bien, pero date prisa.

Bridget pensó que se daría más prisa de la que imaginaba. Pero en llamar a Mia o a cualquiera que pudiera sacarla de aquel lío. Por muy agradecida que le estuviera, no tenía la menor intención de pasar un día y medio, a solas, con él.

Parte de ella sabía que Dean era su opción más segura. Pero sólo en un sentido físico del término. Porque emocionalmente no era capaz de soportar su atractivo más de treinta segundos, y cualquiera sabía lo que podía pasar en varias horas.

En cuanto entró en el cuarto de baño, sacó el teléfono móvil y marcó el número de Mia. No sólo era abogada, sino también una mujer seria y razonable. No se volvería loca como Gloria ni estaría a punto de sufrir un infarto como sus padres.

El teléfono sonó tres veces. Y la voz que respondió era mucho más profunda que la de su prima.

— ¿Dígame?

—Lo siento... es posible que me haya equivocado de número —dijo ella—. Estoy intentando localizar a mi prima, Mia Natale.

—Ah, no te has equivocado —afirmó la voz.

Bridget casi se alegró. Sabía que Mia no había estado con ningún hombre desde su vuelta a Chicago. Y por lo visto, aquella noche había pescado a uno.

— ¿Podría hablar con ella?

—Lo siento. Mia está... en medio de algo.

Bridget maldijo su suerte. Mia estaba haciendo el amor con un ligue cuando más la necesitaba. Y no tenía más remedio que interrumpirla. Pero antes de que pudiera intentarlo, la conexión se cortó.

El muy canalla había colgado.

Segundos después, Dean llamó a la puerta del servicio.

—Venga, tenemos que volver a la carretera...

Bridget volvió a marcar. Esta vez saltó el contestador, así que dejó un mensaje:

—Soy Bridget. Estoy metida en un lío. Llámame de inmediato.

— ¿Con quién hablas? —preguntó Dean.

—Con nadie.

Bridget se giró y abrió el grifo del lavabo para hacer ruido. Era la primera vez que se miraba en el espejo y descubrió a una mujer pálida y desastrada.

Tenía muy mal aspecto. Supuso que el pelo se le habría revuelto cuando Dean la cargó en el hombro. Además, el maquillaje se le había corrido con las escasas lágrimas que había derramado al saber que querían asesinarla. Y en cuanto al carmín, sus besos se habían encargado de borrarlo.

Se miró a los ojos y notó un brillo extraño en ellos. No era exactamente miedo, aunque estuviera asustada: era excitación. Y no por el hecho de que la persiguieran y la hubieran rescatado, sino por el hecho de que Dean, el hombre al que había deseado con toda su alma, fuera su salvador.

Justo entonces, cayó en la cuenta de la oportunidad que tenía. Podía pasar el fin de semana con el hombre de sus sueños. Lejos de casa y lejos de todo. Sólo tenía que recordar que aquella relación era imposible y que al lunes siguiente, cuando declarara en el tribunal, volvería a alejarse de ella.

Era un dilema realmente difícil. Y como siempre que se enfrentaba a un dilema, se preguntó qué haría Izzie en esas circunstancias.

Con toda seguridad, aceptaría el reto. Seduciría a Dean y disfrutaría de un fin de semana de sexo y pasión sin alimentar expectativas falsas. Y luego se marcharía con unos recuerdos increíbles y sin ataduras de ninguna clase.

—Podría disfrutar y luego olvidarme de él de una vez para siempre —se dijo en voz baja.

Era lo que necesitaba. Dejar de sentir dolor, dejar de soñar con imposibles, dejar de fantasear por la noche, cuando estaba sola en la cama y sabía que sólo él podía llenar el vacío que sentía entre las piernas,

Además, sabía que él la deseaba. Aquella tarde de agosto había estado a punto de hacerle el amor en su despacho, y seguramente lo habría hecho si las circunstancias hubieran sido diferentes. Ella le había provocado a propósito. Lo había atraído con ropa provocadora y con coquetería. Y si lo había conseguido una vez, podía conseguirlo de nuevo.

Cuando se giró, vio que la suerte le sonreía. En el cuarto de baño había una máquina expendedora de preservativos.

Compró seis. Le pareció un buen número: uno por cada seis horas que estuvieran juntos. Un cálculo algo optimista, pero tampoco excesivo.

—Abre la puerta o me obligarás a echarla abajo —dijo Dean en ese momento—. Y como te descubra intentando escapar por la ventana, te tendré atada durante el resto del viaje.

La amenaza de Dean sólo sirvió para excitarla más. Se volvió a mirar en el espejo y vio la imagen de una mujer apasionada y agresiva, casi desconocida para ella. Después, abrió la puerta y arqueó una ceja.

—Pervertido —dijo.

Dean se quedó boquiabierto.

— ¿Qué me has llamado?

—No me refería a ti —respondió ella—, Quería decir que eso de atar a la gente suena pervertido. Sobre todo en boca de un agente del FBI... aunque supongo que vosotros preferís usar las esposas.

Dean apretó los dientes y Bridget vio que una vena le temblaba en la garganta, justo por debajo de un mechón rubio que le recordó al hombre agradable y maravilloso que había conocido en el concesionario.

Pero no quería pensar en el pasado. Ahora sólo existía el presente y las treinta y seis horas que tenía por delante antes de que se separaran y lo expulsara finalmente de su corazón,

—Será mejor que dejes de decir tonterías — afirmó él.

— ¿Y qué vas a hacer si no lo hago? ¿Añadir látigo y cadenas al juego de cuerdas y esposas? —preguntó ella.

Dean se acercó y abrió la boca como si fuera a responder. Pero no lo hizo. Se limitó a mirarla con intensidad. Era obvio que estaba enfadado y preocupado por la situación. Tan obvio como que la deseaba. Su lenguaje corporal lo decía a gritos.

Bridget se dijo que era lo más conveniente para ella. Aquel hombre enojado y excitado tomaría lo que deseaba y no le daría nada salvo unas cuantas horas de placer.

Ahora ya podía olvidar al tipo sonriente del que se había enamorado. Y concentrarse en el peligroso y sexy al que iba a conocer muy a fondo antes de que la noche terminara.

Dean pensó que tal vez había cometido un error grave.

No tenía intención de llevarse a Bridget aquella noche. Al verla en aquel corredor oscuro y solitario del club, donde podía haberle pasado cualquier cosa, se preocupó. Y cuando el equipo de

seguimiento lo llamó y le dijo que alguien había irrumpido en su habitación del hotel, no se lo pensó dos veces.

La ira lo dominaba cuando pensaba que Bridget podía haber muerto en el hotel. Sólo quería salir de Chicago y llevarla a un lugar donde nadie la pudiera encontrar. Y no se le ocurría mejor lugar que la cabaña de cierto amigo suyo. Estaba lejos de la autopista y de cualquier población. No recordaba si tenía calefacción, pero las cañerías funcionaban bien y había una chimenea y una estufa de leña.

Además, ahora había comprado comida. Y como nadie podría relacionarlos con la cabaña, nadie podría seguirlos hasta ella.

Se quedarían allí hasta el lunes. Después la llevaría al tribunal y luego se presentaría en el departamento para ofrecer su cabeza en bandeja de plata.

Era lo más parecido a un plan que tenía. Tal vez no fuera muy bueno, pero era mejor que dejar a Bridget en la ciudad a expensas de un delincuente armado con treinta y seis horas por delante para asesinarla.

Pero cuando Bridget salió del cuarto de baño, Dean notó por el brillo de sus ojos que estaba decidida a destrozarle el plan. Y cuando subió a la furgoneta y se quitó el abrigo con la excusa de que tenía calor, supo que tenía problemas. Entre otras cosas, porque el interior del vehículo se había quedado helado durante el tiempo que habían estado en la gasolinera.

Sin embargo, sabía lo que tramaba. Bridget quería atormentarlo. Era consciente de lo mucho que le gustaba y de repente se le ofrecía como un pedazo de tarta, esperando a que le hincara el diente. No conocía exactamente sus motivos, pero empezó a volverle loco cuando se cruzó de piernas y la abertura del vestido rojo dejó ver sus esbeltos muslos. Acto seguido, se inclinó hacia delante para encender la radio y le presentó una visión directa de su escote.

Decididamente, era algo intencionado.

Cabía la posibilidad de que sólo quisiera excitarlo para que estuviera incómodo. O tal vez era algún tipo de venganza por lo sucedido entre ellos unos meses antes.

En cualquiera de los casos, tenía un problema.

— ¿Falta mucho para llegar?

—Un poco.

— ¿Y dónde vamos?

—Un amigo mío tiene una cabaña de pesca en esta zona y resulta que sé dónde deja la llave.

Si la memoria no le engañaba, el sitio no estaba demasiado lejos. Dean mantuvo los ojos en la carretera. No porque tuviera miedo de salirse del camino, sino por simple y puro instinto de conservación frente a ella.

— ¿Sabes si tu amigo tiene ropa interior de mujer?

Dean la miró por el rabillo del ojo. Bridget se pasó una mano por el vestido, descendiendo hasta sus caderas. Era obvio que quería que la mirara, porque se dio cuenta y sonrió.

Sí. Sin duda alguna tenía problemas.

—Me parece que hay ropa vieja.

— ¿De mi talla? Tengo una 95...

—No lo sé.

— ¿De alguna parecida?

—Lo desconozco.

—No me siento cómoda con el sostén minúsculo que llevo —afirmó ella—. Está pensado para subir los senos, no para tapar nada.

Dean intentó sacar fuerzas de flaqueza.

—Y las medias que tengo bajo el vestido no son precisamente cálidas —continuó.

Bridget quería hacerle la vida imposible. Sabía que la deseaba y había decidido tentarlo para someter su voluntad a prueba. Pensaba que si llegaba la ocasión, él se contendría como lo había hecho aquella tarde en su despacho.

—Además, no puedo llevar el abrigo todo el tiempo. Es poco suave y me molesta en la piel.

—Pues no lo lleves —murmuró.

Ella hizo caso omiso del comentario.

—No esperarás que esté desnuda en la cabaña, ¿verdad?

—Ya basta, Bridget —espetó.

— ¿A qué te refieres?

—Basta de hacer comentarios maliciosos.

—No sé lo que quieres decir.

Los ojos de Bridget brillaron con tal satisfacción que fue evidente que mentía.

—Claro que lo sabes. Mira, sé que estás enfadada porque te utilicé para obtener información sobre Marty, pero…

—Por eso y por raptarme, No lo olvides.

Dean suspiró.

—Está bien... Pero puedes enfadarte conmigo en otro momento. Cuando estés a salvo. No me hagas esto. Bridget. Deja de portarte así —rogó.

— ¿De portarme cómo? —preguntó con voz suave.

Dean decidió ser sincero.

—De ofrecerte como cebo sexual aunque no quieres que pique.

Ella permaneció en silencio durante un rato. Pero no apartó la mirada. Y al final, se lamió los labios, sonrió y dijo:

—Pero Dean... es que quiero que piques.

CAPÍTULO 04

La memoria no le había fallado. Había ropa en un arcón de la pequeña cabaña, a la que llegaron treinta minutos después de dejar la gasolinera. Pero Bridget no tomó ninguno de los jerséis y pantalones perfectamente doblados cuando entraron. Ni buscó calcetines, aunque tenía los pies congelados. Dean la había llevado en brazos desde la furgoneta para que no pisara en la nieve, pero los dedos se le quedaron entumecidos de todas formas.

En cambio, estar en sus brazos la calentó de piernas para arriba. Sobre todo porque Dean estaba prácticamente ardiendo desde que Bridget le había confesado que su oferta sexual era muy seria. Desde entonces no había pronunciado una sola palabra, y ella lo había intentado todo para provocar una conversación.

Ahora ya estaban solos, dentro de la cabaña, y sin más obstáculo entre ellos que el aire frío con olor a pino y tierra y la obstinada resistencia de Dean.

Pero no se le resistiría mucho tiempo.

Aunque la cabaña estuviera a media hora del teléfono más cercano y no tuviera electricidad, tampoco se podía decir que fuera una casucha. Era cómoda y estaba limpia. Una cabaña típica de un hombre con dinero: tarima y mesas de madera sin una mota de polvo y muebles de cuero que parecían salidos de un catálogo de mobiliario de diseño. Bridget supuso que habría un generador en alguna parte, y seguramente una calefacción portátil. Pero no se lo comentó a Dean.

Quería aprovechar cualquier excusa para exigir su calor corporal.

Dean metió leña en la estufa y dijo:

—Voy a encenderla. ¿Estás bien?

—Sí.

Era verdad que lo estaba. Si alguien le hubiera dicho veinticuatro horas antes que iba a pasar la noche en una cabaña en mitad del campo con Dean Willis, se habría reído de buena gana. Pero así era. Iban a estar juntos hasta el lunes y tenían treinta y seis horas por delante. Una ocasión perfecta para hacer uso de los preservativos que llevaba en el bolso.

— ¿Por qué no te vas a la cama? —preguntó él, sin mirarla—. En el dormitorio hay un futón. Yo puedo dormir en el sofá.

Bridget negó con la cabeza.

—No pienso alejarme de la estufa.

—La casa se habrá calentado dentro de media hora.

Ella sonrió con malicia.

—Entonces esperaré media hora.

Dean murmuró algo ininteligible y Bridget observó sus movimientos. Era un hombre fuerte, cuyos músculos se tensaban en los brazos y en el pecho bajo la camisa negra que llevaba. Y estaba claramente incómodo con su presencia.

Le había dejado bien claras sus intenciones, pero en vista de que Dean no pretendía hacer nada, tendría que ser ella quien diera el primer paso.

—Bueno, ¿qué piensas hacer conmigo?

Lo preguntó en parte porque quería saberlo y en parte porque le gustaba que las orejas se le pusieran rojas cuando ella decía algo malicioso y con doble sentido. Para un agente del FBI, todo seriedad y control, debía de ser insoportable.

—Retenerte aquí hasta el lunes por la mañana. Te llevaré al tribunal para que declares y te dejaré en libertad.

Bridget supo que el comentarlo era perfectamente inocente, pero le dio igual. Se inclinó en el sofá a sabiendas de que le ofrecía una visión muy generosa de su escote y murmuro:

— ¿Y cómo piensas retenerme?

Dean dejó de meter leña en la estufa y la miró. Sus ojos brillaron con más intensidad que las llamas y sus labios se apretaron con fuerza.

— ¿Qué intentas conseguir, Bridget?

Más que enfadado, parecía sentir curiosidad. Y aquello le sorprendió. No podía creer que desconociera la respuesta, que no fuera consciente de que estaba loca por él y de que habría dado cualquier cosa por tenerlo, aunque sólo fuera durante unas horas. Pero lo supiera o no, ella se lo haría ver.

Así que, sin decir otra palabra, se levantó. Acto seguido, se llevó las manos a la parte trasera del vestido y desabrochó la cremallera, soltando lentamente la tela y revelando poco a poco sus senos.

Luego, con un último acto de coraje, dejó que cayera al suelo.

—Sólo quiero terminar —dijo— lo que empezaste aquella tarde de agosto.

El aire no había cambiado y él no había movido un solo músculo, pero Dean sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. No podía hablar, no podía pensar, no pudo hacer nada salvo sentarse en silencio cuando Bridget se quitó el sensual vestido rojo. Por debajo de él llevaba una ropa interior aún más sensual. Medias, braguitas mínimas y un sostén igualmente pequeño que más que cubrir sus senos, los mostraba.

Apretó los puños y la boca se le quedó seca. El calor que sentía en su interior no tenía nada que ver con el que emanaba de la estufa. Era por ella. Por su aspecto. Por su aroma. Por su forma de mirarlo con ojos llenos de deseo.

Se sintió como el día en que la había conocido. Sin aliento, confuso, sorprendido, completamente cautivado por su belleza.

—Sé que estás haciendo tu trabajo —murmuró ella—. Sé que no hay nada personal en ello y que el lunes, cuando me lleves al tribunal, volveremos a separarnos. Pero somos adultos y estamos solos. Vamos a pasar un día y medio en esta cabaña y... creo recordar que antes me deseabas.

El sacudió la cabeza.

—No sólo antes. Siempre te he deseado, Bridget. Podía haber dicho mucho más.

Podía haber confesado que se había sentido atraído por ella desde que entró por primera vez en aquel concesionario. O que se había vuelto adicto a su risa con el paso del tiempo. O que el día en que por fin se besaron, su reacción física fue tan intensa que estuvo dos días excitado. O que se enfadó terriblemente con sus compañeros por insistir en interrogarla durante horas. O que alejarse de ella había sido un infierno para él.

Pero no era momento para decir nada. Bridget lo miraba con ojos brillantes y labios entreabiertos y húmedos.

Se estaba ofreciendo.

—Eres la mujer más bella que he visto en mi vida —dijo él.

Dean la devoró con la mirada. Clavó los ojos en las delicadas curvas de sus senos y deseó probar los pezones oscuros que el sostén ocultaba.

Ella movió la cabeza en gesto negativo.

—No soy bella.

Él se levantó, se puso de rodillas, le quitó los zapatos con suavidad y le acarició las piernas.

—No, no eres bella. Eres impresionante.

Esta vez, Bridget no lo negó. Se limitó a suspirar cuando las manos de Dean llegaron a sus muslos.

—Y tan suave... —continuó él—. Me encanta el contacto de tu cuerpo.

Ella avanzó un poco. Dean pegó la boca a sus caderas y las besó.

—Y me gusta tu sabor.

—Oh, Dios mío...

Bridget le puso las manos en los hombros, como si necesitara apoyarse en algo. Él la tomó de las caderas y apretó la boca contra el triángulo de tela sedosa de le cubría el pubis.

—Dean...

—No digas nada. Deja que juegue contigo. He esperado mucho tiempo y deseo tomarte en todos los sentidos que pueda —declaró.

Ella no dijo nada. Suspiró y le acarició el cabello mientras él le quitaba las medias. Después, introdujo los dedos por debajo del elástico de las braguitas y se las bajó hasta los pies.

Dean se quedó quieto un momento, admirando su feminidad. Y frotó sus suaves rizos con los labios.

—Bridget…

—No podré seguir de pie si haces...

Dean la acalló cuando abrió la boca y empezó a lamerla. Bridget sintió tal debilidad que se habría caído si él no la hubiera tenido férreamente sujeta por las maravillosas curvas de su trasero. Pero soltó un gemido de placer y se derrumbó en el sofá.

El la ayudó a tumbarse y permaneció en el suelo, arrodillado entre sus muslos.

—Si empezamos así, no sé cómo terminaremos.

Dean rió y murmuró:

—Bridget, no empezamos ahora. Empezamos hace meses.

Ella lo miró y asintió.

—Lo sé —dijo mientras le acariciaba el cabello—. Anda, acércate y bésame.

—Ya te estaba besando—puntualizó.

Dean volvió a llevar la boca a su cuerpo, le lamió suavemente el clítoris y ella lo recompensó con un gemido y con un movimiento hacia delante de las caderas.

Él la devoró. Sabía que tenían todo el tiempo del mundo y que quedaba mucho por hacer, pero no quiso renunciar al placer de oír sus gemidos y de ver como se tensaban sus músculos.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que estaba a punto de alcanzar el orgasmo.

—Sigue, preciosa —murmuro sin parar.

Ella se arqueó de repente y gritó. Él se apartó de su sexo y empezó a ascender sin prisa, acariciándole la piel con los labios. Bridget era esbelta, aunque no excesivamente exuberante. Y suave por todas partes. Con curvas delicadas que sólo deseaba probar, acariciar y adorar.

Por fin, cuando supo que Bridget se volvería loca si seguía acariciándola de ese modo, se detuvo y la miró a los ojos.

—Me alegra que me hayas dejado pescarte.

— ¿Tú a mí? He sido yo quien ha puesto el cebo.

— ¿Estás completamente segura?

Ella asintió.

—Desde luego que sí.

—Menos mal, porque ahora no podría detenerme.

—Y yo no te perdonaría si te detuvieras.

Bridget se acercó y lo besó apasionadamente. Sus lenguas se encontraron y juguetearon mientras ella aprovechaba la ocasión para desnudarlo.

Cuando ya le había quitado la camisa y empezaba a forcejear con el cinturón, el dijo:

—Será mejor que lo haga yo. En lo relativo a ti, tengo tanto control de mis reacciones como un adolescente.

Los ojos de Bridget brillaron como si le agradara la idea de desquiciarlo. Y a él también le gustaba. De hecho, se volvió especialmente loco cuando Bridget llevó las manos al cierre delantero del sostén y lo abrió. La tela de encaje cayó a los lados y reveló unos senos de proporciones perfectas.

Ella se humedeció los labios como si no estuviera segura de su reacción.

—Bueno, tal vez no sean maravillosas... tal vez exageré un poco al decir que mi talla era una 95…

—Eres perfecta, Bridget Donahue.

Dean contempló la perfección de sus pechos y se inclinó sobre ellos. Después, le succionó un pezón mientras jugaba con el otro con una mano.

—Dean...

—Son tan sensibles...

Dean siguió succionando y lamiendo, jugueteando sin parar. Ella alzó las piernas, las cerró alrededor de sus caderas y se frotó contra la erección todavía encerrada en sus pantalones.

—Necesito tocarte —dijo Bridget.

Esta vez no iba a permitir que le impidiera desnudarlo. Cuando sus largas manos llegaron al cinturón y frotaron la parte delantera de los pantalones, el sexo de Dean se endureció un poco más.

Rápidamente, le quitó el cinturón y le bajó la cremallera. Tiró de los pantalones lo justo para apartarlos de su camino y acto seguido introdujo una mano fría.

—Oh, Dios —susurró ella, nada intimidada por su tamaño—. Lo quiero. Lo quiero ya, ahora mismo...

—Dime que tomas la píldora…

Ella sacudió la cabeza.

—No, pero mira en mi bolso. He aprovechado mi estancia en el cuarto de baño de la gasolinera para hacer... ciertas compras.

—Vaya. Así que habías planeado lo de seducirme...

Bridget se lamió los labios.

—No ha sido muy difícil.

Dean pensó que era cierto. No lo había sido. Pero no le importaba.

Extendió un brazo hacia el bolso, lo abrió y vio media docena de preservativos.

—Eres muy ambiciosa...

—Ambiciosa, pero no en exceso.

Él tomó uno de los paquetitos y lo observó con incertidumbre.

—Me pregunto si estas cosas tendrán fecha de caducidad.

El plástico estaba seco y arrugado. Y la etiquetar manchada.

—Oh, por favor... ¡Póntelo de una vez!

Su desesperación le pareció tan divertida que Dean estuvo a punto de soltar una carcajada. Pero cuando abrió el paquete e intentó ponerse el preservativo, sus ganas de reír desaparecieron.

—Oh, no...

Ella miró hacia abajo y gimió.

—No...

—Sí. Se ha roto.

Dean alcanzó otro paquete, que no tenía mejor aspecto, y repitió la operación. Pero con exactamente el mismo resultado.

—No puede ser—replicó ella.

—Recuérdame que el lunes me pare en esa gasolinera y tenga unas palabras con el encargado. Es un maldito sádico—dijo él.

Dean probó un tercer preservativo. Y un cuarto y un quinto. Todos habían caducado y todos se rompieron. Se sentía como si un tren le acabara de a tropellar. Lo que más deseaba en el mundo estaba a su alcance y no podía disfrutarlo.

Bridget parecía a punto de llorar.

— ¿No podrías ponerte dos? No sé, o doblarlos de algún modo... Seguro que no se han roto por el mismo sitio —dijo.

Dean soltó una risa desesperada.

—No creo que aguantaran ni aunque me pusiera los seis y me apretara tanto que me cortara completamente la circulación.

Ella alcanzó el único preservativo que quedaba.

—Este no tiene tan mal aspecto —dijo.

Su voz sonó tan esperanzada y tan adorable que Dean la besó lentamente. Pero los besos no satisficieron a Bridget. Quería más.

—No te atrevas a dejarme en la estacada —declaró.

—Me temo que el último estará tan caducado como los demás...

—Lo necesito, Dean. Necesito sentirte dentro de mí o estallaré...

Bridget se arqueó una vez más contra él y se frotó de forma lasciva.

—Bridget...

—No te preocupes, no tengo ninguna enfermedad. Y sé que tú tampoco la tienes porque en caso contrario no habrías llegado tan lejos.

A pesar de la gravedad del momento, Dean agradeció la confianza que demostraba en él. Pero lo estaba volviendo loco con sus caricias y sus movimientos y no tenía solución alguna para su problema.

—Al menos hagámoslo un rato... —rogó ella—. Puedes salir de mí cuando el asunto se ponga peligroso. Pero hagámoslo.

Sus ruegos y su desesperación fueron más de lo que Dean podía soportar. No quería limitarse a hacerlo un rato y retroceder después; quería darle tanto placer que la dejara inconsciente.

Así que se maldijo por su propia debilidad y la penetró.

Ella gimió.

—Oh, sí...

Dean se sintió desfallecer. Era una sensación increíble. Se sentía rodeado por ella, sentía su calor y los músculos que lo engullían con necesidad insaciable.

—Esto es una locura —acertó a decir—. Una locura.

Pero era una locura maravillosa.

—No me importa que lo sea —dijo ella.

En ese momento, a él tampoco le importó. No quería dejarla embarazada, pero la idea de tener una relación con ella, e incluso un hijo, le gustaba tanto que lejos de dudar y apartarse, la penetró aún más y con más fuerza.

Estaba seguro de que Bridget no le creería. Se había enamorado el año anterior y quería estar a su lado para siempre. Desgraciadamente, también estaba seguro de que ella no deseaba lo mismo; sólo quería una relación rápida, una aventura, de modo que no tendría más remedio que salir de su cuerpo antes de cometer un error. Pero de haber sido por él, no se habría retirado. La presión creció de forma exponencial, hasta que supo que ya no podía aguantar más tiempo. Y mientras duró, fue la experiencia más sensual de su vida.

Fuera de sí, salió de ella y tomó el último preservativo. Mientras lo abría, hizo mil y una promesas mentales sobre lo que haría si estaba en buen estado y no se rompía como los demás.

Y tuvo suerte.

—Por favor, Dean...

Dean se puso el preservativo y entró en ella un segundo después. El látex lo condenó a sensaciones mucho menos intensas que las anteriores, pero ahora, al menos, podía dejarse llevar.

La besó con desesperación y se entregó a ella en cuerpo y alma. Poco después, se permitió llegar al clímax. Y los gritos de Bridget le dijeron que ella también había alcanzado el orgasmo. Otra vez.

Cuando terminaron, la abrazó con fuerza y rodaron hasta la ancha alfombra del suelo. Y allí, acariciados por el calor de la estufa y rodeados por un mar de preservativos rotos y prendas tiradas de cualquier manera, se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 05

A la mañana siguiente, comieron pasteles para desayunar. Desnudos. Sobre la alfombra. Y fue el mejor desayuno de toda la vida de Bridget. Aunque hubo un problema con el menú: se impregnaron de migas y restos dulces y sus cuerpos desnudos se convirtieron en una invitación a lamer.

—Sabes tan bien... —murmuró Dean.

Le estaba lamiendo el azúcar glasé que le había caído en el pezón. Pero en ese caso no era accidental. Dean había sacudido el pastelillo a propósito, casi una docena de veces. Y ella había hecho lo mismo con uno que estaba cubierto de canela, de modo que se inclinó sobre su pecho y le retiró la especia con la lengua.

—Y tú.

Dean la tumbó sobre la alfombra y la miró con deseo. Bajo la luz de la mañana, con el pelo revuelto y expresión de satisfacción en sus ojos, Dean volvía a ser el hombre que tanto le había gustado unos meses antes. Y el amante maravilloso de la noche anterior.

—Ya sabes que no podemos hacerlo otra vez... —dijo él.

—Tal vez no como lo que estás pensando. Pero podemos hacer esto —declaro mientras seguía lamiéndolo.

Durante la noche, cuando se habían despertado relajados y calientes frente al fuego, los dos habían querido seguir haciendo el amor. Y como no les quedaban preservativos, encontraron otras formas de darse placer. Formas increíbles.

Pero ella quería sentirlo nuevamente en su interior.

— ¿No te parece que...?

—No —la interrumpió—. Una vez es una locura. Dos veces sería una estupidez.

Dean se puso de pie de repente, como si no confiara en su fuerza de voluntad. Bridget lo miró y suspiró al contemplarlo en plena excitación.

—Me voy a vestir, volveré a la gasolinera y compraré una caja de preservativos en la tienda. Seguro que son mejores que los de la máquina del cuarto de baño —explicó—. Pero no te preocupes, ya no tengo ganas de romperle la cara al dependiente... confieso que me gustó lo que nos vimos obligados a hacer.

A ella también le había gustado.

—Pero tardarás una hora en ir y volver —dijo ella, frunciendo el ceño—. Y no tenemos la seguridad de que los preservativos de la tienda estén en mejor estado.

Él sonrió, se puso los pantalones y cerró la cremallera cuidadosamente sobre su sexo erecto.

—Entonces iré al pueblo más cercano.

Dean se inclinó sobre ella, le acarició la mejilla y añadió:

—Tú limítate a seguir aquí, desnuda, hasta que vuelva.

Bridget obedeció, aunque no estuvo exactamente en el mismo sitio durante los noventa minutos que tardó en regresar. Aprovechó la soledad para lavarse y cepillarse los dientes; y luego se tumbó en la alfombra como una especie de virgen ofrecida a un lujurioso dios del sexo.

Pero el hombre que entró en la cabaña no fue el dios del sexo que esperaba. En cuanto notó la tensión de sus hombros y el ceño fruncido en su cara, supo que ya no estaba delante del vendedor de coches usados ni del amante nocturno, sino del agente especial Dean Willis.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella mientras se sentaba.

Alcanzó la manta que habían usado durante la noche y se cubrió con ella. Un segundo antes se había sentido desinhibida y libre con su desnudez. Ahora estaba incómoda.

—Mi compañero me ha llamado al teléfono móvil.

Bridget cerró los ojos y sacudió la cabeza.

— ¿Qué ha pasado?

—Nada. Parece que todo va bien.

— ¿Cómo? —preguntó, sorprendida.

—Parece ser que, cuando se dieron cuenta de que no serías un objetivo tan fácil como habían pensado, los socios de Marty decidieron amenazar a su mujer. Pensaron que eso bastaría para que cerrara la boca.

Bridget soltó un grito ahogado. La esposa de Marty era una buena persona. Lo suficientemente estúpida como para casarse con un delincuente que llevaba tupé, pero buena persona de todas formas.

—No le ha pasado nada, descuida. Detuvieron al pistolero y está cantando todo lo que sabe, al igual que Marty. Se enfadó tanto cuando supo que iban a atacar a su mujer que decidió colaborar plenamente con nosotros.

—Entonces... ya no tendré que declarar.

Él la miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Creo que no. Menos mal.

Dean parecía realmente aliviado por lo sucedido, pero permaneció con gesto sombrío. Y cuando volvió hablar, ella entendió por qué.

—Ya no hay necesidad de que sigas aquí. Puedes volver a tu vida normal —dijo—. Y supongo que yo debería volver al departamento,

— ¿Por qué? —preguntó ella.

Antes de que Dean pudiera responder, Bridget adivinó lo que sucedía.

—Oh, no... —continuó—. No me digas que has actuado por tu cuenta y riesgo.

—Me temo que sí.

— ¿Y ahora tendrás problemas?

—Como le acabo de decir a mi jefe, me da igual. Le he llamado hace unos minutos.

Bridget se mordió el labio.

— ¿Y qué ha dicho él?

Dean se encogió de hombros.

—Hemos tenido unas palabras.

— ¿Desagradables?

—Le he mandado al infierno.

—Vaya…

—Bueno, le he mandado al infierno pero con el debido respeto —ironizó—. De todos modos, él tampoco ha respetado las normas en este caso. Quería usarte como cebo sin que tú lo supieras.

—Comprendo.

Dean alcanzó el vestido de Bridget y se lo dio.

—Deberías vestirte. Seguro que tu familia está preocupada.

— ¿Insinúas que quieres que nos vayamos? ¿Ahora? —preguntó, asombrada.

Él se pasó una mano por el pelo.

—Debemos marcharnos. Además, tú misma dijiste que esto sólo iba a ser un juego. Una aventura sexual de dos personas condenadas a estar juntas durante unas horas.

Bridget parpadeó rápidamente. No podía creer que quisiera poner fin a un interludio tan maravilloso. Pero recordó que sólo estaba con ella porque quería protegerla, y que ahora que había pasado el peligro, debían regresar al mundo real.

—Te he raptado. No has tenido elección —continuó.

Ella pensó que estaba muy equivocado. Nadie la había obligado a hacer el amor con él. Quería hacerlo y quería más. Y no entendía que Dean no sintiera lo mismo después de todo lo que habían compartido.

Estuvo a punto de pedírselo, pero las palabras no salieron de su boca. Dean se apartó y empezó a recoger las cosas y a llevarlas a la furgoneta como si tuviera miedo de continuar aquella conversación. Su silencio era tan intenso que Bridget sintió angustia. Lo decía en serio. La iba a llevar a su casa. Quisiera o no.

Al Final, cuando le dio el abrigo y dijo que ya era hora de marcharse, Bridget tuvo la impresión de que su corazón se rompía en mil pedazos. Como uno de los témpanos que se desprendían del techo de la cabaña y caían al suelo.

De hecho, fue precisamente el estallido de uno de esos témpanos lo que la devolvió a la realidad e interrumpió su autocompasión. Se había equivocado totalmente con Dean. Había utilizado la estrategia de Izzie y había fallado. Si quería que Dean siguiera estando en su vida, y lo deseaba con toda su alma, tendría que ser ella misma. Tendría que actuar como Bridget Donahue.

Cuando Dean tomó las llaves y salió de la cabaña, no se lo pensó dos veces. Lo siguió, le quitó las llaves y las arrojó tan lejos como pudo.

Hasta ella misma se sorprendió con su espontaneidad. Pero sabía que se iba a enfadar mucho.

— ¿Qué diablos has hecho? —preguntó él, incrédulo.

—Quiero el resto del fin de semana —dijo, clavándole el índice en el pecho—. Tengo hasta mañana por la mañana y quiero mi fin de semana.

Dean la miró con la boca abierta, sin saber qué decir.

—Y si crees que vas a llevarme de vuelta a Chicago, a dejarme en la puerta de mi casa y a desaparecer otra vez de mi vida, te recomiendo que lo pienses mejor, Dean Willis. Anoche empezamos algo y lo vamos a terminar.

Bridget esperaba un ceño fruncido o incluso un grito por haber tirado las llaves; a fin de cuentas, cabía la posibilidad de que no pudieran encontrarlas. Pero la respuesta que recibió fue completamente diferente.

— ¿Y qué pasara si necesitamos toda una vida para terminarlo?

Su voz sonó tan inesperadamente dulce y cariñosa que al principio no entendió lo que decía. Cuando por fin lo comprendió, el corazón de Bridget latió de nuevo y el mundo volvió a girar.

Ahora estaba hablando con el amante de la noche anterior. Con un hombre tranquilo, introspectivo y muy serio.

— ¿Toda una vida? ¿Lo dices en serio?

Dean le puso las manos en la cintura, por debajo del abrigo, y la atrajo hacia él. Sus ojos brillaron bajo la luz del sol de la mañana.

—Sí. Nosotros. Juntos. Bridget, estoy enamorado de ti desde que te conocí.

Ella suspiro.

— ¿Enamorado?

Él asintió. Después, frunció el ceño, carraspeó y la soltó.

—Sí. Tan enamorado como para llevarte a la ciudad, devolverte a tu existencia normal y dejar que decidas si quieres que forme parte de tu vida. Sin proximidades obligadas. Sin raptos que confundan tus emociones.

Bridget entendió finalmente lo que sucedía. Entendió su expresión sombría al regresar a la cabaña y su férrea decisión de llevarla a casa.

Quería vivir con ella. No sólo hacer el amor.

Y a ella le pareció irónico. Porque estaba prendada de él desde que lo había conocido. Incluso antes de saber quién era en realidad.

—Yo también te amo, Dean. Te amo desde hace meses... Si anoche no me hubieras raptado, creo que uno de estos días me habría presentado en la puerta de tu casa y la habría derribado a golpes para saber si verdaderamente había algo entre nosotros.

Bridget se acerco a él y le acarició la mejilla.

—Pero estabas tan enfadada conmigo después del arresto de Marty...

—Es verdad, lo estaba. Porque me habías roto el corazón. Pensé que me habías utilizado y que no sentías nada por mí.

—Te equivocaste. Claro que lo sentía —confesó, besándole la palma de la mano—. Lo siento tanto...

Ella se puso de puntillas, le pasó los brazos alrededor del cuello y le dio un beso dulce, lleno de perdón y de promesas.

— ¿Podemos quedarnos aquí? Por favor...

Los ojos de Dean brillaron.

—Bueno, me temo que no tenemos más remedio. Por lo menos hasta que la nieve se derrita.

Bridget rió y juntos caminaron hacia la puerta. Pero en ese momento recordó por qué se había marchado y gimió.

—Dios mío... dime que ya habías pasado por la gasolinera cuando recibiste esa llamada telefónica.

Dean supo exactamente lo que quería decir. Le dedicó una sonrisa que era puro pecado y después, se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un montón de preservativos nuevos. Dos docenas.

Ella rió de felicidad.

—Ambicioso...

—Pero no en exceso.

Dean le paso un brazo por encima de los hombros y la llevó a la cabaña. Bridget pensó en lo distinto que parecía el mundo en esa mañana de invierno. Le parecía increíble que su vida hubiera cambiado tanto en el transcurso de unas pocas horas.

Cuando entraron, él le quitó el abrigo y la abrazó. Tal vez pareciera increíble, pero era absolutamente real. Y a partir de ese momento, no habría nada imposible.

LA FUGADA

CAPÍTULO 01

Leah Muldoon no había conocido al resto de los invitados a la boda hasta unos días antes, pero sabía que le caerían bien. Lo cual no era precisamente una sorpresa porque a Leah le gustaba todo el mundo.

Eso era bastante extraño en su negocio, teniendo en cuenta que todas las mujeres guapas eran rivales en potencia cuando se subían a un escenario. Pero no le importaba. Ser stripper era una forma como otra cualquiera de pagar facturas hasta que terminara los estudios y obtuviera el título de enfermera. Un método de ganar dinero con la única fortuna que tenía: su cuerpo.

Había aprendido que podía aprovechar su cuerpo cuando su padrastro le pidió a los dieciséis años que hiciera ciertos jueguecitos. Pero sólo se lo pidió una vez. Leah lo apuñaló, se marchó corriendo y se convirtió en otra adolescente fugada. Un número más en las estadísticas.

En realidad, lo del apuñalamiento no era para tanto. Sólo se lo había clavado en la muñeca. Y no había sido un cuchillo, sino un tenedor. Pero ese canalla se lo merecía aunque sólo fuera por haber destrozado sus últimos sentimientos decentes hacia el hogar donde había crecido.

—Tienes suerte de tener una familia tan maravillosa —dijo con una sonrisa a Gloria, una morenita de boca grande y cabello largo.

Gloria, la hermana de Izzie, estaba sentada al otro lado de la mesa en un club abarrotado de Chicago. Pero Gloria no tuvo ocasión de responder al cumplido. En ese momento, Vanessa, una impresionante afroamericana que tenía las piernas más largas que Leah había visto, carraspeó y alzó su bebida a modo de brindis. Era amiga de Izzie y había venido desde Nueva York,

—Opino lo mismo—dijo.

—Cómo se nota que las dos somos de fuera. ¿Quieres ser mi hermana?

—No, no, las hermanas son insoportables. Mejor, seamos amigas.

Amigas. La oferta le pareció excelente porque era lo que más necesitaba.

O tal vez no. En realidad, lo que necesitaba era un amante. Hacía mucho tiempo que no se acostaba con un hombre.

—Eh, no todas las hermanas somos insoportables —intervino Gloria con una miradita a su otra hermana, Mia.

Mia miró su copa y sonrió.

—No diré nada en ausencia de mi abogado.

Las mujeres estallaron en carcajadas. Cuando dejaron de reír, Bridget se levantó y dijo que tenía que marcharse. Leah echó un vistazo al reloj y decidió acompañarla.

—Yo también me marcho —dijo —. Quiero echar un sueñecito y recuperarme de las copas por si al final me da por trabajar esta noche.

Leah bostezó. El día anterior había estado trabajando hasta las dos de la madrugada.

—Yo bailo mejor después de tomarme unas copas —observó Gloria.

—Eso es lo que tú crees —murmuró su hermana.

—Ten cuidado con lo que dices o te arrancaré el poco pelo que te queda.

Mia sonrió y negó con la cabeza. Su corto cabello negro brillaba bajo la luz del club.

—Oh, sí, claro... Me gustaría que lo intentaras, ancianita.

Gloria llevaba toda la semana haciéndose la lista por ser la única mujer casada entre las damas de honor. Y naturalmente había recibido un montón de comentarios sarcásticos al respecto.

Leah deseó poder quedarse un poco más para disfrutar de los comentarios ácidos y de las típicas conversaciones sobre hombres, pero supuso que debía ser responsable. Aunque no tenía obligación de trabajar aquella noche, unas cuantas horas de un sábado podían ser más rentables que toda una jornada entre semana. Y su cuenta bancaria estaba en números rojos por el precio de sus clases y por los regalos y gastos diversos de la boda de Izzie.

Así que se despidió y siguió a Bridget a la salida. El local estaba tan lleno que no les resultó fácil. Leah se llevó unos cuantos cumplidos por el camino, pero le dio igual porque estaba acostumbrada a esas cosas. Sin embargo, cuando le tocaron el trasero por tercera vez y de forma supuestamente accidental, ella reaccionó de forma no menos accidental clavando uno de sus tacones de aguja en el pie del agresor.

Al llegar a la puerta, se puso el abrigo y lamentó tener que tapar su precioso vestido. A diferencia de los vestidos típicos de las damas de honor, aquel no era espantoso. De suave y rojo terciopelo, estaba más que dispuesta a volver a usarlo.

—Abróchate, que hace frío —dijo Bridget.

El comentario le hizo gracia. Era demasiado maternal para ser una mujer que apenas le sacaba dos años.

Pero no había podido obedecer aunque hubiera querido. Al abrigo le faltaban la mitad de los botones y no pudo hacer gran cosa excepto cruzarse de brazos. Con un poco de suerte, Bridget no notaría que el dobladillo y las mangas estaban desgastadas. Leah sabía que necesitaba un abrigo nuevo, pero el dinero no le sobraba y debía dedicarlo a cosas más importantes como comer y pagar el alquiler del piso.

El estado de sus guantes era todavía peor. Tenían agujeros en dos dedos. Y ese era un gasto que desde luego se podía permitir, pero nunca se acordaba.

Salieron a la calle y se subió el cuello del abrigo. El viento le azotó la cara cuando vio una limusina en el aparcamiento y empezó a caminar hacia ella. Pero apenas había dado un par de pasos cuando oyó la voz de Bridget.

—Oh, no, me he dejado el teléfono móvil... márchate, no hace falta que regresemos las dos.

Bridget no esperó. Giró en redondo y entró en el local, dejándola sin más opción que seguirla al interior y volver a enfrentarse con los tipejos de manos largas o entrar en el cálido y vacío vehículo.

No lo dudó. Abrió la portezuela, entró y oyó que el chófer estaba hablando por teléfono. Se sintió inmediatamente envuelta por la comodidad y el lujo de la limusina, de modo que se recostó en el asiento y dejó que su cuerpo absorbiera el calor y los aromas desconocidos del cuero, el whisky caro y un leve y masculino olor con fondo a agua de mar.

Cerró los ojos para disfrutar del momento y tuvo la impresión de que el vehículo era más lujoso que antes y de que ese aroma masculino también era nuevo.

Las copas. Eso lo explicaba. Todo le parecía mejor después de tomarse unas cuantas copas, motivo por el cual prefería mantenerse sobria. Ya había sufrido La terrible experiencia de ir demasiado achispada al trabajo, creer ver al hombre de sus sueños entre los espectadores y despertar al día siguiente en brazos de un individuo gordo y peludo llamado Rocco.

Pero Rocco no tenía un coche como ése. Y su príncipe azul lo tendría.

Llevaba toda la vida soñando con un hombre que la rescatara de sus problemas. Desgraciadamente, no había aparecido y ella no tenía más remedio que seguir adelante y labrarse un futuro. Con ropa o sin ropa.

Sonrió, se dejó llevar por sus fantasías amorosas, bostezó y cerró los ojos.

Un segundo después, se quedó dormida.

—Vamos a ver si lo entiendo. ¿Dices que no sabes quién es la mujer que está durmiendo en mi coche ni cómo ha llegado aquí?

Slone Kincaid habló en voz baja cuando se inclinó hacia la ventanilla que separaba el asiento trasero del asiento del conductor. Pero no supo por qué. Sabía que debía despertar a la impresionante rubia y echarla de allí cuanto antes. Seguramente estaba tan borracha que se había equivocado de limusina. Y sin embargo, habló en un murmullo mientras la miraba.

Era preciosa. Una maravilla de rizos rubios y labios generosos que se había acurrucado en una de las esquinas del asiento y a la que, por algún motivo, no podía dejar de mirar. Pero por muy bella que fuera, parecía joven, vulnerable y no era tan elegante como algunas de las mujeres con las que había salido.

Supuso que su interés por ella se debía únicamente a lo inesperado de la situación. La noche había terminado de una forma extraña en todos los sentidos. Primero había tenido que marcharse del club porque alguien había activado la alarma de incendios. Y ahora se encontraba con una chica preciosa y sexy en la limusina.

Sin duda alguna, la culpa era de Richie, su chófer. No se podía decir que fuera un hombre especialmente despierto cuando no estaba de servicio. Se pasaba la vida discutiendo por su novia por teléfono, y no tenía nada de particular que la rubia se hubiera colado en el coche durante una de sus interminables conversaciones.

En ese momento se fijó en el abrigo que llevaba. Estaba tan desgastado que casi parecía un saco viejo. Y sus guantes tenían agujeros. Pero no podía ver el resto de su indumentaria porque se había acurrucado tanto que parecía un ovillo.

Pensó que tal vez fuera una vagabunda. Una chica desesperada y sin casa que había entrado en el coche para huir del frío.

Lo de la desesperación lo podía entender perfectamente. Y también lo del frío, porque mucha gente le consideraba un hombre sin sentimientos.

En cambio, él era cualquier cosa menos un vagabundo. De hecho, había terminado en aquel club de Chicago porque no quería volver a su ático de la ciudad. Al día siguiente tenía una reunión con su prepotente familia y no le apetecía hacer las veces de anfitrión, así que le había pedido a Richie que le diera una vuelta y lo llevara a cualquier parte.

—Te aseguro que no la he visto entrar. Ni siquiera la he oído… debe de ser realmente silenciosa. Como una serpiente.

Slone no le creyó. Supuso que Richie estaba hablando con su novia y que no se había dado cuenta.

— ¿Quieres que la saque?

Slone miró la hora en su reloj y pensó. Sólo eran las nueve y media de la noche. No tenía adonde ir ni nada especial que hacer hasta el día siguiente, cuando la brigada de mujeres

marimandonas se presentara en su casa, personificada en su familia, para comer. Además, habían cerrado el club y los camiones de bomberos empezaban a llenar el aparcamiento.

Bien pensado, aquella mujer podía ser una diversión.

—No. Vamos a dar un paseo.

Richie carraspeó.

— ¿Con ella?

Slone asintió.

—Sí, con ella.

— ¿Y vas a despertarla?

—No tengo intención.

Su empleado negó con la cabeza, pero no dijo nada. Se limitó a girarse y a arrancar.

Slone miró a la mujer con temor a que se despertara con el movimiento. Sin embargo, siguió dormida y él se inclinó hacia delante y cerró la ventanilla divisoria. Ni siquiera supo por qué lo hizo. Al fin y al cabo no pensaba hacer nada especialmente íntimo con ella. Nunca había hecho el amor en la limusina, aunque en cierta ocasión había salido con una mujer que se empeñó en hacerle una felación.

Sólo quería mirarla. Sin que Richie los mirara a su vez.

Se deslizó en el asiento hasta quedarse junto a la rubia. Ahora estaba tan cerca que podía sentir su calor y su perfume sutilmente exótico.

Se quitó el abrigo y la chaqueta, se aflojó la corbata y se desabrochó los primeros botones de la camisa. Después, alcanzó la licorera y se sirvió un whisky que saboreó lentamente sin quitar los ojos de encima a su invitada.

En el coche hacía calor, pero la mujer dormía con los brazos férreamente cruzados. Era como si en sus sueños todavía estuviera en la calle y necesitara más protección contra el invierno que la de aquel abrigo viejo. Pero esa misma postura provocaba que sus senos estuvieran más alzados de lo normal; tanto que a Slone se le hizo la boca agua.

Era más voluptuosa de lo que había pensado al principio.

Sin darse cuenta, empezó a imaginársela desnuda; sin nada salvo aquel cabello rubio y rizado cayéndole sobre los senos y sobre los pezones duros y rosados que imaginaba bajo la ropa.

Echó otro trago de whisky y se preguntó de qué color serían sus ojos. Obviamente estaban cerrados y no podía verlos, pero tenía una visión perfecta de sus labios, de sus mejillas y de la delicada curva de su cuello.

Era realmente preciosa. E iba tan bien maquillada que habría seducido a cualquier hombre. Desde la raya de los ojos hasta el carmín de los labios, su imagen resultaba tan exquisita que no encajaba en modo alguno con locales como el que Slone acababa de dejar ni mucho menos con la posibilidad de que fuera una vagabunda.

Como Slone no era estúpido, tardó poco tiempo en sumar dos y dos. El abrigo viejo y los guantes con agujeros decían una cosa de ella; pero la cara, el cabello y el maquillaje decían algo bien distinto. Y su presencia en la limusina empezaba a tener sentido.

Seguramente le había visto cuando llegó al local y le habría reconocido por alguna de las fotografías que publicaba la prensa del corazón. A fin de cuentas era un soltero famoso, el heredero de una de las mayores fortunas de Chicago. La rubia habría pensado que era su oportunidad y se había metido en el coche con intención de hacerle una oferta que él no podría rechazar.

Ahora lo tenía claro. No era una mujer que viviera en la calle. Era una mujer que hacía la calle.

En ese momento, el cabello de la desconocida cayó hacia un lado, sus brazos se aflojaron un poco y el abrigo se entreabrió. Slone pudo ver no sólo la larga línea de su cuello, el hueco de su garganta, la cremosa piel de su pecho y su impresionante escote, sino mucho más. También vio su estrechísima cintura y unos muslos preciosos bajo la tela roja de un vestido.

La reacción de Slone fue inmediata. Toda su sangre se concentró entre sus piernas. Tuvo tal erección que desaparecieron sus dudas sobre lo que debía hacer.

Justo entonces, la limusina dio un bandazo a la izquierda y Slone recordó que estaban en movimiento. Tuvo que apoyarse en el asiento para mantener el equilibrio.

—Lo siento, jefe —dijo Richie por el intercomunicador—. Un cretino con una furgoneta negra ha estado a punto de chocar con nosotros.

Antes de que Slone pudiera responder, la limusina dio otro bandazo y se oyó un chirrido de ruedas y un pitido de claxon. La mujer se deslizó en el asiento y terminó directamente encima de su regazo.

—Vaya por Dios —dijo Slone.

Richie recobró el control del vehículo y las cosas volvieron a la normalidad. O no tanto, porque la rubia dulce, sexy e impresionante estaba ahora entre sus brazos.

Pero no abrió los ojos de inmediato. Fue como si sus sueños fueran tan placenteros que ni los sobresaltos del coche podían despertarla. Sin embargo, el calor de los brazos de Slone debía de ser cuestión bien distinta; porque de repente recobró la conciencia y tomó aire con brusquedad.

Slone se encontró ante los ojos más azules que había visto en su vida. Su belleza era tal que no pudo evitar sonreír y apartarle un mechón de pelo de la cara. Ni callar la pregunta que tenía en mente desde que había llegado a la conclusión de que no era una vagabunda sino una prostituta.

— ¿Cuánto cobras?

CAPÍTULO 02

Leah estaba soñando. Tenía que estar soñando. Se había quedado dormida mientras pensaba en su príncipe azul y el inconsciente la había premiado con la imagen y el contacto de un hombre cálido y sólido.

Pero era un sueño muy extraño. El príncipe azul acababa de preguntar cuánto cobraba.

— ¿Cómo?

Sacudió la cabeza y parpadeó dos veces mientras intentaba averiguar si estaba dormida o despierta. Porque si aquello no era un sueño, estaba medio tumbada encima de un hombre increíblemente atractivo que la miraba con curiosidad y evidente deseo.

Parecía alto y de hombros anchos. Llevaba una camisa blanca, con una corbata levemente aflojada y su cabello castaño tenía reflejos dorados bajo la luz ámbar del interior del vehículo. Sus ojos, de un color verde intenso, la observaban entre unas pestañas larguísimas. Tuvo la impresión de que podían verlo todo. Pero no revelaban nada.

Era la perfección masculina en persona. Como salido de una película o de las páginas de una revista. Devastadoramente guapo, abrumad ora mente viril.

Y no sabía quién era.

Tenía que ser un sueño. Sólo un sueño. Uno del que no quería despertar.

— ¿Y bien? ¿No vas a darme un precio?

Aquellas palabras la convencieron de que no estaba soñando. Se apartó de él, se acomodó en el asiento y lo miró con asombro. Su corazón latía tan deprisa que pensó que podría oírlo.

—Nunca hago este tipo de cosas, pero tu plan te ha salido bien. Has conseguido excitarme.

El hombre se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las piernas. Estaba tan cerca de ella que podía notar su calor y un aroma deliciosamente masculino que la volvía loca.

—Te deseo —continuó él.

Leah siguió mirándolo. Ni siquiera podía pensar. No oía nada salvo su propia respiración en el interior del coche.

Y entonces cayó en la cuenta.

— ¿Dónde estamos? ¿De quién es este coche?

—Venga, no hace falta que finjas. Tu plan ha salido bien... te has subido a la limusina para esperarme y ofrecerte como un aperitivo irresistible en un banquete —declaró él—. Y ha funcionado. Has despertado mi apetito.

Leah carraspeó. Aquel tipo se la estaba comiendo con los ojos. Pero en ese instante pareció darse cuenta de que la miraba como si él fuera un lobo y ella un cordero, y aparto la vista.

—Dormías tan plácidamente que le he pedido a mi chófer que nos diera una vuelta —explicó con una sonrisa—. Y mientras tanto, me he preguntado qué podía hacer contigo.

Leah no tuvo duda alguna sobre lo que pretendía decir. La deseaba. Pero en lugar de sentir miedo ante la posibilidad de que fuera una especie de psicópata, un loco de alguna clase, supo que era sincero y que hablaba muy en serio.

Quería acostarse con ella. Quería hacerle el amor apasionadamente. Y pensaba que se había metido en el coche para ofrecerle sus favores sexuales.

De repente todo tenía sentido. Estaba tan preocupada por abrigarse del frío que se había metido en aquella limusina pensando que era la suya. Al fin y al cabo era bastante extraño que dos

limusinas negras estuvieran aparcadas en el mismo sitio, delante de un club de mala muerte y en mitad de una tormenta de nieve. Aunque no fueran iguales, el cansancio y las copas de más habrían impedido que notara la diferencia.

—No, no. Escúchame un momento...

Leah no terminó la frase. Iba a explicarle lo que había sucedido, pero recordó su pregunta y cambió de opinión.

— ¿Cuánto cobras? —preguntó—. ¿Qué quieres decir con eso?

Era una pregunta innecesaria. Leah lo sabía de sobra: la había tomado por una prostituta.

—Que cuánto cobras por una noche.

El hombre extendió un brazo y le echó el cabello hacia atrás, rozándole la nunca. Leah se estremeció, pero no de frío. Súbitamente estaba excitada. Todos los días se desnudaba delante de docenas de hombres, pero hacía meses que no tenía una relación íntima con nadie. Meses de soledad. Sin seducción. Sin amor.

—Por una noche... —repitió ella.

No podía pensar. Se sentía débil, sin voluntad, como si todas sus neuronas hubieran desaparecido de repente. Sólo podía sentir.

—Sí, porque quiero toda la noche.

Él frunció el ceño y siguió tocándola. Era evidente que le gustaba el contacto de su piel, y a ella también le gustaba. Tanto, que no quería que dejara de tocarla. Se pasaba la vida rechazando proposiciones de hombres, pero aquél era distinto. Necesitaba saborearlo. Disfrutar de él. Dejarse llevar.

Sin embargo, tuvo un momento de duda.

— ¿Estás soltero?

Él rió suavemente, como si le divirtiera que una prostituta se preocupara por esas cosas. Pero un segundo después asintió y a Leah le dio igual lo que pensara de ella. Estaba cansada de tantas noches de soledad en Chicago. Quería el placer que pudiera darle.

Lo miró de nuevo y pensó que debía de ser rico. Aquella no era una limusina alquilada. Era tan claramente de su propiedad que le sentaba como un guante. Fuera quien fuese, había encontrado a un hombre de un mundo tan diferente al suyo que jamás la habría mirado si los caprichos del destino no se hubieran interpuesto.

—Bueno, yo...

Él entrecerró los ojos, Leah supuso que no estaba acostumbrado a regatear.

—Dame un precio.

Era un frío hombre de negocios que pretendía hacer un trato. Quería un servicio y estaba dispuesto a pagar por ello. Pero Leah se preguntó si lo rechazaría de ser gratis.

— ¿Quieres que mi chofer te deje en alguna parte? —preguntó él.

Lo preguntó con frialdad, como si pensara que el silencio de Leah equivalía a una negativa.

Leah negó con la cabeza. Había tomado una decisión. No estaba obligada a ir al trabajo, y además se le había presentado la oportunidad de su vida: pasar una noche erótica con un hombre con el que siempre había soñado. Uno que ya le había acelerado el corazón y humedecido la entrepierna.

No era una situación para pensar.

—No, no quiero que me deje en ninguna parte —respondió al final—. Puedes tener toda la noche.

Los ojos de Slone brillaron con satisfacción. En sus labios se dibujó una sonrisa.

— ¿Y cuál es tu precio?

Leah prefería que la tomara por una profesional. Por lo menos durante un rato, hasta que los dos tuvieran lo que deseaban. Pero no quería mentir, así que no lo hizo.

—Nada. No quiero tu dinero.

Él frunció el ceño y abrió la boca como si quisiera discutir. Leah no le dio la oportunidad. Le puso los dedos en los labios, gimió cuando él se los chupó y usó su mano libre para desabrocharse los pocos botones que tenía el abrigo. Él la observó con los ojos muy abiertos mientras ella se echaba hacia atrás la prenda y revelaba el vestido rojo que llevaba debajo. El escote era tan generoso que Slone clavó la mirada en él.

—Dios mío, eres increíble —murmuró.

Leah notó el deseo de su voz y se inclinó hacia delante. Sabía cómo alimentar el apetito de un hombre. Y aquel parecía más hambriento de lo normal.

Además, ella estaba disfrutando de una fantasía. Era como formar parte de un juego sensual entre dos amantes que interpretaban los papeles de prostituta y de chico rico. Con la diferencia de que Leah era la única que sabía que sólo era eso, un juego.

—Quítate el abrigo —ordenó él.

Su voz sonó exigente y poderosa. Tan intensa que ella se estremeció, porque demostraba lo mucho que la deseaba.

Se quitó el abrigo y se subió el vestido muy despacio, enseñando más y más centímetros de sus piernas. Cuando la prenda llegó a lo más alto de sus muslos y reveló el elástico de las medias, Slone se puso tenso.

—Me gustas tanto que no sé qué hacer contigo —murmuró.

—Tienes toda la noche para descubrirlo.

Leah se subió encima de Slone, a horcajadas, y se estremeció al sentir su calor y la enorme erección que rozaba contra sus braguitas. Pero no quería hacer el amor inmediatamente. Llevaba demasiado tiempo esperando a un hombre como él y quería alargar los preliminares tanto como le fuera posible.

— ¿Toda la noche? —preguntó él.

—Por supuesto —dijo ella, mientras le acariciaba el pelo—. Y solo tendrás que pagarme con placer.

La joven increíblemente sensual estaba jugando con él. Slone lo sabía, pero en ese momento no le importó en absoluto. Su cabello le rozaba la cara y sentía el peso de su delicioso cuerpo. Para entonces ya se había dado cuenta de que no era una prostituta callejera. A juzgar por su elegante y sensual vestido, debía de ser una profesional cara. A pesar del abrigo viejo.

Supuso que aquel juego formaba parte de su rutina. Se contenía para pedir más dinero después, en una especie de trato que dependía del placer que ella le diera.

Slone era un hombre de negocios y lo comprendió perfectamente. Pero estaba corriendo el riesgo de que él no quedara satisfecho. Y eso sólo podía significar una cosa: que ella confiaba plenamente en sus propias habilidades.

Leah lo miró y sonrió con dulzura. Estaba sobre él, manteniendo la distancia justa para no rozarlo. Slone se arqueó hacia arriba instintivamente. Necesitaba sentir su calor, perderse en la femenina humedad que multiplicaba su apetito cada vez que aspiraba su aroma. Pero ella permanecía fuera de su alcance. Jugueteaba con él, lo torturaba, lo excitaba hasta llenarlo de expectación ante lo que pudiera suceder.

Leah se mordió el labio inferior y se inclinó lenta y graciosamente sobre Slone. La parte superior de su cuerpo rozó la de él y pudo sentir sus pezones endurecidos.

—Estás tan caliente... —dijo Slone. Era cierto. Lo estaba. —Deja que te pruebe.

Incapaz de resistirse, Slone llevó las manos a su cabello y se lo acarició. Necesitaba más. Necesitaba sentir cada milímetro de su cuerpo.

Nunca había estado con una profesional, pero gracias a las películas recordaba que a las prostitutas no les gustaba que las besaran en la boca.

Sin embargo, eso era pedir demasiado. Tenía que besarla.

La atrajo hacia él y la abrazó con fuerza. Ella no se resistió. Su boca le dio la bienvenida e incluso inclinó la cabeza para que sus lenguas se encontraran con más facilidad y de forma más profunda.

Slone llevó una mano a la cremallera del vestido y se la bajó muy despacio, saboreando cada momento. Su piel era tan suave como el terciopelo.

Después, le acarició los hombros y se apartó de su boca para dedicarse a su cuello y descender.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó en voz baja.

Ella se arqueó y respondió:

—Leah Muldoon. ¿Y tú?

Él creía que conocía su nombre, pero contestó de todas formas.

—Slone Kincaid.

—Slone —repitió ella casi en un ronroneo—. Me gusta cómo sabe.

— ¿Mi nombre?

Ella asintió.

—Sí. Algunas palabras saben bien cuando se pronuncian. Como... destino.

Slone lo comprendió perfectamente. Sobre todo en una noche como aquélla.

—Tú sabes mejor que ningún nombre —elijo él.

Tiró del vestido hacia abajo, pero no cayó completamente. Se quedó enganchado en los generosos senos que había devorado con la mirada desde que la descubrió en el asiento trasero de la limusina.

—Lámeme —ordenó ella, como si adivinara lo que estaba pensando.

Slone inclinó la cabeza sobre su escote y la frotó contra sus curvas. Después, apartó el vestido y gimió al contemplar su sostén rosa sin tirantes. Pero todavía tenía que obedecer su orden, así que pasó la punta de la lengua por encima de la tela.

Ella se arqueó. Quería más y Slone se lo dio. Le subió el sostén de repente y le lamió un pezón. Leah se apretó contra su boca y cerró el espacio que quedaba entre ellos.

Su calor eliminó la poca paciencia que le quedaba a Slone y movió las caderas contra ella en imitación del gesto que repetiría pronto en su interior. Leah gimió y se frotó contra la erección, haciéndole gemir de placer.

—Quítate eso.

Ella se desabrochó el sostén y se lo quitó. Pero él casi no se dio cuenta, porque estaba demasiado ocupado con acariciarle los senos y llevárselos a la boca. Cuando le succionó un pezón, Leah lo recompensó con un movimiento espasmódico y un grito.

Slone alzó la mirada y se sorprendió al ver que se había arqueado hacia atrás, que se había ruborizado y que respiraba con dificultad. De no haber creído que era una prostituta, lo habría tomado por un orgasmo.

—Oh, cuanto lo necesitaba... —murmuró ella—. Dame unos cuantos más y me habrás pagado con creces.

Slone no pudo creer que hablara en serio. Tenía que estar fingiendo. Se dijo que era una profesional y que naturalmente estaría acostumbrada a mentir, pero prefirió apartar ese pensamiento y convencerse de que él era un buen amante. Que ella fuera una prostituta no significaba que no pudiera sentir placer. Y estaba decidido a dárselo.

Ahora sabía que ella podía alcanzar el clímax así que decidió tomárselo con calma. Sus caricias y besos se volvieron más tranquilos. Jugueteó con sus pezones, lamiendo las areolas pero sin darle las succiones fuertes que ella deseaba. Y mientras tanto, ella se frotaba en su regazo e intentaba quitarse el vestido, que ya se había bajado hasta la cintura.

Al final, Leah comprendió que Slone no iba a transigir y decidió tomar cartas en el asunto.

—No pareces muy cómodo —murmuró.

Le quitó la corbata y le desabrochó los botones de la camisa.

—Eres impresionante... —continuó ella.

Él estuvo a punto de sonreír ante su candor. Parecía sinceramente encantada de tocarlo, de besarle el cuello, de acariciarle el pelo. Y cuando llevó las manos al cinturón de sus pantalones, Slone supo que estaban preparados para llegar más lejos.

—Desnúdate —dijo él.

—Ya era hora de que lo dijeras —comentó ella—. Empezaba a pensar que tenías intención de hacerme el amor a través del vestido.

—Eso suena... interesante.

Slone la miró con intensidad mientras ella se bajaba el vestido por sus curvas sinuosas. Unos segundos después se quedó sin más ropa que unas braguitas de encaje rosa.

La limusina osciló. O tal vez fueran sus entrañas.

—Creo que un poco de látex no nos vendría mal —dijo ella.

Leah alcanzó el bolso y sacó un preservativo.

Él la miró y pensó que era lógico. Una profesional debía de estar preparada para cualquier contingencia.

Al verla con el paquetito en la mano y al saber que en poco tiempo sería lo único que iba a separar sus cuerpos, Slone se excitó aún más y su erección huyó del encierro de sus pantalones.

Leah lo notó. Hasta un ciego lo habría notado.

Lo miró con los oíos muy abiertos y se lamió los labios.

—Oh, Dios mío —murmuró con un tono maravillosamente inocente.

De repente, a Slone le pareció muy joven.

— ¿Cuántos años tienes? —preguntó.

Ella contestó sin apartar la mirada de su entrepierna.

—Veintidós.

Leah se quitó de encima y se sentó en el asiento. Luego, se llevó las manos a los muslos e hizo ademán de quitarse las medias.

—No. Déjatelas puestas —dijo él.

Ella asintió y llevó las manos a las braguitas.

—Déjatelas también.

Leah lo miró con expresión confusa, pero él la sacó rápidamente de dudas. Extendió un brazo, introdujo la mano por debajo del elástico y la acarició entre las piernas. La tela estaba húmeda y ella gimió cuando él introdujo un dedo en el interior de su cuerpo. Slone sintió su calor y supo que estaba realmente excitada. Fuera cual fuera el motivo que la había llevado a subirse a la limusina, ahora era evidente que lo deseaba. Sobre eso no cabía duda alguna.

Encontró su clítoris y empezó a juguetear con él. Primero con un dedo y luego con dos. Pero sus gemidos de placer se convirtieron enseguida en ruegos de algo más. Y Slone renunció a su decisión de tomárselo con calma. La necesitaba. Necesitaba tomarla. En ese momento. Sin más esperas.

Le quitó la poca ropa que le quedaba, la agarró por la cintura y la colocó sobre él. Esta vez no hubo más juegos. Leah le acarició el cabello, lo besó apasionadamente y descendió sobre su cuerpo hasta que la penetró con una acometida dura y profunda.

Fue una sensación físicamente perfecta. Estaba húmeda y la sentía a su alrededor como si fuera un guante.

Slone se movió de nuevo y Leah gimió mientras tomaba todo lo que él podía darle.

—Eres preciosa.

Los dos empezaron a moverse al unísono, en un baile perfectamente sincronizado. Slone la agarró por las caderas y la detuvo un momento para introducirse hasta el fondo de su cuerpo, de tal manera que Leah no pudiera olvidar que había estado en él.

—Ha pasado tanto tiempo... —murmuró ella.

Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Él sintió que todas sus terminaciones nerviosas cobraban vida en el impulso final. Ya no podía detenerse. Ya no podía esperar. Ni siquiera entendió las palabras de Leah, que se perdieron en su mente sin encontrar ningún sentido. Y poco después, mientras le acariciaba el cabello y la besaba con toda la pasión de su boca, alcanzó el orgasmo y se vació en su interior.

CAPÍTULO 03

Los brazos de un hombre súper sexy, rico y desnudo no eran el peor sitio del mundo para quedarse dormida. A Leah se le ocurrían unos cuantos. Demasiados.

Pero no se le ocurrió ninguno mejor.

Así que, cuando despertó del breve sueño en el que cayeron tras hacer el amor, no tuvo prisa alguna por apartarse. Él la había tumbado sobre el asiento y la abrazaba con un gesto claramente posesivo. Ella bostezó y se apretó contra él con todas sus tuerzas, como si se conocieran de toda vida.

Hasta entonces, creía que él también se había quedado dormido. Pero su voz la sacó del error.

—No eres prostituta, ¿verdad?

Ella rió y sacudió la cabeza.

—No. Claro que no.

—Oh, vaya...

— ¿Lamentas que no lo sea?

Leah no supo por qué, pero su respuesta le importaba de verdad. Había disfrutado de una relación sexual maravillosa y en principio debía contentarse con ello. Sin embargo, ahora esperaba mucho más.

Él le acarició un brazo y consiguió que se estremeciera.

—No, no lo lamento. Pero siento haber pensado que lo eras.

La respuesta de Slone la satisfizo.

— ¿De verdad había pasado…mucho tiempo? —continuó él.

—Sí. Bastante —respondió ella—. Aunque no se puede decir que me guste el celibato.

— ¿Y por qué llevas preservativos en el bolso si no haces el amor con nadie?

—Bueno... ¿quién mejor para llevar preservativos que alguien que no se acuesta con nadie y que lo desea? —Preguntó con ironía—. Imagina que no hubiera llevado ninguno. Habría sido una noche muy frustrante.

—No, en absoluto. Habríamos ido a alguna tienda de las que abren veinticuatro horas al día —comentó él.

Ella rió.

— ¿Y cómo se lo habrías explicado a tu chofer?

—No le pago para que haga preguntas sobre mis asuntos.

Slone lo dijo con cierto tono de arrogancia y ella pensó que estaba acostumbrado a obtener lo que quería y que tal vez estuviera un poco mimado. Pero era tan atractivo que le dio exactamente igual.

—Ahora seré yo quien haga las preguntas. ¿Por qué has pensado que era una prostituta?

—Bueno... acabas de hacer el amor con un desconocido en el asiento trasero de una limusina — respondió.

Ella replicó sin pensárselo dos veces.

—Tú también —observó ella.

—Eso es cierto.

Leah quiso ver las arrugas de la risa en sus ojos, de modo que se estiró entre los brazos de Slone hasta que se quedó tumbada de espaldas. Al mirarlo, pensó que era un hombre muy atractivo. Sorprendentemente atractivo. Tal vez demasiado para una chica fugada de un pueblo pequeño que había terminado la enseñanza secundaria el año anterior y que, al paso que llevaba, no tendría título universitario hasta los treinta.

Sin embargo, no estaba tan fuera del alcance de la stripper que interpretaba cuando bailaba en el Leather and Lace. La mayoría de los hombres la deseaban. Y Leah, o más su alter ego en el escenario, merecía pasar una noche en brazos de un hombre como Slone.

Definitivamente no iba a desaprovechar su oportunidad.

—Me alegra que los dos estemos tan cómodos —murmuró él.

Además de tener una visión perfecta de su cara, la nueva posición de Leah le permitía observarlo con más detenimiento. Slone bajó la mirada y abrió los labios con un sonoro suspiro mientras contemplaba sus senos. Los pezones de Leah se endurecieron y prácticamente rogaron que repitiera las caricias de unos minutos antes. Lo deseaba tanto que sus caderas se arquearon hacia arriba. Estaba excitada otra vez.

No había duda alguna de que Slone era un amante más que capaz de mantenerla ocupada toda una noche.

—Bueno, ahora ya sanemos que los dos estamos cómodos con la situación —comentó ella—. Pero, ¿cómo supiste lo que iba a pasar incluso antes de que me despertara?

—Pensé que me habías reconocido y que habías subido al coche para aprovechar la oportunidad — respondió.

—No, qué va. Simplemente me equivoqué de coche —explicó—. Fui al club con un grupo de amigas y en una limusina alquilada que se parece a ésta. Además, de noche todos los gatos son pardos... ¿De verdad crees que todas las mujeres que te encuentras son prostitutas?

Él miró el vestido rojo de terciopelo, que ahora descansaba en el asiento.

—No, pero el vestido me pareció un poco provocativo... y no exactamente adecuado para salir a tomar copas a un club.

Leah soltó una carcajada.

—Izzie se morirá de risa cuando le diga que has contundido los vestidos de sus damas de honor con la indumentaria de una profesional del sexo.

Slone suspiró.

— ¿Damas de honor?

Ella asintió.

—Lo siento. Es que pensé que el vestido no pegaba nada con el abrigo. Esta tan viejo y desgastado—continuó él.

—Es verdad, no pegan nada. Debería comprarme un abrigo nuevo, pero no tengo dinero... me veo obligada a trabajar por las noches para seguir estudiando y sacarme el título de enfermera.

Leah no mencionó en qué consistía su trabajo nocturno. Temía que si le confesaba su profesión, él volviera a tener dudas sobre ella. Algunas personas creían que una bailarina que se desnudaba en el escenario y una prostituta eran la misma cosa. Lo cual le causaba unos cuantos problemas en el trabajo.

Pero Slone no era uno de esos tipos desagradables del club, sino un perfecto caballero y un hombre sexy y apasionado. Sobre todo en ese momento, porque la miraba con una dulzura casi inocente.

—Estudiante de enfermería... vaya, no podría haberme equivocado mas contigo —dijo mientras le apartaba un mechón de pelo—. ¿Podrás perdonarme?

—No te preocupes por eso. No soy de la clase de mujeres que harían el numerito de la virgen ofendida porque alguien se haya equivocado con sus suposiciones —respondió.

Él sonrió aún más.

—Así que el numerito de la virgen ofendida... Dios mío, supongo que soy un tipo afortunado.

—Desde luego que sí.

Él le acarició el brazo de nuevo, pero no se detuvo allí y siguió hasta sus caderas y su entrepierna. Leah se arqueó.

—Veo que quieres probar suerte otra vez...

Slone asintió. Se inclinó sobre ella y la besó lenta, apasionada y tan cuidadosamente que Leah pensó que quería memorizar el interior de su boca. No llegó una sola brizna de aire a sus pulmones que no hubiera pasado antes por sus labios. Y cuando por fin se apartó de ella, estaba terriblemente excitada.

—Quiero que nos lo tomemos con más calma — dijo él—. ¿Por qué no vamos a un sitio más cómodo?

Leah abrió la boca para protestar; pero antes de que pudiera hacerlo, Slone pulsó un pequeño intercomunicador y dijo:

—Es hora de volver a casa, Richie.

Leah miró a su alrededor, buscando una cámara con la mirada y rezando para que el chófer no hubiera contemplado lo sucedido. Por algún motivo, le molestaba la posibilidad de que la hubieran visto haciendo el amor. Se desnudaba todos los días en el escenario, pero eso era diferente. Ahora no estaba en un club oscuro, no estaba bailando para ganarse la vida. Estaba en brazos de un hombre tan desnudo como ella, con los muslos levemente separados y su sexo todavía hinchado por la excitación de la experiencia anterior y de la venidera.

—No te preocupes, no puede vernos —dijo él, adivinando sus pensamientos.

— ¿Quieres parar antes en algún sitio, jefe? — preguntó el chófer por el intercomunicados

Era evidente que Richie quería saber si debían llevarla antes a su casa. Leah había pensado ir a trabajar, pero las circunstancias habían cambiado. Aquel hombre tan increíblemente sexy le había pedido una noche de amor y le gustaba tanto que estaba más que dispuesta a concedérsela.

Además, Slone no habría admitido una negativa.

—No, Richie. Vamos directamente a casa.

Slone apagó el intercomunicador y sonrió a Leah mientras le devolvía el vestido.

—Vas a conocer el sitio donde vivo —declaró—. Y sospecho que mi cama te va a encantar.

Slone pensó que sólo tardarían unos minutos en llegar a casa, pero las calles estaban en mal estado y las cosas se complicaron. Richie tenía que hacer milagros para avanzar entre los montones de nieve y las placas de hielo.

Podrían haber aprovechado la circunstancia para hacer el amor otra vez. Sin embargo, la perspectiva de tenerla en su cama le hizo esperar. Ya habían tenido una relación apasionada en el asiento trasero de la limusina. Ahora quería tomárselo con más calma y en un lugar más cómodo.

A Slone le gustaba ir poco a poco en casi todo. Desde una buena comida hasta un viaje planeado de antemano, pasando por la culminación de un acuerdo de negocios. Por eso le pareció tan inusual que sus manos se empeñaran en acariciar cada centímetro de aquel cuervo lascivo y cubierto otra vez de terciopelo rojo. Deseaba tomarla y perderse en el interior de su cuerpo de un modo tan salvaje y despreocupado que los dos terminaran agotados e incapaces de moverse.

Si no se hubiera puesto el vestido, habría olvidado sus buenas intenciones y le habría hecho el amor. Pero ya tendrían ocasión cuando llegaran a la casa. A fin de cuentas Leah le había prometido toda la noche.

—Así que eres rico —preguntó ella.

—Sí, supongo que sí.

Ella alzó los ojos al cielo.

—No es necesario que te andes con remilgos. Si yo hubiera dicho que eres todo un semental y tú quisieras demostrar modestia, sería comprensible que respondieras con un supongo que sí o algo parecido. Pero sólo es una pregunta sobre dinero. Y además, no tienes un gramo de modestia en todo tu cuerpo.

Slone no supo si reír o sentirse ofendido por el comentario.

—Eres demasiado directa.

—Tal vez. Sin embargo, un hombre rico es un hombre rico. No depende del cristal con que se mire.

—Ya, pero no es lo mismo ser un empresario que un actor o un presentador famoso de televisión —puntualizó.

Ella frunció el ceño.

—Está bien, de acuerdo... hay gente adinerada, rica y repugnantemente rica. ¿A qué categoría perteneces? —preguntó.

Si Slone hubiera notado el menor interés pecuniario en sus preguntas, se habría preocupado. Pero lo preguntaba por simple curiosidad. Sabía reconocer el carácter de las personas y Leah sólo era una chica honrada, directa y bastante más vulnerable de lo que le gustaba parecer.

Su boca confirmaba la honradez y la franqueza de su corazón. Sus manos, la vulnerabilidad.

— ¿Y bien? —insistió ella.

—Bueno, digamos que me parezco más a un tipo al que le ha tocado la lotería que a Bill Gates. ¿Te parece una buena respuesta?

—Desde luego que sí —respondió—. Y para que no creas que he sido una grosera al preguntártelo, te contaré mi situación con una metáfora parecida. Estoy entre una mujer que ha ganado diez dólares con la lotería y otra que por lo menos no está desempleada.

Slone rió. Le parecía tan encantadora como joven y libre. Radicalmente distinta a él. Algunas personas daban por sentado que al haber recibido una herencia a los veintidós años se dedicaría disfrutar de la vida y tal vez a malgastar el dinero. Pero el carácter de Slone no servía para eso. Trabajaba muy duro, intentando mantener a flote el imperio de su padre y ocultar a su madre y a sus hermanas hasta qué punto había descuidado los negocios durante los últimos años de su vida.

Hasta entonces no había tenido tiempo para ser joven y libre. Ni para mantener una relación seria con una mujer.

Y nunca le había importado. Especialmente porque su madre y sus hermanas estaban empeñadas en que sentara la cabeza y se dedicaban a presentarle mujeres de buena familia con la esperanza de que se casara.

Sin embargo, su vida había dado un vuelco. Todavía no sabía por qué le había pedido toda la noche a Leah ni por qué había propuesto que se marcharan a su casa. Nunca llevaba mujeres a su casa. Pero Leah era diferente. No invadía su espacio.

A pesar de ello, pensó que tal vez había cometido un error. Sin embargo, bastó que la mirara otra vez para que, en su cara, normalmente seria, se dibujara otra sonrisa. Y no se arrepentía de lo sucedido.

Además, había algo que no podía negar. Ahora que la había conocido, lamentaba haber estado perdiéndose lo mejor de la vida: una relación sexual apasionada. Aunque había salido con muchas mujeres, ninguna le había gustado tanto como aquella desconocida que se había subido a su coche.

—Vaya, esto es mucho mejor que un hotel — dijo ella en ese momento.

Leah se giro, abrió el pequeño frigorífico y sacó una botella de agua mineral. Después, se puso de rodillas sobre el asiento y se dedicó a contemplar la ciudad a medida que avanzaban.

La postura de Leah era tan sensual que Slone se estremeció al contemplar su maravilloso trasero.

Casi había olvidado el whisky que se había servido unos minutos antes. Pero ahora lo alcanzó y echó un largo trago para intentar mantener el control.

Ella ni siquiera se dio cuenta. Empezó a juguetear con los botones de la limusina, aunque afortunadamente no pulsó el que abría la mampara que los separaba del conductor. Incluso dio un golpecito con la uña en la licorera, para oír el tintineo del cristal, y puso la radio tan fuerte que le dolieron los oídos.

Era encantadora en todos los sentidos posibles. Y él estaba encantado.

Tanto, que se preguntó si una noche entera sería suficiente.

CAPÍTULO 04

Slone Kincaid suponía que le gustaría su casa, pero hasta que no llegaron al ático del edificio con vistas al lago Michigan no supo hasta qué punto había acertado con la previsión. Se quedó boquiabierta. No sólo porque estaba lleno de obras de arte y de muebles tan bellos que parecían dignos de un museo, sino porque era tan grande como un estadio de fútbol.

Pero eso no era todo. También había supuesto que le gustaría la cama. Y cuando vio aquella enorme cama en mitad de la habitación, dijo:

— ¿Has dicho que me iba a gustar? Dios mío, no es que me guste... ¡es que la adoro!

—Lo sabía.

— ¿Y todo esto es tuyo?

Él asintió, cruzó hasta el ventanal y abrió las cortinas para que pudiera contemplar las vistas del lago, parcialmente cubierto de hielo.

—Sí.

—Vaya... me siento como la protagonista de *Pretty woman.*

—Pero ella era prostituta.

—Sí, bueno, pero no lo parecía.

—Teniendo en cuenta cómo ha empezado nuestra relación, creo que sería mejor que nos olvidáramos del asunto —ironizó.

Ella rió y se quitó los zapatos para poder disfrutar de la mullida moqueta. Había visto sitios parecidos en las películas, pero nunca habría creído que existían de verdad.

— ¿Y vives solo?

—Hay empleados que se encargan de la casa, pero sí.

— ¿Y qué estabas haciendo en ese club de mala muerte? Si yo viviera en un sitio como éste, no saldría nunca a la calle.

—Te sentirías sola—murmuró.

Ella chasqueó los dedos.

—Entonces mandaría llamar a mis amigos.

— ¿Mandarías llamar a tus amigos? Eso suena un poco arrogante... —dijo mientras le desabrochaba el vestido.

Leah lo miró con sarcasmo y él fingió sentirse ofendido.

— ¿Es que crees que yo sí soy arrogante? — continuó.

—Por supuesto que sí. Me has acusado de ser una prostituta y de haberme subido a tu limusina para sacarte dinero—respondió.

Él se encogió de hombros. No podía negarlo.

—Ya, pero eso es otra cosa.

—No digas tonterías. Cuando quieres algo, lo tomas.

— ¿Y qué?

—Que obviamente no estás acostumbrado a las negativas.

—Tal vez no, pero no recuerdo que tú me hayas dado ninguna negativa —dijo con una sonrisa maliciosa.

Él se quitó la camisa y se acerco a ella. Estaba absolutamente impresionante bajo la luz de la luna. Y por su musculatura y el tono de su piel, era obvio que no se pasaba el día detrás de una mesa.

—Vaya, qué barbaridad... —dijo ella.

— ¿Eso es un comentario bueno? ¿O malo?

—Bueno. Definitivamente bueno.

—Gracias. Y ahora, ¿vas a terminar de quitarte el vestido? ¿O esperas que lo hagamos a través de la tela? —preguntó.

Leah suspiró.

—No sé qué decir. El vestido me ha costado una fortuna...

—Te compraré otro.

Él le acarició el brazo y ella decidió tomarle el pelo y fingir que se había molestado.

— ¿Es que tenemos que volver otra vez con ese asunto de que soy una prostituta?

Slone apartó la mano y la miró con asombro.

— ¿Cómo?

Leah supo que había cometido un error. Seguramente estaba acostumbrado a las mujeres caprichosas y mimadas. Pero ella no era así.

—Sólo era una broma, Slone. Quiero que te metas esto en la cabeza: estoy aquí porque quiero estar aquí —afirmó, acercándose a él—. Estoy aquí porque te deseo. Porque quiero pasar toda la noche contigo.

Ella le acarició el pecho y le pasó las uñas por el costado.

— ¿Y por la mañana?

—Nos despediremos.

Él frunció el ceño como si la perspectiva de su marcha le desagradara, pero no dijo nada al respecto. Por mucho que Leah le gustara, debía admitir que eran dos personas del todo incompatibles.

Slone despertó a la mañana siguiente en los brazos de una criatura preciosa y entre voces de mujer. Voces que sonaban en el interior del ático.

Miró el reloj de la mesita y vio que casi eran las doce. Habían hecho el amor en la cama, habían asaltado el frigorífico de la cocina e incluso se habían dado un baño en la gigantesca bañera del servicio. No era de extrañar que hubiera despertado tan tarde. Tanto que su madre y sus dos hermanas ya habían llegado para recordarle, como todos los meses, que tenía una familia.

Deseó equivocarse y que fuera su ama de llaves. Pero la mujer era muy religiosa, y siendo domingo, estaría indudablemente en la iglesia.

— ¿Hola?

Reconoció inmediatamente la voz. Era el tono irónico de su hermana pequeña, Jess, el mismo tono con el que lo había atormentado una y otra vez durante la infancia. Y como Jess no tenía ningún respeto por la intimidad de los demás, habría usado su llave para entrar en el ático al ver que no contestaba al timbre.

— ¿Dónde estás?

Sólo tuvo tiempo para hacer una cosa antes de que se abriera la puerta del dormitorio: agarrar la sábana, tapar a Leah y cubrirse él mismo hasta la cintura.

—No me digas que sigues en la cama...

Jess se quedó asombrada al ver la melena rubia que caía sobre la almohada de su hermano.

—Oh, vaya.

— ¿Podrías cerrar la maldita puerta? —preguntó él.

Leah bostezó y se estiró en la cama. Slone le puso una mano en el hombro y miró a Jess.

—Dame un minuto para que me vista. Y por Dios, no dejes que entren mamá y...

— ¡Buenos días, Slone!

La voz que sonó era la de su otra hermana. Afortunadamente, Jess decidió echarle una mano a Slone y la detuvo antes de que entrara en el dormitorio.

—No entres. No está visible.

—Saldré dentro de cinco minutos. Y cierra la puerta antes de que entre mamá, por favor...

Jess soltó una carcajada y cerró la puerta.

Slone se pasó una mano por el pelo, frustrado, y sacudió suavemente a Leah. Estaba tan dormida que ni siquiera se movió. Y no pudo resistirse a la tentación de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Tenemos compañía...

— ¿Han traído el desayuno? —preguntó ella.

—Me temo que no. Es mi familia.

Leah tardó un momento en reaccionar. Pero cuando lo hizo, se sentó en la cama como empujada por un resorte. La sábana cayó y reveló sus preciosos senos y los pezones todavía enrojecidos por sus caricias y por el roce de la barba de Slone.

— ¿Tu familia? ¿Ahora? —Preguntó, espantada—. Oh, Dios mío... ¿Hay alguna puerta trasera? ¿Una escalera de incendios?

Leah se levantó, tomó el vestido y la ropa interior y corrió al cuarto de baño.

Slone rió suavemente y la siguió.

—No te preocupes. Soy un hombre adulto y mis hermanas y mi madre lo saben de sobra. Te las presentaré. Puedes quedarte a comer...

Slone la invitó sin pensarlo. Pero no se arrepintió de haberlo hecho.

Le había pedido que pasara la noche con él y ahora quería que pasara el día siguiente. No quería renunciar al placer que había sentido desde que la había descubierto en el asiento del coche.

Ella lo miró y sus ojos azules brillaron.

—No soy del tipo de mujeres que un hombre puede presentar a su madre.

Él la tomó de la mandíbula y la besó en la boca.

—No te subestimes. Eres una jovencita encantadora.

Leah suspiró.

—No, mira... yo...

—Leah, no te conozco demasiado. Pero sé que no tienes tanta experiencia sexual como pretendes, y que no te habías acostado con nadie en mucho tiempo.

Leah se mordió un labio y lo miró con intensidad, intentando averiguar si el comentario de Slone era una crítica.

Pero no lo era. Ni mucho menos. De hecho, a Slone le había encantado que fuera una mujer poco experimentada y que demostrara tal curiosidad en el amor.

—Ha sido tan maravilloso que no estoy seguro de que mis piernas me puedan sostener —dijo él, sonriendo—. Y no deberías preocuparte por la presencia de mi familia. Sé que les gustarás. Así que dúchate, tomate todo el tiempo que necesites, vístete y sal cuando termines.

Ella abrió la boca para protestar, pero Slone no hizo caso. Volvió al dormitorio, se vistió rápidamente y desapareció en el salón, donde supuso que las tres mujeres ya estarían murmurando sobre lo sucedido. No tenía la menor duda al respecto.

Sin embargo, le dio igual. A fin de cuentas habían entrado sin llamar y no tenía ningún motivo para sentirse avergonzado. Así que saludó a su madre, sonrió a su hermana mayor, que estaba embarazada, y dedicó un guiño a su hermana pequeña. Como todas eran mujeres de mundo, ninguna hizo comentarios sobre la joven que en ese momento estaba en el cuarto de baño. Pero él se les adelantó para evitar malentendidos.

—Es una joven encantadora. Estudia enfermería.

—Ejem...

Slone oyó la voz de Leah y se giró. Estaba en la entrada del pasillo, frotándose las manos. Parecía María Antonieta a punto de subir al cadalso.

Él sonrió.

—Perdonadme un momento —dijo mientras caminaba hacia ella—. Venga, acércate, están locas por conocerte.

—Lo dudo —declaró en voz hoja.

Él la tomó del brazo.

—Relájate. Sólo vamos a comer. No es nada serio.

—Para mí lo es —espetó, intentando apartarse—. No pertenezco a este mundo.

—No seas ridícula. En mi familia no somos unos esnobs. Además, ser estudiante de enfermería no tiene nada de malo.

—No, Slone, tú no lo entiendes...

Slone le pasó un brazo alrededor de la cintura, pero ella se apartó.

—Escúchame un momento —ordenó Leah, alzando la voz.

Su tono fue tan seco que Slone mantuvo silencio y no intentó tocarla otra vez.

—Sólo iba a ser una noche, Slone. No tenías que presentarme a tu familia rica y maravillosa. Yo no estoy acostumbrada a estas cosas. Soy de un mundo completamente diferente —afirmó.

—Te equivocas, Leah. Eso no importa. Eres una chica honrada y adorable que...

— ¡Soy una stripper! —gritó.

Slone se quedó helado y sin palabras. Ella miró a las tres mujeres que estaban en el salón, se giró de nuevo hacia él y añadió:

—Bailo en un club que se llama Leather and Lace. Como ves, no soy precisamente adecuada para una comida de señoritas.

Slone retrocedió y la miró con dureza.

—Entonces, lo que me contaste de la carrera de enfermería...

—Eso es cierto. Estudio en la universidad. Pero tengo que bailar desnuda delante de un montón de hombres para pagar las facturas.

Dicho eso, y cuando sus palabras todavía resonaban en las paredes del ático, Leah se puso el abrigo sobre los hombros, corrió hacia la salida y se marchó con un portazo.

Leah siempre tenía una sonrisa en la boca cuando bailaba. Pero el domingo por la noche, cuando salió del Metro y caminó hacia el club, no sonreía. De hecho, cualquiera que se hubiera acercado lo suficiente habría notado sus ojos enrojecidos y que había estado llorando todo el día. Llorando por un hombre al que había conocido el día anterior.

Sus lágrimas no se debían a que tuviera el corazón roto. No era un personaje de *Pretty woman* ni creía haberse enamorado. Se debían a que Slone le gustaba. Mucho. Le habría gustado aunque hubiera sido un trabajador como ella y se hubieran conocido en la barra de un bar. Que fuera rico y viviera en un ático le daba lo mismo.

Se atraían, se reían y se divertían juntos. En las pocas horas que habían compartido, había adivinado que Slone no tenía una vida fácil. En realidad se sentía solo. Y tenía la impresión de que la necesitaba.

—Olvídalo —se dijo—. Te necesita tanto como a un billete de lotería.

Se sopló las manos para calentárselas. La noche de Chicago era tan fría como la anterior y pensó que debía comprarse un abrigo nuevo.

Iba tan concentrada en sus pensamientos que estuvo a punto de chocar con el coche oscuro y grande que en ese momento aparcó junto a la acera.

— ¿Es que no miras a los peatones? —preguntó con cierta indignación.

Entonces noto que era una limusina y maldijo su suerte para sus adentros. El mundo parecía empeñado en recordarle a Slone.

Y un segundo después, cuando se abrió la portezuela, su corazón se detuvo.

— ¿Kincaid?

—Hola, Leah.

Ella se mordió el labio.

—Vaya sorpresa…

—No es ninguna sorpresa. Iba a tu club para hablar contigo cuando te he visto en la calle.

— ¿Para hablar conmigo?

—Quería verte y disculparme.

Slone salió del coche y cerró la portezuela.

— ¿Por qué?

—Por haberme empeñado en que te quedaras a comer. Odio las comidas familiares y estaba deseando que me acompañaras —dijo, encogiéndose de hombros—. Además, quería que mi familia supiera que soy capaz de elegir a las mujeres.

—Pues no habrás quedado muy bien. Mira que elegir a una stripper...

—Eso no me importa, Leah. Además, te equivocas con mi familia. Mi madre fue camarera y ni mis hermanas ni yo crecimos entre algodones. Sé que trabajar y estudiar al mismo tiempo, como haces tú, puede resultar muy duro. Mereces todo el respeto del mundo.

Ella lo miró y supo que era sincero.

—Está bien, acepto tus disculpas. Aunque soy yo quien debería disculparme... no debería haberme marchado de ese modo, ni haber confesado mi profesión en voz alta.

—Teniendo en cuenta que al principio te tomé por una prostituta, no me extraña que me lo ocultaras.

Slone la tomó de las manos. Las tenía tan frías que añadió:

—Necesitas unos guantes nuevos.

Ella se encogió de hombros. Él la atrajo hacia sí.

—Y un abrigo nuevo.

—Lo sé.

—Pero hasta que tengas dinero para comprártelos, puedes usarme a mí para calentarte —dijo él.

Slone la abrazó. Leah echó la cabeza hacia atrás y contempló su atractivo rostro. No estaba coqueteando con ella. Estaba haciendo algo mucho más importante y profundo: la estaba aceptando tal y como era, concediéndole el derecho a ser libre, independiente. Y de paso, bloqueando el viento helado de Chicago con su cuerpo.

Nadie la había protegido nunca. Ni siquiera su padre, al que habían encerrado en la cárcel cuando ella sólo tenía diez años. Ni su madre, que era una borracha. Ni desde luego su padrastro, que había intentado abusar de ella.

Nadie.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Agradezco tu oferta.

—Me alegro.

Slone alzó una mano enguantada, le acarició la mejilla y la besó dulcemente en los labios.

— ¿Leah?

— ¿Sí?

— ¿Eso significa que te gustaría salir conmigo en algún momento?

Le pareció increíble que le pidiera algo tan inocente como salir después de lo que habían hecho la noche anterior. Pero era encantador. Y un gesto simbólico y de gran importancia, porque implicaba mucho más que pasión y risas. Tal vez, la relación amorosa con la que había soñado.

—Por supuesto que sí, Slone —dijo, pasando los brazos alrededor de su cuello—. Me encantaría salir contigo.

Él la besó de nuevo, pero con más pasión que antes. Y con un fondo tan dulce y paciente que los ojos de Leah se llenaron de lágrimas por segunda vez.

Cuando se apartaron, Slone le secó las lágrimas con un dedo.

— ¿Me permites que te lleve al trabajo?

Ella miró la limusina, tan parecida a la que había usado con sus amigas el día anterior. Pensó que las cosas habrían sido muy diferentes si Bridget no se hubiera dejado el teléfono en el club y si ella hubiera prestado más atención.

En ese momento sólo se le ocurrió una palabra para definir los acontecimientos de las últimas horas. Las casualidades que la habían arrojado en brazos de un hombre maravilloso.

—Es el destino —susurró.

Slone asintió.

—Es más que eso. Creo que la noche de ayer fue la más afortunada de mi existencia.

Leah lo abrazó con fuerza y pensó que también había sido la mejor de su vida.

EL TRÍO

CAPÍTULO 01

—Oh, Dios mío, ¿eso es la alarma de incendios? Tenemos que salir de aquí. ¿Eso es humo? ¡Creo que huele a quemado!

Mia Natale notó inmediatamente que no había humo por ninguna parte. A menos que tomaran por humo las nubes de vaho de los clientes que se aproximaban a la puerta abierta del club.

— ¡Tenemos que salir de inmediato o la gente nos aplastará!

Gloria era muy dada a ponerse nerviosa en momentos de crisis, pero Mia suspiró y no supo si hacerle ver que no había humo en el local o limitarse a pegar un empujón a su melodramática y casada hermanita.

Pero Vanessa le ahorró la decisión.

—Seguidme —anunció.

Vanessa era una mujer alta, de casi un metro ochenta de altura sin los tacones. Así que, cuando avanzó hacia la salida, la gente se apartó. Era como mirar a una reina en un desfile.

— ¿Cómo hace eso? —murmuró Gloria.

Mia se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero me alegra que nos acompañe.

Había conocido a Vanessa esa misma semana y ya entendía perfectamente que su hermana pequeña, Izzie, la hubiera incluido entre las damas de honor y la tuviera entre sus mejores y más queridas amigas.

El resto de las damas eran tan buenas personas como ella. Gloria, por supuesto, se habría sentido insultada si Izzie no la hubiera incluido en el grupo. Leah era una amiga del trabajo. Y Bridget e Izzie eran tan inseparables que en lugar de primas parecían gemelas.

Sí. Todas eran perfectas.

Menos ella misma. Ella no encajaba allí. Incluso estaba segura de que Izzie sólo le había pedido que asistiera a la boda porque era su hermana.

Mia no se sentía incómoda porque no las quisiera. Las quería con toda su alma. Pero era distinta. Siempre lo había sido, desde pequeña. No se parecía nada a la tradicional y conservadora Gloria, ni a la brillante y alegre Izzie.

Ella había sido una niña con carácter, que había adoptado el papel del hijo que sus padres no habían tenido. Prefería jugar al fútbol y al hockey con los chicos antes que perder el tiempo en clases de ballet como Izzie o jugando con muñecas como Gloria.

Y no había cambiado mucho al crecer. Todavía jugaba con chicos, aunque en juegos mucho más serios como meter a la gente en la cárcel, defender a personas inocentes y asegurarse de que la respetaban a pesar de ser una mujer. Su trabajo en la fiscalía de Pittsburg había sido como un deporte de contacto. Y lo había hecho muy bien. Al menos, hasta que decidió jugar con otro equipo y aceptar la oferta del bufete de Chicago especializado en casos penales.

—Ahí está el coche... —dijo Gloria—. Supongo que Leah y Bridget ya han llegado al hotel y le han dicho al chófer que vuelva a buscarnos.

Vanessa sugirió que se marcharan inmediatamente y Mia estuvo de acuerdo. Quería regresar a la habitación del hotel y meterse en la cama. Habría preferido ir a su apartamento, pero Izzie se había empeñado en reservar suites para los invitados a la boda y no podía rechazar la oferta sin ser grosera.

Unos meses antes, cuando todavía trabajaba como fiscal, la habría rechazado sin pensárselo dos veces. Pero ahora estaba de vuelta en casa y quería llevar una vida diferente. Aunque de vez en cuando se preguntaba si no había cometido un error al cambiar de trabajo y de ciudad. Sobre todo aquella semana, porque todavía no podía creer que hubiera dado un plantón a Brandon Young la misma noche en que se suponía que iban a consumar su relación.

Pero no quería pensar en él.

En ese momento lamentó no haberse llevado la copa que había dejado en la barra del club. Necesitaba beber algo, pero ahora tendría que esperar hasta llegar al hotel.

Cuando por fin llegaron, Vanessa preguntó:

— ¿Tomamos algo en el bar?

—No puedo —respondió Gloria—. Tony y los mocosos me están esperando.

Mia hizo un comentario sarcástico sobre la existencia de su hermana. Pero no se dejó engañar por el término que había usado con sus hijos. Aunque los llamara «mocosos», los quería con toda su alma. Había nacido para ser madre.

Ella, en cambio, no se imaginaba con hijos. Incluso la idea de salir con amigas le parecía extraña. Se había divertido mucho, pero le cansaba eso de hablar todo el tiempo de sexo, hombres, relaciones y maquillaje. No eran cosas que formaran parte de su vida.

Estaba tan cansada que también rechazó la oferta de Vanessa.

—Yo también me voy. Podemos desayunar juntas por la mañana.

Mia se dirigió a la segunda torre del enorme hotel. Ya no tenía ganas de socializar. Aunque a la mayoría de las mujeres les gustaran las bodas, ella no era como la mayoría de las mujeres.

Pero podría haberlo sido.

Su vida había cambiado un mes y medio antes. Hasta entonces salía con un hombre que la hacía inmensamente feliz. Habían decidido que consumarían su relación esa misma semana, cuando él volviera de un viaje de negocios al extranjero. Y antes de marcharse, Brandon le había confesado que estaba enamorado de ella.

Tal vez lo había dejado plantado por eso.

Porque Brandon Young era demasiado bueno, demasiado encantador, demasiado atento y maravilloso. Un diseñador de programas informáticos que se llevaba bien con todo el mundo y a quien todo el mundo apreciaba.

Y ella, Mia, sólo era una bruja fría y sin sentimientos. Su jefe, los abogados de las defensas y hasta los medios de comunicación de Pittsburgh se habían encargado de recordárselo una y otra vez. Por no mencionar el único amante serio que había tenido. El único hombre con el que había compartido sus días. Un colega de la fiscalía que al final la acusó de tener el corazón de hielo y se marchó.

Mia no volvió a estar con nadie hasta que Brandon la asaltó con su simpatía arrolladora y su calor.

—Has hecho lo correcto al romper —se dijo mientras subía al ascensor.

Quizás, si no se hubiera enamorado de él, habría aceptado lo que le ofrecía. Pero se había enamorado. Y estaba segura de haber hecho lo correcto. Porque creía que aquella relación sería tan dolorosa para ella como para él.

Pero sus buenas intenciones no servían para que se sintiera mejor. Especialmente si tenía en cuenta que su forma de dejarlo plantado había consistido en dejarle un mensaje en el contestador antes de que volviera de su viaje. Por lo menos podría haber llamado por teléfono para asegurarse de que estaba bien y despedirse en persona.

Quería que fuera feliz. Deseaba que encontrara a una mujer adecuada para él. Alguien amable y de buen corazón. Alguien con instinto maternal. Alguien que fuera todo lo que ella no era.

Que odiara a esa supuesta mujer porque iba a tenerlo a él cuando ella no podía simplemente probaba lo que todos decían de ella: que era una bruja

Cuando el ascensor llegó a su piso, se quitó los zapatos de tacón con intención de dirigirse a la puerta del dormitorio. Pero se le cayó uno. Y con tan mala fortuna, que terminó en el interior del ascensor y las puertas se cerraron antes de que pudiera recogerlo.

—Lo que faltaba —murmuro—. Maldita sea...

Conocía ese tipo de ascensores y sabía que tardaría varios minutos en volver si lo llamaba. Y no tenía intención de esperar.

Avanzó por el pasillo, metió la tarjeta electrónica en la ranura y abrió la puerta. Después, entró y quiso cerrar. Pero no pudo.

Una mano grande y fuerte se interpuso.

Llevaba toda la noche esperando a Mia Natale. Sabía que la fiesta de la boda había terminado a las siete de la tarde y suponía que volvería poco después, pero no fue así. Sin embargo, tendría que volver al hotel para dormir o para recoger sus cosas y marcharse al día siguiente a su piso, por donde también había pasado.

A decir verdad, la había estado vigilando desde su regreso a Chicago el día anterior. Tenía un plan y lo iba a llevar a cabo le gustara o no. Un plan que, por la cara de sorpresa de Mia, tenía grandes posibilidades de salir bien.

Esa vez había ganado por la mano. Era la primera vez que ganaba a Mia desde que se habían conocido.

E iba aprovecharlo en su favor.

— ¡Brandon!

—Hola, Mia...

Brandon empujó la puerta y entró en el dormitorio. No esperó a que lo invitara. Se había cansado de esperar durante el tiempo en que habían estado saliendo. Y luego, tras prometerle que consumarían su relación cuando volviera de su viaje de negocios, a Mia no se le había ocurrido mejor cosa que marcharse.

Pero eso se había terminado. La obligaría a recapacitar, aunque naturalmente no sería por la fuerza. La iba a llevar a tal punto que le rogaría que se quedara a su lado. Hasta entonces se había comportado como un caballero y no le había servido de nada. Ahora sabría que era un hombre mucho más fuerte de lo que pensaba.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo también me alegro de verte —dijo con ironía.

Brandon cerró la puerta y echó un vistazo al interior de la suite. Era igual que la suya, que estaba al otro lado del pasillo. El salón tenía una mesa, un sofá y unos balcones con vistas a la ciudad. Y el dormitorio, una cama enorme, digna de reyes.

Clavó la mirada en ella. Estaba hecha y sobre la colcha se veía un camisón de seda. Obviamente, cortesía de la dirección del hotel.

El camisón llamó su atención poderosamente. Era del color de los grandes y generosos labios de Mia y sabía que quedaría muy bien contra su piel clara y su cabello negro. Mia era más sexy que guapa, más atractiva que bonita. Pero su corazón se detuvo en seco cuando la vio por primera vez en aquel tribunal, haciendo de fiscal en un caso donde él tenía que prestar declaración.

El mismo corazón que ella había destrozado al huir como una niña pequeña.

—Veo que has vuelto sano y salvo de Japón — dijo ella.

Brandon la miró y pensó que no debía de importarle mucho. Al volver a casa había visto un mensaje en el contestador. Pulsó el botón y oyó una frase tan críptica como corta y terrible: «He aceptado un trabajo y me vuelvo a Chicago.»

Pero Mia no podía dejarlo así como así. Le debía algo. Por lo menos, una explicación.

Y la iba a conseguir.

—Regresé hace unos días. ¿Has disfrutado de las vacaciones?

Ella asintió lentamente.

—Sí.

— ¿Que tal en el nuevo trabajo?

Lo preguntó con total tranquilidad, sabiendo que su aparición la había desconcertado y que en poco tiempo iba a conseguir una reacción que Mia no esperaba. No enfado, ni tristeza, ni recriminaciones. Sólo pura y simple sensualidad.

Ella carraspeó.

—Bien. Ya sabes que mi padre sufrió un infarto el año pasado... he vuelto para echarle una mano.

Eran excusas y Brandon lo sabía. Pero le sorprendió que reaccionara con nerviosismo. Esperaba que lo hiciera como siempre, con su típica actitud de desafío.

— ¿Y cuándo decidiste aceptar ese trabajo? — preguntó él mientras abría el mini-bar y echaba un vistazo al contenido.

Brandon sacó una botellita de whisky y se sirvió un vaso.

—Me entrevistaron a principios de año, antes de que nos conociéramos.

—Ah —dijo, echando un trago—. Pero nunca lo mencionaste...

—Porque no pretendía aceptar la oferta. Y no volví a saber nada del asunto hasta principios de diciembre, cuando ya te habías ido.

Brandon no creyó ni una sola palabra. Podía haberle llamado. Las conferencias no eran cosas tan complicadas. Él mismo había llamado tres veces desde el extranjero y le constaba que en la costa del Pacífico también había teléfonos.

Justo entonces, cayó en la cuenta de que Mia habría tomado la decisión de marcharse después de su tercera llamada. Tenía que haber sido así, porque debía hacer el equipaje y la mudanza antes de marcharse y ya se había ido cuando él regresó, el día veinte, y oyó el mensaje del contestador.

—Supongo que oíste mi mensaje —dijo ella.

Brandon apretó el vaso de whisky con más fuerza. Si hubiera sido más frágil, habría estallado en mil pedazos.

No podía creer que hablara con tal frialdad de algo tan duro para él. No podía creer que hubiera puesto punto y final a su relación con una frase en un contestador.

Desde luego, su relación no había llegado a consumarse. No se habían acostado nunca. Pero en otros sentidos había sido extremadamente íntima. Se veían casi todos los días de la semana y se llamaban por teléfono o cruzaban mensajes de correo electrónico constantemente. Ella había iluminado sus días de invierno y él había calentado sus noches con todo lo que podía menos con su cuerpo. Y cuando se presentó la ocasión de llegar más lejos, también tuvo que ser él quien propusiera que esperaran hasta su vuelta.

No quería acostarse con ella y marcharse al día siguiente. Porque sabía que, cuando se acostaran y estuviera dentro de su precioso cuerpo, no querría marcharse nunca más.

Habían acordado que el día ocho de enero ella lo estaría esperando con la ropa interior más sexy que pudiera encontrar. Pero no cumplió su palabra. Ese día estaba en otra ciudad, había alquilado su apartamento a otra persona y su despacho estaba ocupado por otro abogado.

Brandon lo sabía porque había investigado lo sucedido. El mensaje telefónico le pareció tan terrible que no pudo creer que fuera verdad, que se hubiera marchado así como así y sin explicación alguna.

— ¿Brandon?

Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para recobrar el control, dejar de apretar el vaso y mantener la calma.

—Brandon, déjate de tonterías. ¿Qué estás haciendo aquí?

— ¿Qué ocurre? ¿Es que un viejo amigo no puede pasar a saludarte?

Ella miró el mini-bar con tal ansiedad que él sacó otra botellita. Mia asintió, Brandon le sirvió el contenido en otro vaso y se lo dio. Sus dedos se rozaron levemente, durante un segundo. Pero el contacto la afectó tanto que tembló y derramó un poco de whisky.

Él estuvo a punto de reír. Mia no solía perder el control.

— ¿Es que me has seguido? —preguntó ella.

—No te halagues tanto —dijo con tono desinteresado—. He venido a Chicago por un asunto de negocios. Pero supe que tu hermana se casaba en este hotel e imaginé que estarías aquí.

Mia asintió.

—Ya. Y supongo que también es casualidad que estuvieras en el pasillo del hotel.

—No, no lo es. Te esperaba. Mi habitación está al otro lodo del pasillo.

Ella lo miró con asombro.

— ¿Me estabas esperando?

Él asintió lentamente, se acercó a ella y entrecerró los ojos al ver que Mia se ruborizaba. Había perdido el control, no había duda alguna. Se sentía intimidada e insegura.

Justo lo que quería.

—Por supuesto que sí. En cuanto supe que estabas en esta habitación, pedí que me cambiaran a una más cercana.

Brandon extendió un brazo y le acarició los labios. Mia los llevaba sin carmín y los mantuvo apretados, como si estuviera en la sala de un tribunal. Pero tenía una boca diseñada para el placer

y él había tenido ocasión de disfrutar de ella. Bajo la mujer fría y distante se ocultaba un corazón apasionado.

Y aunque fuera lo último que hiciera en su vida, estaba decidido a conocerla muy a fondo esa misma noche.

—Me debes algo —comentó él—. He venido a recogerlo.

Ella no se movió. Lo miró con sus grandes ojos marrones, normalmente fríos y ahora llenos de excitación y curiosidad. No lo reconocía. No reconocía al programador encantador con el que había estado saliendo. Ahora era un hombre capaz de actuar por su cuenta y tomar sus propias decisiones. Y por lo visto, le gustaba todavía más.

— ¿Y qué crees que te debo? —pregunto—. ¿Tal vez una explicación por haberme marchado sin hablar contigo?

—No. Sé por qué te has marchado. No he venido por eso.

Brandon sabía que Mia quería volver a Chicago. No era feliz en Pittsburg. Echaba de menos a su familia; sobre todo a su padre, desde que había sufrido el infarto. Y también sabía que él no podría haber impedido que se marchara.

Se acercó un poco más, hasta que las puntas de sus pies se tocaron, y la volvió a acariciar.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó en voz baja.

Brandon no respondió de inmediato. Bajó la mirada y disfrutó de la visión de su cara, levemente ruborizada, y de la dulce perspectiva de su escote.

Adoraba sus senos. Le encantaba jugar con ellos y probar sus pezones perfectamente marrones. Lo había hecho muchas veces durante sus momentos más íntimos, y deseaba tenerla encima de él y hacer el amor apasionadamente. Aquel sueño había sido su única compañía durante las largas y solitarias noches en Japón.

—Branden, contesta a mi pregunta, ¿Qué crees que te debo?

Brandon se acercó todavía más, hasta que el aroma de su cuerpo y de su cabello emborrachó sus sentidos.

—Me debes una noche en tu cama —susurró.

CAPÍTULO 02

La Tierra dejó de girar. Al menos, la que sostenía a Mia. Y su corazón se detuvo con ella, porque de todas las cosas que esperaba oír en boca de Brandon Young, aquella era la más inesperada.

Había ido a Chicago para exigir que se acostara con él. Supuso que debería sentirse ofendida. Pero bien al contrario, las palabras de aquel hombre tan atractivo despertaron un deseo tan intenso en ella que se sintió como si un maremoto la recorriera de los pies a la cabeza.

— ¿Mi cama? —acertó a preguntar.

No podía apartar la mirada de su fuerte mandíbula, de su nariz recta, de los labios que adoraba mordisquear y besar cuando estaban en el coche o se despedían después de un encuentro nocturno.

Tal vez no fuera su tipo, pero su atractivo y su encanto la habían enamorado por completo desde el primer día. Le encantaban sus ojos verdes, su cabello castaño, su cuerpo tan viril.

—Tu cama, mi cama, cualquier cama.

Mía se preguntó qué había cambiado en él en esas seis semanas. Seguía siendo tan alto como siempre, con una estructura física más propia de un deportista que de un programador. Pero se vestía de forma distinta. No llevaba un traje que le quedaba mal, como el que se había puesto el día que se conocieron, sino un jersey negro y unos vaqueros desgastados que le quedaban maravillosamente bien. Sus hombros parecían más anchos; su pecho y los músculos de sus brazos, más fuertes que de costumbre. Y de repente, Mia recordó una de sus últimas conversaciones telefónicas.

Aquel día llevaban más de una hora compartiendo fantasías de todo tipo. Mia había tomado bastante vino y estaba dándose un baño. Incluso ahora, varias semanas después, sus braguitas se humedecieron al recordar su voz grave, la voz que quería que apartara las piernas para poder devorarla con la boca y lamerla hasta llevarla al orgasmo.

Era una fantasía que habían tenido desde el principio y ella estaba más que dispuesta a llevarla a cabo en su primer encuentro. Pero había roto la relación y ya no esperaba que se cumpliera.

Cerró los ojos durante un momento. Él la acarició otra vez y ella notó que también tenía el pelo más largo. Sin embargo, el cambio de apariencia no había llegado a sus ojos verdes, que seguían siendo tan preciosos, sinceros y bellos como siempre.

—Me prometiste que haríamos el amor cuando regresara. Puedes imaginar la decepción que me llevé cuando supe que te habías marchado...

Ella se estremeció.

—Brandon…

—Concédeme esta noche, Mia. Concédemela no porque me lo prometieras en su momento, sino porque tú lo deseas tanto como yo.

Ella no dijo nada. Pero lo deseaba.

—Nos daremos el placer que tanto hemos deseado y me marcharé mañana por la mañana —continuó él—. Sin preguntas.

El comentario de Brandon le dolió un poco. Porque eso era, precisamente, lo que Mia había pensado la primera vez que se vieron. Lamentaba no haberse acostado con él y no había dejado de arrepentirse un solo momento por no haberlo hecho.

Pero había intentado convencerse de que era mejor así. El sexo habría complicado las cosas en Pittsburgh y él no habría permitido que se marchara.

Ahora le estaba ofreciendo lo que tanto había deseado, y no esperaba nada a cambio. Sólo sexo sin expectativas. Sin miedo a enamorarse todavía más y a sufrir un dolor mayor cuando se separaran.

En teoría, era una propuesta perfecta. Pero en la práctica, la afirmación de que se marcharía al día siguiente, por la mañana, sólo sirvió para que Mia se sintiera profundamente infeliz.

—Ven a mí, Mia.

Mia no entendió inmediatamente la frase. Brandon la soltó y, sin esperar una respuesta, sin permitirle una sola palabra, se alejó de ella, se llevó su calor y llegó a la puerta. Luego, sonrió, abrió y salió al pasillo.

—La puerta de mi dormitorio estará abierta.

Y se marchó.

Brandon se preguntó qué pasaría si no iba a buscarlo. Sin embargo, estaba seguro de que iría.

Lo sabía. Y su convencimiento era tal que se quitó Los zapatos y la camisa porque no tendría que volver a cruzar ese pasillo.

Tal vez no hubieran salido durante mucho tiempo. Sólo un mes, pero había sido tiempo más que suficiente para entender a Mia Natale. La conocía bien. No sería capaz de resistirse a la tentación. Aunque sólo fuera por su curiosidad innata.

Mia odiaba equivocarse. Y si sospechaba que se había equivocado con él, que le había subestimado, querría saber la verdad. Podía imaginar uno a uno sus pensamientos. Uno a uno hasta que tomara una decisión que inevitablemente la condenaría a abrir la puerta y entrar en su dormitorio en menos de cinco minutos.

Pero había una cosa que no entendía: porqué se había marchado de Pittsburgh antes de estar completamente segura de que no podía darle la relación sexual apasionada y salvaje que necesitaba. Porque estaba convencido de que se había marchado por eso. Había decidido que no podía dárselo y se había marchado sin mirar atrás.

A Mia le gustaban los hombres de mundo. Se tenía por una mujer muy liberada y pensaba que él, un tipo supuestamente conservador y acomodaticio, no estaría a la altura. Su error no podía ser más grave. Porque Brandon no tenía prejuicios en lo relativo al sexo. No había nada que no estuviera dispuesto a hacer. Sobre todo aquella noche.

Unos segundos después llamaron suavemente a la puerta. Echó un vistazo al reloj, sonrió y murmuró:

—Dos minutos.

Cuando abrió y se encontró ante la sonrisa nerviosa de Mia, se preguntó si habría ido a su dormitorio de imaginar lo que la esperaba.

Pero eso carecía de importancia. Lo único relevante es que estaba allí.

La tomó de la mano y la llevó hacia el dormitorio. Iba a darle la noche más erótica que hubiera disfrutado ninguna mujer.

Era posible que Mia no recordara las fantasías que habían compartido durante sus conversaciones telefónicas.

Pero Brandon Young tenía muy buena memoria.

Mia supo que había algo diferente en Brandon en cuanto entró unos minutos antes en su dormitorio. La anticipación de su mirada y su sonrisa irónica e intensa lo decían a gritos. Pero eso le daba igual. Lo deseaba. Con toda su alma.

— ¿Quieres tomar algo?

Brandon se acercó al bar.

—No, gracias —respondió ella mientras dejaba el bolso a un lado.

Él mantuvo las distancias y ella se pregunto si tendría intención de ponerle difícil las cosas.

— ¿Brandon?

Él la miró con ambivalencia, como si fuera una simple conocida y no una mujer a la que había seducido con promesas de sexo y erotismo.

Pero no iba a seguirle el juego.

Se llevó las manos a la cremallera del vestido y empezó a bajarla lentamente. El vestido de terciopelo cedió poco a poco y terminó en el suelo, a sus pies.

Brandon la devoró con sus ojos verdes. Y todas las zonas que miraba, su cuello, sus pechos, los pezones que se habían endurecido bajo el sostén, rogaban en silencio para merecer el contacto de sus manos, de su boca y de la magnífica erección que se escondía bajo sus vaqueros.

No. Lo que estaba ocurriendo entre ellos no tenía ambivalencia alguna.

La mirada de Brandon se detuvo cuando pasó de sus caderas a su entrepierna. Sólo entonces, al ver los suaves rizos de su pubis, cayó en la cuenta de que no llevaba braguitas.

Mia quería provocarlo. No era una mujer pacata. Le gustaba seducir y jugar.

—Quiero comerte —dijo él.

Brandon siguió mirándola como si sus palabras no fueran suficientemente explícitas. Notó las medias de seda, que llegaban hasta la parte superior de los muslos de Mia, y la erección se hizo aún más notable. Una erección que pronto estaría en el interior de su cuerpo.

Ella se lamió los labios a sabiendas de lo que iba a suceder. No habían hecho el amor nunca, pero le había dado placer de otras formas y sabía exactamente a qué se debía su excitación.

La noche en que lo acompañó al aeropuerto, le dijo que el viaje iba a ser muy largo y se empeñó en relajarlo un poco. Brandon quiso resistirse y comentó que no sería capaz de dejar de tocarla si empezaban un juego peligroso, pero ella hizo caso omiso. Tal vez, porque Brandon también le había confesado sus fantasías. Tal vez, porque Mia quería que tuviera un gran recuerdo de ella cuando estuviera lejos. O tal vez, porque ya había decidido abandonarlo y sabía que no consumarían la relación.

Fueran cuales fueran sus motivos, le desabrochó los pantalones en el aparcamiento del aeropuerto y empezó a masturbarlo con la mano. Se lo tomó con calma, jugueteando, experimentando, torturándolo poco a poco. Cuando empezó a gemir, se llevó su sexo a la boca y siguió hasta llevarlo al orgasmo.

A Mia siempre le bahía gustado el sexo oral, pero aquella vez fue mejor que nunca. Fue como la conversación que habían tenido por teléfono cuando ella estaba en la bañera.

Y quería repetir la experiencia.

—Ha debido de ser un día muy frío —bromeó él mientras miraba su entrepierna.

—Todo lo contrario. Extraordinariamente cálido —ronroneó ella—. Pero estoy segura de que lo vas a descubrir muy pronto.

Mia llevó una mano a la parte delantera del sostén, pulsó el cierre y se lo quitó.

—Oh...

Brandon se acercó. Pero en lugar de abrazarla, se puso de rodillas y empezó a lamerla entre los muslos, a devorarla tal y como había prometido, antes de que Mia pudiera prepararse para ello.

Mia gimió y se mordió un puño para intentar controlar los sonidos. No la había besado, no la había acariciado. Había ido directamente a su clítoris y consiguió que alcanzara el orgasmo en cuestión de segundos.

Todavía estaba temblando cuando él se levantó poco a poco, besándola por todo el cuerpo. Se detuvo delante de sus senos y empezó a succionarle los pezones, pasando de uno a otro y acariciándola con las manos. Estaba tan excitada que supo que tendría otro orgasmo si le introducía las manos entre las piernas.

Pero no lo hizo. Siguió hasta su cuello y susurró:

—Tengo una sorpresa para ti en el dormitorio.

— ¿En serio?

—Algo que me dijiste que te gustaba.

Mia no supo qué era, pero deseaba estar en la cama con él.

—Pues llévame.

Brandon la tomó de la mano y la llevó hacia el dormitorio. La curiosidad de Mia fue en aumento a medida que atravesaban el salón de la suite.

Cuando abrieron la puerta del dormitorio, ella dejó escapar un gemido de asombro.

— ¿Te has acordado de esa conversación?

Por primera vez, empezaba a comprender la verdadera extensión de su deseo. Brandon era capaz de cualquier cosa con tal de satisfacerla.

Él asintió y la llevó hacia la camilla de masajes que estaba a los pies de la cama. A un lado había una mesita con lociones y velas, que rápidamente encendió. Y en el equipo de música sonaba un tema romántico.

—Querías un masaje sensual. Querías que te acariciara por todas partes, que te pusiera loción por toda la piel y que te tocara.

—Es cierto...

—Empezaré lentamente, como cualquier profesional. Y luego un par de manos fuertes aumentarán poco a poco la intensidad. ¿No es eso lo que querías?

Ella asintió, sin habla. Adoraba los masajes y se lo había confesado durante aquella conversación telefónica.

—No puedo creer lo que has hecho... —dijo ella.

—Venga, túmbate.

Mia obedeció. Pero no de inmediato. Primero puso una pierna sobre la camilla para que le quitara la media. Brandon se acercó, se la quitó y repitió la operación con la otra. Lo hizo muy despacio, con paciencia infinita, apenas rozándola.

Para entonces, ella estaba tan excitada que se preguntó cuánto tiempo podría soportar un masaje sin rogarle que le hiciera el amor.

—Túmbate, Mia.

Mia se tumbó bocabajo. La camilla era portátil y no tenía agujero para la cabeza, pero no le importó en absoluto. Lo prefería así. De ese modo podría mirarlo y saborear cada segundo. Así que giró la cabeza y siguió sus movimientos.

—Creo recordar que habías pedido el programa completo —dijo él.

Brandon se acercó al interruptor de la luz y apagó la lámpara. Pero las velas impidieron que se quedaran a oscuras; y su aroma, combinado con la música y con el sentimiento de anticipación bastaron para que Mia se estremeciera un poco más.

—Sí, creo que sí...

—Entonces, cumpliré tus deseos.

Brandon tomó una toalla y tapó cuidadosamente sus caderas como lo habría hecho un profesional.

—Cierra los ojos —continuó—. Relájate y disfruta. Dijiste que siempre habías soñado con un momento así...

Era verdad. Era una de sus fantasías más antiguas. Y ya se había relajado por completo antes de que Brandon abriera las lociones, le quitara los zapatos y empezara a acariciarle las plantas de los pies con sus firmes manos.

—Hum... por fin...

La masajeó despacio, sin prisa, dedicándole toda su atención.

—Guau. Eres un gran masajista...

Mia no esperaba una respuesta, pero la tuvo.

—Le pagan para ser bueno.

La voz de Brandon sonó junto al oído de Mia. Pero eso era físicamente imposible, porque sus manos se dedicaban en ese momento a frotarle las pantorrillas.

Desconcertada, Mia abrió los ojos y lo miró. Brandon se había sentado. Y estaba delante de ella, no detrás.

De repente, comprendió lo que sucedía.

No estaban solos.

CAPÍTULO 03

Brandon se inclinó sobre ella, apoyó los codos en las rodillas, clavó la mirada en sus confundidos ojos y se explicó:

—Quería que disfrutaras. Que tuvieras lo que me dijiste aquella noche por teléfono.

Si se concentraba un poco, Brandon todavía podía escuchar los gemidos de Mia durante aquella conversación. Todavía podía oír el ronroneo de placer cuando le confesó sus fantasías eróticas y subrayó que se arriesgaba mucho al ser tan sincera con él.

Y se había arriesgado aún más esa noche. Por permitir que las hiciera realidad.

Brandon la observó mientras ella hacía evidentes esfuerzos por asumir la situación y mantener el control. Estaba tan perpleja que ni siquiera adivinaba sus intenciones. No sabía si había contratado a un profesional para que le diera un masaje o para que llevara a cabo su otro deseo, su otra fantasía. Una mucho más perversa.

Como adivinaba sus pensamientos y no quería asustarla, murmuró:

—No te preocupes, Mia, sólo es un masaje. Puedes disfrutar de él o poner fin ahora mismo. Como tú prefieras.

El masajista se detuvo en ese momento y esperó la respuesta de Mia. Brandon se alegró de haber encontrado al hombre perfecto para el trabajo. En las páginas amarillas no se anunciaban gigolós, pero durante su viaje a Japón había tenido un golpe de suerte: conocer a Sean Murphy, un joven que se dedicaba a encandilar a todas las ejecutivas estadounidenses aburridas que encontraba en los hoteles caros. Murphy era el acompañante perfecto. Salía con las esposas cuando sus maridos estaban demasiado ocupados, trabajaba como traductor y ocasionalmente, cuando surgía la oportunidad, también de guardaespaldas.

Nunca le había preguntado si entre las obligaciones de su profesión estaba la de acostarse con las clientas, pero sabía que era de fiar y cerraron el trato con un apretón de manos y la promesa de que Murphy haría exactamente lo que Mia deseara.

Exactamente eso.

Sólo le había puesto una condición: la protagonista de aquella noche era ella. Harían lo que deseara, pero Brandon no se prestaría a un trío. Aunque por otra parte, dudaba que a Murphy le gustaran esas cosas. Era evidentemente adicto a las mujeres bellas. Y en aquel momento, Mia era la mujer más bella que Brandon había contemplado en toda su vida.

—Si quieres que me vaya, me iré. Sólo tienes que decirlo —afirmó Murphy en voz baja.

Hasta unos minutos antes, Brandon ni siquiera había estado seguro de poder soportar la visión de otro hombre junto a la mujer que amaba. Pero ahora estaba más tranquilo. Además, todo estaba en manos de ella. Era su decisión. Él sólo quería que disfrutara de sus fantasías y que tuviera un buen recuerdo cuando se marchara a la mañana siguiente.

— ¿Mia? —preguntó el hombre,

Mia tardó un momento en responder.

—Sí, por favor, sigue —dijo—. Pero sólo es un masaje, ¿verdad?

Brandon se inclinó un poco más, la besó en la boca y respondió:

—Claro. Sólo un masaje.

Ella se sintió profundamente aliviada y suspiró. Hasta que Brandon añadió en voz aún más baja:

—A no ser que quieras más.

Mia cerró los ojos e intentó asumir lo que sucedía a su alrededor. En lugar de estar en brazos del hombre con el que había soñado durante los últimos meses, la estaba tocando otro hombre. Alguien a quien no había visto la cara y de quien sólo conocía el contacto de sus manos le acariciaba maravillosamente las piernas. Y habría podido hacer cosas aún más maravillosas con otras partes de su cuerpo... si ella lo hubiera querido.

—Recuerdas todo lo que te dije aquella noche, ¿verdad? —preguntó.

No se sorprendió cuando Brandon asintió. Era lo único que no resultaba sorprendente. Porque todo lo demás, desde el momento en que había entrado en su habitación hasta el masajista que la tocaba, era inaudito.

—Y recuerdas esa fantasía en particular... — continuó.

—Sí. Por supuesto que sí.

Si Mia se hubiera planteado en serio la fantasía en cuestión, seguramente no habría tenido el valor de llevarla a cabo. Las fantasías exigían cierto grado de confianza en el otro. Un grado que desde luego estaba presente en su relación con Brandon Young. Fueran cuales fueran sus motivos, confiaba plenamente en él.

Y lo deseaba. Tanto como para permitir que dominara la situación. Porque sabía que no permitiría que le hicieran nada malo ni contrario a su voluntad.

Tomó aliento, se tranquilizó y se preguntó si no estaría cometiendo un grave error. Pero al final dedicó una sonrisa a Brandon y permitió que el masajista siguiera con el maravilloso trabajo de sus manos y de su suave voz.

—Muy bien —dijo Brandon—. Creo que puedes proceder, Sean.

Sean. Ahora ya conocía el nombre del desconocido.

—Supongo que te sumarás a todo esto, ¿verdad? —preguntó Mia.

—Claro. ¿Es que no recuerdas lo que dijiste aquella noche?

Las caricias de Sean la tenían tan distraída que no fue capaz de contestar.

—Dijiste que querías que te miraran —continuó él—. Que llevas una exhibicionista en tu interior.

—Es verdad. Pero tú tenías la misma fantasía. Y si no recuerdo mal, formabas parte de ella en calidad de *voyeur*... así que esta noche estamos cumpliendo las fantasías de los dos —afirmó ella.

Brandon apartó la mirada de su cara y la llevó a la curva de sus hombros y de su espalda. Sus ojos se entrecerraron y brillaron con intensidad al contemplar las manos del masajista sobre los muslos de Mia.

Parecía fascinado con la visión.

—Oh, sí... definitivamente, los dos estamos cumpliendo nuestras fantasías —dijo él.

Mia no había preguntado nada sobre el tercer participante. Sean. Brandon había dicho que era un profesional, y aunque no sabía qué tipo de profesional era, tampoco estaba segura de querer saberlo.

Quería el erotismo del placer anónimo, sentir las firmes caricias de sus manos y el roce de sus dedos contra la parte posterior de las rodillas, sin saber nunca, en ningún momento, dónde la tocaría a continuación.

—Hum... —gimió.

El hombre siguió masajeando la zona de sus rodillas, trabajando con inmensa habilidad. Y Mia siguió al borde del abismo, esperando el siguiente contacto y sabiendo que en algún momento podía cruzar la línea que separaba el masaje de otra cosa.

Brandon la miraba con tal deseo que quiso que participara. Quería verlo tan excitado como ella. Quería que perdiera el control, que expulsara al otro hombre y que fuera el único que la tocara y la amara.

Pero entonces se recordó que Brandon no estaba enamorado de ella.

Ni siquiera supo de dónde había surgido ese pensamiento. Quiso apartarlo de su mente, pero no pudo. Lo de aquella noche sólo era erotismo, sexo, placer. Y en cierto sentido, una venganza por parte de Brandon por haberlo abandonado.

No era estúpida. Había notado su rabia y su dolor. Sabía que su presencia, aquella noche, estaba directamente relacionada con la intención de demostrarle todo lo que había perdido al marcharse y romper su relación con él.

— ¿Hasta dónde quieres que llegue, Mia? — preguntó Brandon sin dejar de mirarla.

—Más... —respondió ella—. Más todavía...

Brandon sonrió y Mia se lamió los labios y se preguntó por qué se excitaba tanto al contemplar la escena. Había algo en su interior que deseaba provocarlo y empujarlo a actuar. Así que arqueó ligeramente el trasero. Lo justo para que invitar al masajista a subir por encima de sus rodillas.

Sean obedeció de inmediato. Cuando Mia sintió sus manos por debajo de la frontera que dibujaba la toalla, reaccionó con un gemido de placer. Sean la acarició suavemente. Pero no avanzó más.

—Creo que necesito otra copa—dijo Brandon.

Brandon salió de la habitación, aunque sin dejar de mirarla. Cuando desapareció de la vista, Mia se puso tensa. Ahora que estaba a solas con el desconocido, la fantasía había perdido su interés. Porque lo que la hacía excitante era la presencia de Brandon, su mirada, saber que todo aquello no era sino el interludio de una experiencia erótica con él. Y súbitamente, el juego le pareció demasiado arriesgado.

Sean pareció darse cuenta de sus dudas, porque volvió a sus rodillas y se alejó de lugares excesivamente íntimos.

Cuando Brandon volvió a la habitación, llevaba un aparato en la mano que sonaba.

—Es Bridget Donahue —dijo—. Tu prima, ¿verdad?

Mia soltó un grito ahogado.

—Brandon, no contestes esa llamada...

Brandon no hizo caso.

— ¿Dígame?

Mia extendió rápidamente un brazo e intentó quitarle el móvil. Pero por supuesto, fracasó.

—Sí, has llamado al número correcto... —continuó él.

Mia no tenía la menor idea de por qué le estaría llamando Bridget a esas horas de la noche. Pero dejó de pensar en ello cuando Brandon se inclinó, la besó suavemente en el hombro y añadió al aparato:

—Lo siento. Mia está... en medio de algo.

Oyó que Sean soltaba una risita a sus espaldas y cerró los ojos con horror. Afortunadamente, su prima nunca llegaría a comprender el verdadero significado de las palabras de Brandon Young: que en ese momento estaba en medio de dos hombres.

—Ésta me la vas a pagar —dijo ella.

Brandon dejó el móvil en una silla.

—Bueno, ya sabes que estoy completamente a tu merced...

Los ojos verdes de Brandon brillaron con humor. Pero él no era el único que sabía bromear. De hecho, a Mia se le ocurrió una forma perfecta de sacarlo de quicio.

Apartó levemente las piernas y dijo:

—Creo que mis muslos necesitan un poco más de atención.

La invitación fue aceptada de inmediato. Sean empezó a acariciarle los muslos y sus manos se acercaron peligrosamente a la entrepierna de Mia.

Brandon reaccionó de inmediato. Su sonrisa desapareció y se quedó muy quieto, como si intentara mantener la calma.

—Más... —murmuró ella.

Mia obtuvo dos recompensas: la primera, que Sean le quitó la toalla. La segunda, que el hombre al que deseaba perdió el control.

Un segundo después, Brandon se desabrochó y se quitó los pantalones. Mia gimió cuando vio su poderosa erección y que empezaba a mas turbarse con la mano, obviamente para darse placer mientras le daban placer a ella.

La escena la excitó inmediatamente. Separó aún más las piernas y Sean lo interpretó como una invitación añadida para llegar aún más lejos.

Cuando sintió sus dedos entre las nalgas, se estremeció. Y antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, ya estaban acariciando los pliegues de su sexo.

—Oh, sí...

El masajista introdujo un dedo en su interior y ella sintió una descarga de placer. Después, pasó a su clítoris y la acarició hasta hacerla temblar.

Mia giró la cabeza para mirar a Brandon. Se estaba más turbando con más fuerza todavía. Era evidente que no se sentía incomodado en modo alguno por lo que estaba pasando. Todo lo contrario. Estaba tan excitado como ella.

—Eres increíble—murmuró Brandon.

Mia pensó que todo aquello lo era. Pero no le bastaba. Quería más. Necesitaba sentir más, experimentar más.

—Brandon... —gimió.

Brandon se levantó. Su duro sexo estaba demasiado lejos de ella, y lo lamentó amargamente porque deseaba llevárselo a la boca. Quería chuparlo y lamerlo siguiendo el ritmo de las caricias del masajista. Dedicarse a él basta que los tres estuvieran sincronizados y conectados en aquel baile.

— ¿Hasta dónde quieres que lleguemos, Mia? —preguntó Brandon en un susurro.

Brandon se arrodilló delante de ella y la besó en la boca. Todavía se estaban besando cuando Sean consiguió llevarla al orgasmo.

Entonces, Brandon se apartó un poco y ella fue capaz de hablar otra vez. O más bien, de susurrar:

—Más lejos —dijo.

Brandon respondió con una sonrisa.

—Como tú quieras.

CAPÍTULO 04

Cada vez que Brandon preguntaba hasta dónde quería llegar, contenía la respiración y esperaba la respuesta de Mía. No sabía cuál era la contestación correcta. Sólo sabía que en algún momento algo estallaría en su interior y provocaría que se rebelara contra el hecho de que otro hombre la estuviera tocando.

Pero de momento estaba realmente excitado. Y ya no quería permanecer como simple observador pasivo. Quería tocar, probar, saborear. Así que hizo un gesto de advertencia a Sean Murphy, tocó a Mia en los hombros y la ayudó a incorporarse. El otro hombre permaneció detrás, entre la camilla y la cama, todavía acariciándole las caderas y siguiendo con el masaje como si no le hubiera dado ya un orgasmo.

—Bésame, Brandon —rogó ella. —Nada me apetece más.

Brandon se inclinó y le dio otro beso que la dejó sin aliento. Después, bajó la lengua por su cuello y la detuvo al llegar a uno de sus pezones, que lamió.

—Tienes unos pechos preciosos.

Sean siguió detrás, acariciando.

—No puedo creer lo que está pasando —dijo ella.

— ¿Estás bien? —preguntó él.

Mia asintió.

—Magnífico—dijo Murphy.

Brandon comprendió perfectamente la respuesta del masajista. Contemplar la experiencia de Mia también debía de ser apasionante para él.

En ese momento, sintió curiosidad por saber hasta dónde sería capaz de llegar en realidad. Aspiró el aroma de las lociones y le pareció intoxicante. Sobre todo, a medida que descendía hacia su entrepierna.

—Por favor, Brandon...

Brandon la lamió entre los muslos.

—Sabes maravillosamente bien.

Ella respondió arqueándose contra él y dejándole más espacio para que pudiera lamerla mejor. Después, se movió lo suficiente para que el masajista pudiera cambiar de posición y empezar a acariciarle los senos y los pezones por los que Brandon acababa de pasar.

Aquello hizo que empezara a sentirse incómodo por primera vez. Hizo caso omiso de la sensación y siguió lamiendo. Pero cuando la llevó al siguiente orgasmo, se preguntó qué pasaría a continuación y cuál sería la respuesta de Mia si repetía la pregunta que ya le había hecho en varias ocasiones.

No sabía lo que podía suceder. Había hablado con Sean y habían acordado que no la penetraría a menos que ella se lo pidiera. Pero en ese momento sólo lo había dicho por protegerla y establecer unas cuantas condiciones. Ni siquiera había calculado cómo se sentiría él.

De todas formas, lo de aquella noche no consistía en tener por fin a la mujer con la que había soñado durante las seis semanas anteriores. Se suponía que lo de aquella noche era algo bien distinto: ofrecer a Mia la experiencia más intensa de su vida, una que recordara para siempre. Y después, marcharse sin mirar atrás.

Pero ya no podía hacerlo. Porque Mia volvía a ser la mujer maravillosa que había conocido, la encantadora abogada de risa dulce y ojos marrones que un día se había puesto a llorar entre sus brazos por culpa de un caso penal particularmente desagradable, la gran cocinera capaz de preparar un verdadero festín para sus amigos y sin ayuda de nadie.

La mujer de quien se había enamorado.

Brandon detuvo lo que estaba haciendo. No quería que nadie más hiciera el amor con ella. No quería que nadie la penetrara ni que la acariciara ni que la tocara. Quería que fuera únicamente suya.

— ¿Qué estás pensando? —preguntó ella.

—Que necesito estar dentro de ti —respondió.

Ella sonrió y suspiró dulcemente.

—Entonces hazme el amor, Brandon.

Brandon la besó apasionadamente y ella se entregó a él sin contenciones, pasando los brazos alrededor de su cuello y cerrando las piernas sobre su cintura con tanta fuerza como si no quisiera separarse nunca más.

Pero todavía quedaba uno pregunta por hacer.

— ¿Hasta dónde quieres que lleguemos, Mia?

Mia le mordió el lóbulo de la oreja. Después, se giró un poco, miró por primera vez a Sean Murphy y respondió:

—Hasta donde puedan llegar dos personas solas.

Brandon le hizo el amor durante el resto de la noche. No hubo zona de su cuerpo que no acariciara, que no tocara, que dejara sin besar. Su energía le sorprendió muchísimo. Ya estaba muy excitado cuando Sean Murphy se marchó de la habitación, y aunque habían pasado varias horas desde entonces, lo habían hecho una y otra vez, casi sin parar.

No había tenido una noche como aquélla en toda su vida.

— ¿De verdad hemos hecho esas cosas? —preguntó ella a la mañana siguiente—. ¿De verdad ha sucedido?

Brandon estaba a su lado, en la cama. Pero estaba dormido y no pudo contestar.

Mia miró la camilla de masajes, que descansaba contra una pared, y supo que no lo había soñado. Era cierto. Brandon le había llevado a un perfecto desconocido y había contemplado la escena mientras la acariciaba y la llevaba varias veces al orgasmo. Incluso la había besado y lamido entre las piernas mientras otro hombre jugueteaba con sus senos.

Era increíble. Muchas mujeres compartían la fantasía de Mia, pero muy pocas habían tenido la ocasión o el valor de experimentarla.

Ahora sabía basta dónde podía llegar. Qué podía desear. Cuándo detenerse.

Brandon abrió los ojos un momento después.

—Vaya, estás despierta...

Ella se sobresaltó un poco al oír su voz y lo miró. Se preguntó si a la luz del día, ahora que todo había terminado, se arrepentiría de lo que habían hecho.

— ¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

— ¿Y tú?

—No lo sé.

Mia no resistió la respuesta. Pensó que sus peores temores se confirmaban, que Brandon se había arrepentido. Y como no quería mantener la conversación que se avecinaba, se levantó de la cama e hizo ademán de recoger su ropa.

—Mia, espera...

Mia dudó.

—No quiero que te marches. Lo de anoche...

—Lo de anoche fue una fantasía hecha realidad —susurró ella—. Sé por qué viniste al hotel. Sé por qué hiciste lo que hiciste, Y créeme, funcionó... nunca lo olvidaré. Ningún hombre conseguirá que sienta lo que sentí.

— ¿Y eso es malo?

—La venganza nunca es algo bueno —respondió ella.

Él abrió la boca para negarlo, pero no pudo. Mia había acertado plenamente.

—Pero tampoco lo es la cobardía —continuó—. Y dejar Pittsburgh tal y como yo lo hice fue cobardía pura y dura.

—Comprendo lo que hiciste, Mia. Te marchaste porque yo te quería demasiado. Y porque me crees demasiado blando para ti.

Mia notó la amargura de su voz y extendió una mano para acariciarlo.

—No, eso no es cierto, Brandon. Sé que tú lo crees así, pero no es verdad.

—Entonces, ¿por qué?

Ella tardó un momento en responder.

—Porque creo que estarás mejor sin mí. Soy una bruja despiadada —dijo.

—Qué tontería...

Ella alzó una mano para interrumpirlo.

—Es cierto. Soy fría y ambigua y tengo la fea costumbre de manipular los sentimientos de los demás —admitió.

Los ojos de Brandon brillaron.

—Estoy de acuerdo con lo segundo y con lo tercero. ¿Pero fría? ¿Tú? Definitivamente, no. Todavía estoy excitado contigo.

—No estaba hablando de sexo.

—Ni yo.

—Brandon, el último hombre que se enamoró de mí terminó por odiarme. Antes de marcharse, me dijo que no podía soportarme y que soy una obsesa del control.

—Entonces no era un hombre.

Ella parpadeó, asombrada.

—Las relaciones no tienen nada que ver con el control. Cuando la gente se preocupa demasiado por eso, es que no sabe disfrutar de las cosas. Y anoche demostraste ser perfectamente capaz de dejarte llevar y disfrutar —continuó él.

Mia no supo qué decir.

—Amar a alguien es confiar en otra persona en una especie de lucha permanente. ¿Qué importancia tiene quién decide a qué restaurante ir, quién compra la comida o de qué color deben

ser las cortinas del salón? Eso no es control, son nimiedades. Cosas que se pueden superar perfectamente cuando dos personas se aman, Mia. Amar es dar y tomar. Ofrecer control y aceptar placer. Es un compromiso.

Por primera vez, Mia empezó a comprender que había cometido un error terrible al haber abandonado a aquel hombre, al pensar que viviría mejor sin ella, al pretender protegerlo. Y tuvo miedo de que fuera demasiado tarde para arreglar las cosas.

—Mia... no necesitas protegerme. Créeme.

Mia frunció el ceño. Le había adivinado los pensamientos. Él le acarició el cuello y añadió:

—Ah, y no permitiré que dejes de amarme.

— ¿De verdad me amas?

—Claro.

— ¿Incluso después de lo de anoche? ¿Incluso después de permitir que otro hombre me diera placer? —preguntó.

Brandon le acarició el labio inferior.

—Me encantó mirarte…

— ¿Pero?

—Pero me alegra que nos detuviéramos.

—Yo también me alegro. La frontera entre la fantasía y el arrepentimiento es muy delgada. Me alegro de no haberla cruzado.

Él se encogió de hombros.

—Sé lo que quieres decir. Porque si hubieras ido más lejos, habría estrangulado a ese tipo.

Mia echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Pero si fuiste tú quien lo organizó todo...

—Y por suerte, también fui quien puso punto final.

Mia lo miró y pronunció las palabras que él estaba esperando.

—Te amo, Brandon. Gracias por haber venido a buscarme, aunque sólo fuera para darme una lección.

—Creo que la lección me la he llevado yo.

—Los dos. Porque te aseguro que ya no tienes que demostrarme nada.

— ¿Demostrarte qué? ¿Que soy un amante adecuado para ti? ¿Que puedo estar a tu altura en cualquier cosa?

Ella se estiró como una gata y se puso encima de él, a horcajadas.

—Si no recuerdo mal, aquella noche, durante nuestra conversación telefónica, hiciste cierto comentario sobre la contención...

Mia le echó los brazos hacia atrás para inmovilizarlo y añadió:

—Pues ahora te tengo atrapado. Y no puedes mover ni un músculo, ¿verdad?

—Creo que mi fantasía era otra. Consistía en atarte a ti, cariño.

—Oh, yo no recuerdo eso...

Brandon se echó hacia delante con intención de morderle un pezón, pero ella se apartó.

—Está bien, está bien, me rindo. Me quedaré tumbado y permitiré que hagas lo que desees conmigo —dijo él.

Mia rió.

—Pero quiero saber cuándo me tocará a mí. Porque tengo intención de usar pañuelos de seda.

— ¿Sabes una cosa? Me alegro de no haber vuelto ayer a mi casa.

—Y yo también. ¿Qué te parece si nos quedamos un par de días en esta habitación?

Mia volvió a reír.

—Si la gente del hotel supiera la cantidad de perversiones que hemos practicado, nos echarían a la calle de inmediato.

— ¿Es que crees que ninguno de los clientes tuvo suerte anoche?

Ella lo miró con amor sincero en los ojos y dijo:

— ¿Anoche? No creo que nadie, en todo el mundo, fuera tan afortunado como nosotros.

SIN SALIDA

CAPÍTULO 01

Vanessa McKee no tenía la menor Intención de permanecer en la calle con el frío que hacía y en mitad de un montón de borrachos que habían salido del club por culpa de la alarma de incendios. Y dijo lo que pensaba. En voz alta.

—Olvidaos del club. Seguro que en el hotel hay un bar con calefacción y bebidas. Ah, y sin incendios.

Las dos damas de honor que seguían con ella se mostraron de acuerdo. Subieron a la limusina y Vanessa se preguntó por enésima vez cómo era posible que dos hermanas fueran tan distintas.

Ella había crecido en Carolina del Sur, en la casa de su abuela. Tenía dos hermanos y otras tantas hermanas y todos se parecían bastante. Ellas no eran bailarinas profesionales, pero tenían un carácter tan fuerte como el suyo. Y con los chicos ocurría lo mismo. Sus padres habían fallecido cuando sólo eran unos niños y su vida no había sido precisamente fácil.

Pero las hermanas Natale eran otra cosa. Tenían tanto en común como ella con una bailarina de ballet clásico.

—Sí que hace frío —dijo Gloria desde una de las esquinas del asiento de la limusina—. Hasta mi pelo está rígido.

—Creo que eso no es por el frío, sino por las tres toneladas de laca que te pones todos los días —se burló Mia, su hermana—. ¿Cómo puedes comprar eso?

—No lo compro yo. Lo compra mi marido.

Vanessa se contuvo para no soltar una carcajada. La hermana mayor era una mujer conservadora y marimandona. La mediana, Mia, una abogada durísima. Y la pequeña, Izzie, su amiga del alma, era la rebelde.

Lo más divertido de todo era que Vanessa podría haber sido amiga de cualquiera de las tres. Porque en cierta forma, todas se parecían un poco a ella.

Al igual que Gloria, Vanessa también era la mayor de su familia y entendía su posición. Al igual que Mia, era una mujer dura e independiente. Y al igual que Izzie, era rebelde y confiaba en sí misma.

Aunque últimamente no confiaba demasiado. Llevaba mucho tiempo sin acostarse con un hombre y empezaba a sentirse insegura.

— ¿Dónde hay hombres interesantes en esta ciudad?

—Si los encuentras, háznoslo saber —respondió Mia.

Gloria alzó los ojos al cielo.

—Ven a mi barrio. Hay tantos italianos atractivos que se te van a los ojos.

Vanessa rió.

—Bueno, a no ser que no te gusten los...

— ¿Que no me gusten los blancos? —dijo Vanessa, adivinando sus pensamientos.

—Gloria, no deberías ser tan grosera —intervino Mia.

—No, no te preocupes. Su pregunta no me ha molestado en absoluto—declaro Vanessa—. Pero a mí me da igual el color de la piel. No juzgo a las personas por eso, sino por su carácter.

—Yo creo que la mayor parte de los hombres nos juzgan por nuestras piernas —dijo la abogada.

—Sí, en eso tienes toda la razón…

Cuando llegaron al hotel, Vanessa les propuso que tomaran algo en el bar. A fin de cuentas desconocía la ciudad y tenía toda la noche por delante antes de regresar el día siguiente a Nueva York.

Pero las dos rechazaron la oferta. Gloria, porque tenía familia y la estaban esperando. Mia, porque eso de las bodas no era para ella y estaba evidentemente cansada de la celebración.

Sus dos amigas se marcharon y la dejaron sola, de modo que consideró la posibilidad de olvidar el asunto del bar y retirarse también a su habitación. Y ya estaba cruzando el vestíbulo cuando uno de los recepcionistas corrió hacia ella y la llamó.

—Siento molestarla, señorita McKee, pero hemos tenido un pequeño problema esta noche.

— ¿Un problema?

—Sí. Alguien ha entrado en una de las habitaciones de su piso. Al parecer no ha sido un robo, sino alguien que pretendía atentar contra uno de los clientes... de todas formas, las autoridades han bloqueado esa parte del pasillo —explicó el hombro.

— ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que me temo que no puede acceder a su habitación.

Ella suspiró. Primero el incendio en el club, y ahora eso.

— ¿Y qué esperan que haga? ¿Dormir en un sofá?

—No, ni mucho menos. Lo hemos arreglado todo para que se aloje en una de nuestras mejores suites. Si le parece bien, trasladaremos su equipaje de inmediato.

—Me parece perfecto.

Vanessa lo dijo sin demasiado interés. No se sentía particularmente emocionada por poder disfrutar de una de las suites de lujo. Una habitación de hotel era una habitación de hotel por muy grande o elegante que fuera.

—Mientras tanto, le ruego que espere en el bar y que acepte una bebida como invitación del hotel. Le llevaremos su llave cuanto antes.

Lo de la invitación le pareció magnífico, así que se dirigió al bar, echó un vistazo a su alrededor y decidió sentarse en una mesa apartada. Parecía que estaba condenada a pasar la noche a solas. Había muy pocas posibilidades de que un superhombre apareciera de repente y se interesara por ella.

Pero minutos más tarde, cuando estaba disfrutando de un martini seco, apareció un hombre ciertamente especial. Un hombre que llenó la sala con su calor y sus anchas espaldas. Un hombre que llamó la atención de todos los presentes.

Vanessa lo reconoció de inmediato. A menos de seis metros de ella estaba el tipo del que del que se había enamorado apasionadamente, con el que había perdido la virginidad y que al final la había abandonado y la había dejado a solas con un profundo sentimiento de humillación.

Se preguntó qué aspecto tendría unos segundos después, cuando le dedicara el saludo en el que había estado pensando a lo largo de aquellos años.

Cuando le diera un puñetazo en plena cara.

Stan Jackson siempre se alojaba en ese hotel cuando estaba en Chicago. No sólo porque los empleados estuvieran acostumbrados a tratar con famosos, lo cual ofrecía la ventaja de la intimidad y el anonimato, sino también porque su madre había trabajado en un hotel de la misma cadena en el Estado de Alabama. Eso le gustaba tanto como saber que ahora ella podía permitirse el lujo de tener una criada, aunque siempre insistía en que no le hacía falta.

Pero a él le daba igual. No le importaba que la ayudara en la casa o que se limitara a jugar a las cartas con ella. Lo importante era que él tenía dinero y que quería gastarlo con las personas que quería. Lo de la criada de su madre era lo mismo que pagar la universidad de su hermano pequeño o comprar un barco aún más grande a su abuelo.

—Buenos noches —dijo al camarero de la barra.

El camarero dejó de limpiar el vaso que tenía entre las manos y lo miró con asombro.

—Dios mío... usted es Stan Jackson...

—En efecto —dijo—, Pero quiero pedirle un favor. Estoy intentando encontrar a la dueña de esto.

Stan le enseñó el curioso objeto que había encontrado en el ascensor del hotel.

—El recepcionista me ha dicho que una mujer vestida de rojo acaba de entrar en el bar —continuó—. ¿Sabe dónde se encuentra?

—Por supuesto. Ha entrado y se ha dirigido al fondo... —respondió—. ¿Pero me firmaría un autógrafo?

—Faltaría más.

Stan sacó un bolígrafo de la chaqueta y firmó en el menú que le presentó el camarero. Llevaba seis años en la liga profesional de baloncesto y todavía no se había acostumbrado a la fama. Le parecía increíble que la gente fuera feliz por una simple firma en un papel.

Sin embargo, no se negaba nunca. La fama, el dinero y las entrevistas en los medios de comunicación eran cosas fugaces, que podían desaparecer tan rápidamente como se habían conseguido. Era una lección que había aprendido muy pronto y de una forma muy dura.

Saludó a unos cuantos clientes que alzaron sus copas a modo de saludo y avanzó por el bar. Chicago era un lugar bastante amigable, incluso con los jugadores de un equipo rival como él. Varias personas quisieron invitarle a una copa, aunque él rechazó todas las invitaciones, y por supuesto tuvo que firmar unos cuantos autógrafos más.

Sólo quería encontrar a la persona que había perdido el objeto que estaba en el ascensor. Y al aproximarse a una de las mesas que estaban en las esquinas, se fijó en la misteriosa mujer de rojo que la ocupaba. Era increíblemente bella. Tenía un cabello negro y rizado que enfatizaba el efecto de una cara y de una estructura ósea perfecta. Parecía una reina de los pies a la cabeza. Una reina con una boca creada para besarse.

Stan sonrió. Debía de ser la mujer que le había indicado el recepcionista.

Se acercó a ella, la miró a los ojos, sonrió y dijo:

—Perdone que la moleste. ¿Esto es suyo?

Stan le mostró el zapato de tacón alto y pensó que seguramente le invitaría a sentarse. No esperaba la respuesta que obtuvo.

— ¿Es que tengo aspecto de ser Cenicienta? — Dijo con brusquedad—. Porque tú no te pareces nada al príncipe azul.

Stan se quedó tan sorprendido que dejó caer el zapato. La mujer se inclinó, lo recogió y sostuvo como si tuviera intención de tirárselo a la cabeza.

—Está bien... —dijo él, alzando las manos—. No pretendía molestarla.

La miró con verdadero interés, preguntándose si se conocían de algo. Porque tenía que conocerla. No era lógico que una desconocida reaccionara de ese modo.

—Siéntate de una vez —ordenó ella.

—Bueno, no sé si...

—Así que no me reconoces...

—Tenga en cuenta que conozco a mucha gente...

— ¿Ah, sí? —Se burló la mujer—. ¿Y a cuántas les enseñas el trasero cuando juegas?

Stan cayó en la cuenta de inmediato. Reconoció la voz, la actitud, la mirada. Reconoció los preciosos labios que siempre sonreían y el carácter obstinado con el que hacía frente a los chicos en la pequeña localidad del sur donde habían crecido.

—Vanessa McKee... —dijo, sin poder creerlo. Pronunció su nombre despacio y en voz baja.

Como si fuera algo sagrado para él. O algo demasiado doloroso.

—Exacto. Y ahora que ya te has acordado de mí, esto es por haberme robado la virginidad, por haberme humillado y por haber desaparecido de mi vida para siempre.

Vanessa no le dio tiempo a reaccionar. Se echó hacia atrás lo suficiente y lanzó el brazo, con el puño cerrado, hacia su cara.

CAPÍTULO 02

No pensó en el hecho de que le estaba pegando un puñetazo hasta que su mano impacto con la pétrea y atractiva cabeza de Stan. Y cuando lo hizo y el golpe resonó en el bar, llamando la atención de algunos de los clientes, se sintió extraordinariamente bien. Llevaba doce años esperando ese momento.

—Me has pegado... —dijo, sorprendido.

Vanessa sólo lamentó que no estuviera en el suelo, sangrando. Cualquier otro hombre habría perdido el equilibrio. Pero ése no. Se limitó a mirarla con perplejidad y a frotarse la mandíbula mientras sacudía la cabeza.

—Tienes suerte de que no vaya armada.

—Eso va a dejar marca.

—Me alegro.

El puñetazo de Vanessa pretendía algo más que hacerle daño. Quería dejarle en ridículo. Porque ningún hombre merecía ser tan guapo, tan rico y tan buen deportista.

Stan Jackson era una pared sólida de piel oscura y un metro noventa y cinco que cualquier mujer habría deseado probar. Sus ojos marrones estaban llenos de humor: al menos cuando no le dolía la cara por culpa de un golpe. Y su sonrisa era arrebatadora. Tanto como sus pómulos altos, su mandíbula cuadrada y la belleza general de su rostro.

Era una lástima que todo ese atractivo perteneciera a un canalla y un mentiroso.

El camarero, que había observado la escena, se acercó corriendo.

—Señor Jackson... cuánto lo lamento. ¿Quiere que llame a la policía? ¿Es que se ha vuelto loca, señorita? ¿No sabe a quién ha pegado?

—Sí, claro que lo sé —respondió ella—. Y si usted lo conociera tan bien como yo, también le daría un puñetazo.

—Dios mío, está realmente loca...

—No se preocupe, estoy bien —intervino Stan—. Además, pega como una niña,

Vanessa apretó los puños con intención de repetir la jugada, pero Stan se puso en tensión y se preparó. La había provocado a propósito, como cuando eran niños. Si atacaba de nuevo, él reaccionaría a tiempo. Y le daría una buena lección. No en forma de golpe, desde luego, sino de algo bastante peor que eso.

Por ejemplo, con un beso. Uno que ella no habría podido rechazar. Porque nunca había sido capaz de negarle nada.

El camarero se alejó sacudiendo la cabeza y murmurando algo ininteligible. Stan inclinó la cabeza y arqueó una ceja.

—Yo también me alegro de verte —bromeó.

Ella no se alegraba en absoluto, aunque debía admitir que algunas partes de su cuerpo estaban encantadas. Partes entre las que no se encontraba su cerebro.

— ¿Cómo te ha ido, Vane?

—No me llames así —protestó ella—. Sólo la gente que me gusta puede llamarme de ese modo.

—Siempre te llamé Vane. Todos los días de todos los veranos que pasé con mis abuelos.

Era verdad. Stan Jackson había formado parte de los veranos de Vanessa desde muy pequeña. Lo conoció cuando él sólo era un niño delgado, todo brazos y piernas, aunque después se convirtió en un adolescente atlético y sumamente atractivo. Todavía se estremecía cuando pensaba en su cuerpo desnudo, apretado contra el de ella, en la laguna donde se bañaban en secreto. Entonces eran amantes. Y jóvenes. Entonces, Vanessa todavía creía en el amor verdadero.

Stan y su hermano viajaban todos los veranos a Carolina del Sur. Dejaban su casa en Atlanta a principios de julio y pasaban largas temporadas en casa de sus abuelos. En cuanto lo vio por primera vez, se enamoró. Y empezó a jugar con él como una gala con un ratón. Hasta que por fin se lo llevó a la boca.

A él no le importó en absoluto.

—Hace unas semanas hablé con Frank —comentó él—. Su esposa y él vinieron a ver un partido en la Costa Este.

—Tendré que decirle a mi hermano que tiene mala memoria y muy mal gusto con los amigos —ironizó ella.

—Te recuerdo que una vez fuimos amigos.

—Sí, es cierto, hasta que conseguiste lo que querías. Ni siquiera esperaste a ver si podías repetir. Te marchaste para siempre.

Él negó con la cabeza.

—Me temo que tu memoria no es muy buena. Las cosas no fueron exactamente así.

Ella alzó los ojos al cielo. No quería escuchar sus excusas.

—Márchate y déjame en paz.

— ¿De verdad me has odiado desde entonces?

Ella se cruzó los brazos sobre el pecho para impedir que Stan le mirara los senos. Sabía que las mujeres le gustaban mucho. Seguramente estaba con una distinta todas las semanas.

Además, Vanessa tenía algunos defectos, pero conocía perfectamente sus propias virtudes. Era muy bella y sabía el efecto que causaba en los hombres.

—No te des tanta importancia —respondió ella—. Me he limitado a cobrar una deuda antigua.

— ¿Una deuda? ¿Te debía que me dieras un puñetazo en la cara? —preguntó él—. ¿No habría sido mejor que me escribieras una carta y me dijeras lo que pensabas de mí?

Ella había pensado muchas veces en la posibilidad de escribirle. Pero no había carta ni papel lo suficientemente grande en el mundo para contener la rabia y el sentimiento de humillación y de abandono que la habían dominado tras su marcha.

A decir verdad, aquel verano le había escrito muchas veces. Ella tenía quince años y él dieciséis, pero Stan dejó de contestar al cabo de un tiempo.

No tardó en descubrir a qué se debía su silencio. El día que la abuela de Stan apareció en casa de la abuela de Vanessa y le pregunto si él la había dejado embarazada fue el más terrible de la vida. Su abuela se llevó un disgusto terrible. Y ella se vio obligada a confesar a la mujer que más quería y a la que más admiraba que no estaba embarazada, pero que se había entregado en cuerpo y alma a un chico a quien seguramente no volvería a ver.

Y no lo había visto de nuevo. Hasta aquella misma noche.

—Perdone...

La voz de un recién llegado la devolvió a la realidad. Vanessa se giró y vio a un padre con su hijo. Obviamente se habían acercado a la mesa para hablar con el hombre al que ella acababa de pegar.

— ¿Sí?

— ¿Podría firmarme un autógrafo?

Stan se acercó al chico, que tendría unos diez años, y empezó a hablar con él. Pero su padre parecía tan emocionado como el pequeño. Sobre todo cuando el jugador de baloncesto se prestó a hacerse unas fotografías con ellos.

De haber podido, Vanessa habría aprovechado la ocasión para marcharse. Sin embargo, no podía. Todavía no le habían llevado la llave de la habitación.

Por suerte para ella, en ese preciso momento apareció uno de los botones del hotel.

—Buenas noches, señorita —dijo—. Me han dicho que entregue esta tarjeta a...

Vanessa ni siquiera le dio tiempo a terminar. Tomó la tarjeta electrónica de su nueva habitación y le dedicó una sonrisa enorme.

—Te estoy muy agradecida. Me has salvado la vida.

Después, abrió el bolso, sacó un billete de veinte dólares y se lo dio como propina.

— ¡Muchísimas gracias!

El botones se marchó con una gran sonrisa. Pero el precio había merecido la pena.

Vanessa se alegró de que el padre y el chico hubieran interrumpido su conversación con Stan. Gracias a eso, al menos se había podido tranquilizar. Aquel puñetazo sería el final de todo. El final de su sentimiento de humillación y el final de la inmensa tristeza que había sentido al traicionar la confianza de su abuela.

Sin embargo, no fue así. A pesar de los doce años transcurridos y de todo el odio que había albergado en su corazón, Stan le gustaba tanto como el primer día. Y quería hacer algo. Darle otro puñetazo o tumbarlo sobre la mesa y asaltar su boca.

La posibilidad le pareció tan inaceptable que decidió marcharse antes de que cometiera otro error. Pero justo entonces, Stan se despidió del padre y su hijo, que se alejaron hacia el vestíbulo, y se interpuso en su camino.

— ¿Adónde vas?

—Lejos de aquí.

— ¿Sin decir nada más?

—Podría decir que siento haberte pegado, pero mentiría.

—Claro. Y ambos sabemos que tú nunca mientes.

—No si puedo evitarlo.

Él apretó los dientes.

—Yo tampoco.

—Ya.

—No te mentí nunca, Vane —dijo con voz ronca—. Sentí alejarme de ti. Pero sólo era un niño, y además... bueno, digamos que mi vida se complicó mucho aquel verano.

—No lo dudo. Y gracias a tu abuela, la mía también se complicó.

Él la miró con confusión.

— ¿Es que no te dijo que fue a visitar a mi abuela? ¿No te contó que me acusó de ser una furcia que quería quedarse embarazada para atrapar a su nieto?

—Vane, eso no puede ser... no es posible...

— ¿Me estás acusando de mentir? —preguntó sin poder creer que no estuviera informado—. ¿O es que piensas que son imaginaciones mías?

—Vane, yo...

Stan extendió una mano y la tocó en el brazo. Sólo fue un contacto leve, pero ella se estremeció como si le hubieran clavado una aguja.

—No. No me toques.

Vanessa pasó junto a Stan y caminó hacia la salida sin decir una sola palabra más. No quería arriesgarse a hacer algo estúpido.

Y mientras se marchaba, intentó convencerse de que había cerrado una página de su pasado.

Stan siguió en el bar hasta media hora después. Estuvo pensando, recordando, haciéndose todo tipo de preguntas.

Por suerte, los clientes le dejaron en paz. La mayoría había visto su enfrentamiento con Vanessa y sospechaba que se morían de ganas de hablar con sus colegas de los Chicago Bears para contarles que una mujer le había pegado un puñetazo a uno de los mejores jugadores de California.

La mandíbula ya no le dolía, pero no podía decir lo mismo de sus recuerdos. Vanessa tenía razón. Le había robado su virginidad con la promesa de llamarla, de escribirle cartas, de volver al verano siguiente.

Y no lo había hecho.

Le habría gustado poder decir que había perdido su dirección o que no sabía cómo usar un teléfono. Pero no habría sido cierto.

Cuando Vanessa dejó de escribir, no se molestó en averiguar por qué. Se la quitó de sus pensamientos a propósito, tal y como le había pedido su padre.

Sin embargo, nadie le había contado lo de su abuela. Aunque ahora, al pensar en el pasado, supuso que era lógico. Y de todos los errores que había cometido a lo largo de su vida, dejar de esa manera a Vanessa era el peor de todos.

Aquella noche, al reconocerla en el bar del hotel, se habían despertado sus viejos sentimientos. Estaba más bella que nunca. La jovencita que había conocido se había transformado en una mujer impresionante. Ya no era la adolescente de pechos menudos que siempre había deseado probar y cuyos pezones marrones se endurecían bajo el contacto de sus manos. Sus curvas habían ganado tanto en generosidad como en belleza. Y por lo que había podido ver bajo el vestido, sus piernas parecían interminables.

Pero ya no tendría ocasión de comprobarlo.

—Te ha puesto en tu sitio —murmuró mientras echaba un trago de cerveza—. Lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí.

De todas formas, no podía hacer nada por arreglar la situación. El hotel tenía miles de habitaciones y tampoco sabía dónde vivía.

Tampoco podía dirigirse a Frank, su hermano pequeño. Por una parte, sólo hablaban de vez en cuando; y por otra, ni él le preguntaba por Vanessa ni Frank se mostraba dispuesto a hablar de ella.

Se preguntó si él sabría lo que había pasado entre ellos aquel verano. Pero ya no tenía importancia. Era agua pasada. Además, no volvería a ver a Vanessa. Y mientras salía del bar, intentó convencerse de que era lo mejor para ambos.

— ¿Ha tenido una buena noche? —preguntó el recepcionista cuando pasó a su lado.

Stan hizo un esfuerzo por sonreír.

—Interesante. Ha sido... interesante.

—Supongo que tiene su llave...

Stan se detuvo y lo miró con curiosidad.

— ¿Mi llave?

—Sí, cuando vino antes con el zapato dejó la tarjeta electrónica en recepción. Le he pedido a un botones que se la llevara.

Stan se metió las manos en los bolsillos. Electivamente, no estaba allí.

—Qué extraño. Es evidente que no me ha visto...

El recepcionista se ruborizó.

—Eso es inaceptable... lo siento muchísimo. Le daré otra llave de inmediato, señor Jackson. Le ruego que acepte mis disculpas. Y por supuesto, hablaré muy seriamente con el botones.

—No, por favor, no haga eso. La culpa es mía por haberla olvidado. Además, eso no tiene la menor importancia.

El recepcionista suspiro de alivio.

—Gracias, señor.

Stan esperó a que le diera la tarjeta nueva, se dirigió al ascensor y volvió a pensar en Vanessa McKee. Pero casi había logrado olvidarla cuando unos minutos más tarde entró en el dormitorio de la suite, miró hacia la puerta abierta del cuarto de baño y se encontró ante una visión increíble.

Por lo visto, no podría expulsar a Vanessa de sus pensamientos. Ni entonces, ni nunca.

Porque estaba allí mismo, en el cuarto de baño, mirándolo con expresión de pasmo, goteando agua y completa y gloriosamente desnuda.

CAPÍTULO 03

Vanessa no pudo hablar, no pudo moverse, no pudo ni respirar. Porque a unos metros de ello, como salido de una fantasía del *Penthouse*, estaba Stan Jackson en persona. El hombre en el que había estado pensando durante una ducha más que lasciva.

Él tampoco se movía. O por lo menos, no demasiado. Porque sus ojos no se detuvieron ni un solo momento. Le pasó la mirada desde la cabeza hasta los pies, deteniéndose en ciertos sitios para soltar murmullos de apreciación.

Incluso en la distancia, notó la erección bajo sus pantalones y recordó que tenía un miembro bastante generoso. Y a pesar de que lo odiaba, a pesar de que había entrado sin permiso en su habitación, sintió humedad entre las piernas.

— ¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó mientras se envolvía en una toalla blanca—. Márchate ahora mismo o llamaré a la policía.

— ¿Cómo dices?

Stan arqueó una ceja.

—Por muy famoso que seas, no tienes ningún derecho a entrar de ese modo en la habitación de una mujer. Te aseguro que quien te haya dado la llave perderá su trabajo mañana por la mañana — afirmó.

—Creo que cometes un error...

— ¡Largo!

—Vanessa...

Ella salió del cuarto de baño. Estaba tan mojada que empapó la moqueta, pero no le importó.

—No sé por qué te aprecian tanto los demás — le gritó a la cara—. Francamente no lo entiendo. No es como si te dedicaras a luchar contra el cáncer o a apoyar la paz mundial.

Stan entrecerró los ojos.

—Te limitas a jugar y te pagan millones de dólares por eso —continuó—. Pero que los demás estén locos contigo no significa que puedas entrar en el dormitorio de una mujer que te odia.

Vanessa fue consciente del momento en que perdió el control de la situación. Fue cuando pronunció aquella palabra, «odio». Stan avanzó hacia ella, la tomó entre sus brazos y le dio el beso más apasionado que había sentido nunca. Como si de ese modo quisiera demostrarle que ella era la mayor mentirosa de la Tierra.

Vanessa se dijo que le pegaría otro puñetazo. Que llamaría a la policía. Que empezaría a gritar. Que se apartaría. Pero no lo hizo.

Bien al contrario, pasó los brazos alrededor de su cuello y lo besó a su vez. Incluso inclinó la cabeza para invitarlo a llegar más lejos con la lengua.

La toalla cayó al suelo. Por accidente.

O tal vez no. Quizás la dejó caer a propósito. Ni ella misma estuvo segura.

Además, todo eso carecía de importancia. Estaba otra vez con él. Podía sentir su calor a través de su camisa de seda, sentir sus manos en la cintura. Y cuando notó su erección, recordó lo que se sentía al hacer el amor con él.

No podía pensar y no se resistió. No podía hacer nada salvo disfrutar de las sensaciones que inundaban su cuerpo y preguntarse cómo era posible que hubiera sobrevivido sin él durante aquellos años.

Ya se estaba preguntando si Stan la llevaría a la cama cuando se apartó de ella, la soltó y retrocedió dos pasos.

—Estás loca, mujer—dijo.

—Me has besado… —le recordó.

Vanessa se agachó para recoger la toalla y deseó que Stan dejara de comérsela con los ojos como si no hubiera visto a una mujer tan bella en toda su vida. Y era bastante posible que fuera así. Era una bailarina profesional y sabía que tenía un cuerpo magnífico. Además, el estaría acostumbrado a las típicas seguidoras de los famosos, capaces de entregarse a cualquiera con tal de poder decir que se habían acostado con ellos.

Fuera como fuera, no era asunto suyo y no le importaba. O quizás le importaba más de lo que le habría gustado admitir. Porque todavía lo deseaba.

—Estás loca —repitió él.

Stan se frotó la barbilla como si aún le doliera el golpe recibido. Ella lo miró y deseó que no lo olvidara nunca. Pero no conseguía odiarlo por mucho que lo intentara. Su excitación parecía haber sustituido al resto de las emociones.

—Eres tú quien ha entrado sin permiso en mi habitación.

—Querrás decir mi habitación —puntualizó el.

Ella soltó una carcajada de incredulidad.

—Ja. Menuda excusa. Es demasiado ridícula incluso para un cretino como tú.

—Vanessa, estás en mi habitación...

—Oh, vamos. Hace un rato me dijiste que nunca mientes. Y sin embargo, ahora quieres colarme una mentira tan grande que no la creería ni un niño.

— ¿Tú crees? Y dime una cosa... sí estoy mintiendo, ¿qué hace mi maleta en esa esquina de la habitación?

Vanessa se giró y miró en la dirección que había mencionado.

—Ésa es mi maleta. Los del hotel la han traído cuando me cambiaron de habitación.

—Ya.

Stan caminó hasta la maleta, de color negro, y la abrió. Vanessa ya estaba a punto de gritar que dejara sus braguitas en paz cuando él metió una mano en el interior y sacó unos calzoncillos.

Indudablemente no eran de ella.

— ¿Pero cómo es posible que... ?

Stan siguió sacando prendas. Calcetines de hombre. Camisas de hombre. Pantalones de hombre.

La maleta era igual que la suya, pero no era la suya.

— ¿Cómo te las has arreglado para cambiar las maletas?

—Yo no las he cambiado. Ésta es mi habitación.

—Estas bromeando, ¿verdad?

Él negó lentamente con la cabeza.

—Estás en mi habitación —repitió por enésima vez—. Así que soy yo quién debe preguntar por qué te has metido en ella y por qué me estabas esperando desnuda y en el cuarto de baño. ¿Debo sentirme halagado? ¿O sería mejor que tuviera miedo?

Vanessa se puso a temblar, Aquel hombre la hacía temblar por dentro. Y quiso convencerse de que se debía a la vergüenza por la situación, pero en realidad no era más que un efecto secundario del contacto de sus labios y de su lengua. Por no mencionar su voz ronca, que volvía locas a los mujeres.

En ese momento sólo quería saber una cosa: cuándo volvería a tocarla.

—Es evidente que el hotel ha cometido un error —acertó a decir—. Te juro que no tenía ni idea de que ésta fuera tu habitación, Stan.

Stan no parecía muy convencido, pero la miró con humor. La situación le parecía divertida o disfrutaba torturándola.

—Lo digo muy en serio —continuó ella—. Hubo un problema en el piso donde estaba mi habitación y el recepcionista me dijo que me cambiarían y que enviarían a alguien con la llave nueva.

— ¿A un botones?

—Sí. Entró en el bar cuando tú estabas hablando con ese chico y con su padre y me dio la tarjeta electrónica.

—Comprendo.

—El recepcionista se habrá equivocado —continuó Vanessa—. Aunque ya es casualidad que de todas las habitaciones del hotel haya terminado precisamente en la tuya...

Stan sacudió la cabeza.

—No, no ha sido casualidad. Me olvidé la tarjeta en recepción y enviaron a un botones para que me la devolviera. Supongo que pensó que estábamos juntos y te la dio a ti.

Vanessa pensó que la explicación era perfectamente lógica y creíble. Además, teniendo en cuenta que Stan pasaba por ser el hombre más atractivo sobre la faz de la Tierra y que era evidente que entre los dos había algo, no tenía nada de particular que el botones los hubiera tomado por una pareja.

—Vaya... —dijo al final—. En fin, entonces será mejor que me vista y que baje a preguntar por mi habitación.

Stan sonrió con malicia.

—Bueno, pero luego no digas que es culpa mía.

— ¿Culpa tuya? ¿Lo de buscar mi habitación?

Él sonrió y bajó la mirada hasta la toalla.

—No. Lo de salir de aquí medio desnuda.

Vanessa lo miró con desconcierto, pero había algo más en sus preciosos y enormes ojos. Algo que seguramente no habría admitido: excitación. Pasión. Deseo.

Y él también estaba excitado. No había dejado de estarlo desde que entró en la suite y la vio desnuda.

Era una fantasía hecha realidad. Alta, esbelta, exuberante, de cintura minúscula y curvas maravillosamente pronunciadas. Tenía unas piernas interminables y sus senos lo habían vuelto loco en cuanto los sintió apretados contra su pecho. Lo único que más lamentaba de haberse apartado de ella era haberse resistido a la tentación de inclinarse y probar sus dulces pezones.

—Eres un cerdo—dijo ella, adivinando sus pensamientos,

—No, sólo un hombre. Y uno que al parecer te debe una disculpa —añadió con seriedad repentina—. Vanessa, te aseguro que no sabía lo que hizo mi abuela.

Ella se mordió el labio inferior y él deseó que lo creyera.

—Te juro que no le conté a nadie lo que había entre nosotros —continuó Stan—. A nadie en absoluto.

—Entonces, cómo...

—Mi hermano encontró una de nuestras cartas. Justo aquella en la que decías que tenías un retraso con la regla.

Ella cerró los ojos un momento, se llevó una mano a la cara y gimió.

—Oh, Dios mío, qué tonta fui. Sólo se retrasó dos días, pero me asusté. No debí escribir aquella carta.

—A mí me alegró que lo hicieras. Adoraba tus cartas. El resto de mis amigos tenían ordenadores y correo electrónico, pero apenas sabían escribir una línea... Supongo que aquello fue una buena práctica literaria para los dos —bromeó.

—Literaria y otras cosas —comentó ella con voz suave—. Pero todavía recuerdo el susto que me pegué con aquel asunto... cosas de adolescente. Tenía un sueño tan absurdo que...

— ¿Un sueño? ¿Qué sueño?

Ella negó con la cabeza como si hubiera preferido olvidarlo.

—Soñaba que tú y yo formábamos una familia como la mía, pero con padres. Con padres que no se murieran.

—Lo comprendo perfectamente.

Stan era sincero. Había perdido a uno de sus padres y no quería ni pensar en lo que habría sido de él de haber perdido a los dos, como ella. Sobre todo porque sólo era una niña de seis años en aquella época.

—Por suerte, fue una falsa alarma —continuó Vanessa—. Pero ¿qué pasó con tu hermano?

—Que dio la carta a mi padre.

—Será estúpido...

—Ahora está estudiando Medicina. ¿Puedes creerlo?

—Seguramente la estudia para aprender a curarse las heridas que le hicieron a base de darle azotes. Era un niño tan malcriado que se los merecía.

En la voz de Vanessa no había ni el menor asomo de rabia. De hecho, lo dijo con una sonrisa. Y él se la devolvió como si todavía fueran amigos del alma. Como si no le hubiera pegado un puñetazo en el bar.

Pero Stan no había terminado de disculparse.

—No sabía que mi padre se lo había contado a mi abuela y le había pedido que hablara con la tuya. Debió de ser terrible para ti.

Ella asintió dos veces.

—Y claro, cuando no supiste nada más de mí...

No fue necesario que Stan terminara la frase. Además, ni siquiera habría sabido qué decir. Pero Vanessa le sorprendió con una conclusión a la que él ya había llegado años antes.

—Sólo éramos un par de niños. Jugábamos juegos peligrosos y no éramos conscientes de lo que hacíamos —declaró.

—Eso es cierto.

—Pero seguimos adelante e hicimos cosas buenas.

Stan quiso saber qué cosas buenas había hecho. Entre ellas no estaba la de haberse casado, porque al igual que él, no llevaba anillo. Y eso era todo lo que necesitaba saber en ese momento.

Si se presentaba la oportunidad, le preguntaría más tarde. Ahora sólo quería estar con ella, tocarla y hacerle el amor. Con la esperanza de cerrar el círculo del pasado y poder seguir con sus vidas al día siguiente.

Así que se tragó el orgullo y dijo:

—Ven a mi cama, Vane. Sé mi mujer esta noche.

CAPÍTULO 04

Por segunda vez en el espacio de unos pocos minutos, Stan Jackson consiguió dejarla sin habla. Estaban hablando de los viejos tiempos, de las viejas heridas, y de repente la había golpeado en su punto más débil y vulnerable.

— ¿Vane?

Stan extendió un brazo y le acarició la mejilla. Ella no fue capaz de resistirse al contacto.

—Sería una verdadera locura —susurró.

— ¿Y no sientes curiosidad? —preguntó él—. ¿No quieres saber cómo sería? Ahora somos mayores, tenemos experiencia y sin duda sería mucho más placentero...

—Sí, mucho más...

—Hace una hora que no deseo otra cosa que lamer todo tu cuerpo.

Ella sintió un cosquilleo en los muslos.

—Y apretar la cara contra tu estómago y aspirar tu aroma...

Ella sintió un cosquilleo en el estómago.

—Y chuparte los pezones con tanta fuerza que me pidas que me detenga e intentes golpearme si me detengo...

Esa vez, Vanessa sintió algo más que un cosquilleo. Los pezones se le endurecieron bajo la tela suave y sin embargo algo rasposa de la toalla.

—Podría besarte durante horas...

—Stan...

—Empezaría por tus labios y bajaría por tu cuerpo hasta probar algo que no hicimos en su día porque éramos demasiado jóvenes y no sabíamos de estas cosas.

Ella supo exactamente lo que pretendía decir. Porque la lengua de aquel hombre podía ser tan mágica como sus manos y su voz.

—Dejarás que te pruebe, ¿verdad? No rechaces a un hombre hambriento... Haré que sientas cosas que no has sentido nunca —le prometió.

—Está bien...

Vanessa no pudo resistirse. Iba a pasar la noche en la cama de Stan y no se arrepentía de la decisión tomada. Era el hombre que deseaba. El hombre del que había estado enamorada en la adolescencia.

Él sonrió y la miró. Ella llevó una mano a su camisa y empezó a desabrocharle los botones.

—Déjame ver lo que tienes...

—Si te parezco la mitad de atractivo de lo que tú me pareces a mí, creo que esta noche va a ser inolvidable —confesó él.

Ella rió suavemente ante el cumplido. Terminó de desabrochar la camisa y empezó a quitársela. Pero tuvo que detenerse. Tuvo que hacerlo. Debía disfrutar de la impresionante visión de su pecho.

—Vaya, veo que has crecido mucho...

Tenía un pecho enorme y unos brazos tan grandes y bellos que extendió una mano para acariciárselos. Ya se le había acelerado la respiración cuando descendió hasta sus pantalones, se los desabrochó y se los quitó junto con los calzoncillos.

—Oh, Dios mío... No recordaba que fuera tan grande... como fuiste mi primer amante...

Él sonrió con orgullo y ella se quedó quieta, sin saber qué hacer. Era como estar en una pastelería y no poder decidirse por nada en concreto.

Así que él tomó la decisión por ella. Se inclinó un poco y la alzó en brazos con tanta facilidad como si fuera una grácil bailarina de ballet. Después, la llevó a la cama y se tumbaron.

—Lo quiero todo de ti. Absolutamente todo — dijo ella—. Y cuando terminemos, quiero repetir.

—Tantas veces como gustes. Mientras respire, seré tuyo.

Stan la besó en la boca, pero no tardó mucho en abandonar esa parte de su cuerpo y descender por el cuello. Cuando llegó a sus senos, ella rogó:

—Por favor, no te detengas...

Stan le lamió levemente los pezones y jugueteó con las areolas. Después, cuando Vanessa ya estaba tan desesperada que creía volverse loca, se llevó uno a la boca y lo chupó profunda y largamente.

Ella gritó y se alegró de estar en una suite tan grande. Si hubiera sido más pequeña, los clientes de las otras habitaciones la habrían oído. Porque tenía la costumbre de gritar cuando hacía el amor. Y estaba segura de que Stan le haría gritar más que nadie.

—Tú también has crecido —dijo él sin apartarse de sus pechos—. ¿Cómo es posible que te hayas convertido en una mujer tan impresionante?

Vanessa movió la cabeza sobre la almohada.

—Por si lo habías dudado, son de verdad.

Él rió suavemente, tomó uno de sus senos entre las manos y dijo:

—No tenía la menor duda. Sé distinguir algo real cuando lo pruebo.

—Me alegro mucho. Pero espero que encuentres otras partes para probar...

Él sonrió.

—Paciencia. Todo se andará.

Cuando terminó con sus senos, Vanessa estaba tan excitada que no podía soportarlo más. Stan lo comprendió, le separó las piernas y dijo:

—Eres preciosa.

Stan empezó a lamerle el clítoris.

—Oh, sí...

Él siguió jugueteando con ella. De vez en cuando se apartaba lo justo para morderle en la cara interior del muslo y regresaba a torturarla un poco más. Por fin, Vanessa decidió que había llegado el momento de pasar a la acción. No quería limitarse a recibir placer. También quería darlo. Así que se movió para tener acceso al sexo de él.

— ¿Vane?

—No dejes de tocarme. Pero sobre todo, no me detengas.

—Jamás —dijo con voz ronca.

Ese fue todo el permiso que necesitaba. Vanessa se acercó a su sexo, lo lamió suavemente y se lo introdujo hasta el fondo.

—Oh, me vuelves loco...

Él se dejó llevar. Y a ella no le importó en absoluto porque le encantaba el sexo oral. Le encantaba hacerle el amor con su boca. Dar placer del mismo modo en que lo recibía.

Sin embargo, Stan no tardó mucho en recobrar el control de la situación y proseguir con lo que había dejado a medias. Apenas un minuto después, Vanessa alcanzó el orgasmo.

—Mírame —ordenó él cuando ella todavía temblaba.

Ella abrió los ojos y lo miró.

—Sabes maravillosamente...

—Y me siento aún mejor —dijo Vanessa, arqueándose—. Pero ya lo verás.

Ahora quería sentirlo dentro de su cuerpo. Stan se dio por aludido, recogió los pantalones que había dejado en el suelo y sacó un preservativo. Vanessa se habría ofrecido voluntaria para ponérselo, pero le temblaban las manos y tuvo miedo de dejarlo caer y prolongar la agonía.

Lo deseaba tanto que la ausencia de su contacto resultaba frustrante.

—Eres la mujer más bella que he visto en mi vida —dijo Stan con adoración.

La besó, se puso sobre ella y la penetró con suavidad. Vanessa soltó un gemido y él se empezó a mover de un modo igualmente cuidadoso, como sí tuviera miedo de hacerle daño.

—Es perfecto... —dijo él.

Ella lo miró y se preguntó cómo era posible que disfrutara tanto con aquel hombre. Tal vez fuera por la expresión de su atractiva cara, por el calor de su mirada, por la dulce sonrisa de sus labios, por su voz suave y amable.

Nunca se había sentido de ese modo con ningún hombre. Nunca. Quiso abrazarlo con todas sus fuerzas y darle las gracias por sentirse tan amada. Pero un momento después la llevó nuevamente al límite de sus posibilidades y ya no pudo hablar.

Vanessa se quedó dormida y Stan se sorprendió mirándola como un tonto, apoyado en un codo y contemplando sus labios entreabiertos, todavía enrojecidos por los besos.

Sabía que no se cansaría nunca de besarla.

Habían hecho el amor durante más de una hora y él había logrado contenerse, pero al final se había rendido. Después, ella se había quedado dormida con las piernas entrelazadas con las suyas. Y aunque deseaba despertarla para hacer el amor otra vez, estaba tan profundamente dormida que no se atrevió.

Miró el reloj y vio que era medianoche. Tarde para ser Chicago, pero pronto en la Costa Este. Y tenía que hacer una llamada, así que se levantó en silencio, caminó hasta el salón y cerró la puerta para no molestarla.

Acto seguido, marcó un número de teléfono muy familiar.

—Hola, pequeña...

— ¡Papá! —Exclamó una voz al otro lado del aparato—. Llamas tarde... he tenido que esconder el teléfono bajo la almohada para que la abuela no me lo quitara.

Stan rió suavemente. Su niña sólo tenía cuatro años, pero ya demostraba mucho carácter. En muchos sentidos se parecía a la mujer que estaba en la cama.

—Lo siento, cariño, pero ya sabes que los horarios son distintos en esta parte del país...

— ¿Los horarios son distintos? ¿De verdad? ¿Y los relojes también?

Stan volvió a reír. Le explicó que los relojes eran iguales en todas partes y charló con ella un rato, pero no demasiado porque sabía que debía irse a dormir. Al final, le prometió que la llamaría a la noche siguiente y se despidió.

—Hasta mañana, preciosa. Te adoro.

Acababa de cortar la comunicación cuando oyó un ruido y vio que Vanessa estaba detrás, mirándolo.

—Oh, lo siento, ¿te he despertado?

—No. ¿Y tú? ¿Has despertado a tu chica preciosa...?

Él frunció el ceño. No podía creer que estuviera celosa. Acababan de encontrarse después de doce años de separación.

—Sí estás casado, te voy a dar un buen tirón de esa cosa que te cuelga entre las piernas.

Él reaccionó como cualquier otro hombre en su situación. Cruzó las piernas de inmediato.

—No estoy casado.

—Pero tienes novia.

— ¿Novia? Me estaba despidiendo de mi hija — murmuró.

Vanessa se quedó helada.

— ¿Tu qué?

—Tengo una hija de cuatro años. Se llama Kendra y la he llamado para darle las buenas noches. Vive en Los Ángeles.

— ¿Una hija? ¿Y cómo es posible que no me lo hayas comentado?

—Bueno, es que no ha salido la conversación...

— ¿Y su madre? ¿Dónde está?

—Nos casamos cinco minutos después de que me contrataran para la liga profesional de baloncesto. Pero ya no está con nosotros.

— ¿Por qué?

—Nunca le importó Kendra. Y perdió interés por mí cuando me lesioné en mi primer año y todos pensaron que tendría que abandonar el baloncesto.

Vanessa se quedó boquiabierta.

— ¿Te abandonó cuando más la necesitabas?

—Es lo mejor que me podría haber pasado. Supe lo que quería de mí y conseguí la custodia de Kendra con más facilidad.

— ¿Y qué pasó cuando volviste a jugar?

—Que intentó volver conmigo.

—Y supongo que la enviaste al infierno...

Él sonrió.

—Por supuesto que sí. Seguro que has leído lo que dicen de mí en las revistas...

—Ah, sí, tú y las mujeres—comentó con ironía.

—Cuando nos separamos, me hundí e hice muchas tonterías. Pero nada que pudiera dañar a Kendra.

—Estoy segura de ello. Eres demasiado buena persona para ser mal padre.

Stan la miró con agradecimiento. Pero en ese momento estaba más interesado en otra cosa.

—Si ya has satisfecho tu curiosidad y no quieres pegarme otro puñetazo, ¿qué te parece si volvemos a la cama?

—No sé. Tal vez deberíamos quedarnos aquí.

A él le pareció perfecto. Sobre todo cuando le pidió que se sentara y se colocó sobre él. Estaba húmeda y preparada para hacerlo de nuevo. De hecho, no tardó ni un segundo en descender sobre su cuerpo y abrirle camino.

—Oh, Dios mío, no llevo preservativo…

—Al despertar he buscado en tu maleta y he cogido uno. Pero me he llevado tal sorpresa cuando te he oído hablar por teléfono que se me ha caído en el suelo.

Ella se levantó y corrió a recoger el preservativo.

—Mujer, date prisa o me dará un infarto.

Vanessa se inclinó en la entrada del dormitorio y le ofreció una visión maravillosa del trasero. Él se levantó y la agarró por detrás.

—Oh, vaya, ya lo he encontrado —dijo ella con malicia.

Vanessa se giró lo justo para darle el objeto de látex.

— ¿Te gusta lo que ves? —preguntó.

Stan pensó que no solamente le gustaba, sino que era lo más maravilloso que había visto nunca. Y sabía que las sensaciones siguientes iban a ser aún mejores. Así que se puso el preservativo y la penetró por detrás.

—Cuando éramos jóvenes no imaginábamos estas cosas, ¿verdad? —dijo ella.

—Dudo que haya imaginado nada tan placentero en toda mi existencia.

Stan echó la cabeza hacia atrás y empezó o moverse con acometidas cada vez más profundas y rápidas. Hasta que al final no pudo soportarlo por más tiempo y se deshizo en una explosión de placer.

CAPÍTULO 05

Aquella noche hablaron de todo. De lo divino y lo humano. De cómo estaban sus hermanas, de lo que habían hecho durante aquellos años, de cómo se había convertido en bailarina, de un sinfín de cosas. Él hizo varios comentarios elogiosos sobre sus piernas y se empeñó en que bailara, lo que naturalmente hizo.

Después, hicieron el amor apasionadamente hasta las cuatro de la madrugada. Y ya eran las nueve cuando Vanessa despertó, abrió los ojos y se encontró tumbada a su lado.

—Ojalá pudieras quedarte conmigo —murmuró.

Pero sabía que no podía ser. Stan era un jugador famoso, una superestrella. Y no estaba enamorado de ella. Ni siquiera lo había estado doce años atrás.

Después de las explicaciones sobre lo sucedido, ya no podía odiarle. Pero se sentía herida porque ella sí había estado enamorada de él. Y no podía permitirse el lujo de cometer el mismo error por segunda vez.

Tenía que marcharse, alejarse antes de que fuera demasiado tarde.

Con la decisión tomada, se levantó rápidamente y recogió sus cosas. Su avión despegaba en pocas horas y no tardaría en volver a Nueva York y a su existencia normal. Pero debía marcharse cuanto antes. Si Stan se despertaba, intentaría impedírselo. Y ella no tendría fuerzas para resistirse.

No hizo ningún ruido. Recogió la ropa y se vistió, pero había dos motivos que le impedían irse: el primero, que los zapatos y las medias seguían en el cuarto de baño. El segundo, que le debía algún tipo de despedida.

La despedida fue difícil. Tardó varios minutos, pero al final le escribió una nota bastante amigable en el que le daba las gracias por la noche, le decía que se alegraba de haberlo encontrado y le deseaba que fuera feliz.

Una nota cálida y afectuosa, pero no excesiva.

Sin embargo, lo de los zapatos resultó aún más peligroso. Cuando quiso entrar para recogerlos, la puerta del baño crujió y Stan se removió en la cama y murmuró algo. Por suerte, siguió dormido.

Vanessa decidió no arriesgarse. Además, pensó que esos zapatos no merecían la pena porque le hacían daño. Así que tomó el bolso, lanzó una última mirada al hombre de sus sueños, caminó de puntillas hasta llegar a la puerta y se marchó.

Cuando despertó, Stan supo que se había ido. El ambiente estaba demasiado tranquilo y silencioso; y las sábanas, demasiado frías.

Se sentó en la cama y deseó equivocarse, pero estaba en lo cierto. No la encontró ni en la suite ni en el cuarto ele baño, pero localizó su nota.

Cuando terminó de leerla, dijo en voz alta:

—Oh, Vane...

La noche anterior había sido increíble. Se sentía eufórico, excitado, satisfecho. Pero por encima de todas esas emociones había otra muy diferente. Porque de joven había estado realmente enamorado de ella. Total y absolutamente enamorado de ella. Y aquello había servido para que comprendiera que no había cambiado nada.

No sabía cómo era posible que siguiera enamorado de una mujer a quien no había visto en muchos años, pero era cierto.

—No, esta vez no vas a marcharte de mi vida — se dijo mientras caminaba hacia la ducha.

Cuando vio los zapatos de tacón alto de Vanessa, soltó una carcajada.

—Tal vez no sea un príncipe azul, pero pienso ir a buscarte de todas formas.

Se duchó y se vistió con rapidez. Sabía que Vanessa no podía haberse marchado inmediatamente del hotel porque tenía que encontrar su habitación y recoger el equipaje. Así que bajó a recepción y preguntó al hombre que estaba en el turno de mañana. Le informó de que acababa de subir a su habitación y le dio el número.

Cinco minutos después estaba llamando a su puerta.

— ¿Sí? —preguntó ella al abrir.

—Hola, Vane...

—Stan...

—No pensarías marcharte sin decirme adiós.

—Te he dejado una nota.

—La he leído.

—Pues creo que no tengo nada más que decir... —mintió.

Él sacudió la cabeza y miró a su alrededor. Seguía en el pasillo y notó que varios clientes salían de sus habitaciones para disfrutar de la mañana del domingo.

—Claro que hay más que decir. O por lo menos, yo tengo algo que decir... pero si todavía quieres despedirte de mí, adelante.

El corazón de Vanessa se aceleró. No supo qué decir, así que él entró en la habitación y cerró la puerta. Ella le ofreció un café, pero Stan lo rechazó y se sentó en el sofá.

—Aquel verano dejé de escribirte. Pero no quería hacerlo.

—Olvídalo, Stan. Eso es agua pasada.

—No tan pasada —dijo, frotándose la barbilla.

—Está bien, di lo que tengas que decir...

—Mi padre falleció.

Vanessa la miró con asombro y no tuvo más remedio que sentarse a su lado.

—Oh, Dios mío... ¿cuándo?

—Aquel verano.

— ¿Cómo?

Él suspiró al recordar lo terrible que había sido.

—Un día vino a verme por el asunto de tu carta. Estaba terriblemente decepcionado conmigo...

—Supongo que como mi abuela...

Stan la tomó de la mano.

—Sí. Pero también me dijo otra cosa: le habían diagnosticado un cáncer de colon y las perspectivas no eran buenas. Él...

Vanessa prefirió no interrumpirlo.

—Me dijo que esperaba que cuidara de mi madre y de mi hermano. Me dijo que él siempre había soñado con ser jugador profesional de béisbol y que tenía la ilusión de que yo jugara en la liga de baloncesto.

—Y supongo que te puso las cosas difíciles...

—No, no creas. Siempre me quiso. Tanto como a mi madre y a mi hermano.

—Me alegro.

—Pero también insistió en que yo tenía talento, y que no sólo era importante para mí sino también para mi familia. Porque podría sacarlos de la pobreza —explicó—. Me pidió que me concentrara en el deporte y me olvidara de las chicas, del sexo, de cualquier distracción.

Ella le apretó las manos.

—Una carga excesiva para un chico de dieciséis años...

—Sí.

— ¿Y qué pasó?

—Exactamente lo que imaginas. Le prometí que no volvería a hacer estupideces y que no me arriesgaría a terminar con un niño y una esposa. Le dije que terminaría los estudios, que me haría un profesional y que cuidaría de mi madre.

—Comprendo...

—Pero también le rogué que no se muriera.

Los ojos de Vanessa se llenaron de lágrimas.

—Y se murió...

—Sí. Aquel mes de septiembre.

— ¿Mantuviste la promesa?

Él asintió.

—Trabajaba mucho y practicaba doce horas al día. No salía con chicas, evitaba las distracciones y ahorraba todo el dinero,.. ¿Sabes? No volví a acostarme con nadie hasta los veintiún años.

Ella no podía dejar de llorar. Su historia era demasiado terrible.

—Estaba enamorado de ti, Vanessa.

La confesión de Stan la dejó sin habla.

—Te amaba —repitió él—. Era joven, estúpido, sin experiencia... pero te amaba y la promesa que le hice a mi padre estuvo a punto de acabar conmigo. Pensaba en ti todos los días hasta que conseguí convencerme de que me habrías olvidado. Pero cada vez que conocía a una chica, esperaba que fuera como tú.

—Stan, no sigas, por favor...

—Vanessa, no estoy diciendo que vayamos a estar juntos para siempre. Sólo digo que te amaba y que no he vuelto a enamorarme de nadie desde entonces —le confesó—. Además, la experiencia de anoche ha sido la más bonita de mi vida.

Ella se acercó y lo abrazó con suavidad.

—Por mí también.

—Dime que no será la última vez...

— ¿Pero cómo sería posible? Vivimos en...

—Eso no importa. Encontraremos la forma —la interrumpió.

—Y tienes una hija... ¿Qué pasará si no le gusto?

Stan sonrió primero y después estalló en carcajadas. Porque su hija y aquella mujer se parecían tanto que era completamente imposible que no se hicieran amigas de inmediato.

Ella no protestó por su risa. Porque le bastó una mirada para adivinar sus pensamientos.

—Vaya, así que se parece a mí...

Él asintió.

—Es igualita que tú.

— ¿Y estás seguro de que podrás soportar a dos chicas con tanto carácter?

—Podría soportar cualquier cosa que tú me des.

Justo entonces, el se llevó las manos a los bolsillos de su chaqueta deportiva y saco dos zapatos de tacón alto, algo más grandes que el que le había ofrecido en el bar del hotel.

—Creo que esto es tuyo —murmuró.

— ¿Sabes una cosa? Cuando estoy contigo me siento como Cenicienta... pero esos zapatos me hacen daño. Prefiero seguir sin ellos.

Stan rió de nuevo.

—Está bien, como quieras. Pero sólo lo aceptaré si te quitas todo lo demás.

Ella asintió y se empezó a desabrochar la blusa. Sus ojos brillaban con pasión y una inmensa felicidad cuando se acercó a él y le pasó las manos alrededor del cuello.

—Siempre te he amado, Stan.

Él la besó, la desnudó y le dijo todo lo que había que decir con sus caricias.

Pero al final también pronunció las palabras:

—Siempre te he amado, Vane.

Y de algún modo, Stan supo que Vanessa y él volverían a enamorarse de nuevo.

Si es que habían dejado de quererse.

TODO EL CAMINO

CAPÍTULO 01

Estar casada tenía sus ventajas.

A Gloria Santori se le ocurría una docena de buenos motivos, desde no tener que preocuparse por cambiar el aceite del coche hasta no pensar en lo que iba a hacer un sábado por la noche pasando por no sufrir al haber engordado un poco durante los últimos años. Pero también significaba que no tenía que competir con otras mujeres por el afecto de los hombres.

Y lo de hacer el amor de vez en cuando tampoco estaba mal.

Pero desde que en la primavera anterior había tenido a James, su tercer hijo, sus relaciones sexuales se habían limitado a unos cuantos escarceos amorosos entre toneladas de trabajo y la necesidad de dar de mamar al niño. Como Tony se pasaba la vida en el trabajo de la pizzería familiar y ella debía encargarse del pequeño y de sus otros dos hijos, no tenían tiempo para nada.

— ¿Seguro que no puedes quedarte un poco más? —preguntó Vanessa, una de los damas de honor.

—No puedo. Tony y los mocosos me están esperando.

—Claro, es que tiene que asegurarse de que su marido no se ha olvidado de comprar leche —se burló Mia.

Gloria reaccionó como de costumbre. Le sacó un dedo. El que llevaba el anillo de casada.

—Sí, ya lo sé, muérdeme si quieres —protestó su hermana.

—Creo que necesitas un hombre.

—Venga ya...

Mia y Gloria sonrieron. Se querían con toda su alma, pero no se parecían nada. Y aunque de vez en cuando Gloria se preguntaba qué habría pasado si hubiera ido a la universidad como ella, no habría querido su vida por nada del mundo. Sobre todo porque Mia estaba sola. No había salido con nadie desde que regresó a Chicago y a la mañana siguiente despertaría tan sola como de costumbre.

Gloria, en cambio, despertaría con cuatro hombres. Tres habían salido de su interior y el cuarto los había puesto allí.

Uno de estos días le iba a decir a los mayores que había instalado una alarma en la casa para que no pudieran escabullirse de sus dormitorios y meterse en el suyo. Ése era otro de los motivos por los que Tony y ella apenas habían hecho el amor en los últimos seis meses. Una noche, Anthony asomó la cabeza, los pilló *in fraganti* y preguntó a qué estaban jugando. Desde entonces estaban condenados a hacerlo rápidamente contra la pared de la ducha o aguantarse las ganas.

—Buenas noches—dijo Vanessa cuando Mia ya se había marchado—. Ten cuidado...

—Lo tendré. Subiré a la habitación para cambiarme antes de volver a casa.

Lo de tener una suite y no dormir en ella le parecía un desperdicio, pero al menos podría quitarse el vestido de dama de honor y cambiarse de ropa. Sólo lamentaba que no hubieran dejado a los niños al cuidado de alguien. Le habría gustado pasar toda una noche, a solas, con su marido.

Al llegar arriba, sacó unos vaqueros con intención de ponérselos. Todavía eran una talla más grande de lo habitual en ella, aunque desde el parto ya había perdido bastante peso. Justo entonces sonó el teléfono.

— ¿Dígame?

—Hola, cariño...

—Hola, Tony. ¿Cómo están los niños?

—Bien. Mikey se ha dormido y James está a punto de dormirse.

— ¿Se ha tomado el biberón?

—Sí.

—Me alegro.

Gloria llevaba dos semanas intentando destetarlo. Pero sus pechos le gustaban casi tanto como a Tony.

— ¿Vas a tardar mucho en volver?

—Me cambio de ropa y salgo enseguida.

Tony murmuró algo.

— ¿Qué sucede?

—Nada, que Anthony quería un vaso de leche.

—No, no le des leche. Es tarde. Que beba agua.

—Tu madre dice que nada de leche a estas horas...

Gloria se giró y miró la enorme cama de la suite.

Tenía un aspecto realmente cómodo. Tanto, que deseó tumbarse y dormir doce horas seguidas. O mejor aún, hacer el amor apasionadamente durante cuatro y dormir las ocho restantes.

—Gloria, creo que ya lo tengo todo bajo control... ¿Por qué no te quedas allí a pasar la noche?

—No puedo...

—Claro que puedes. Has tenido una semana muy complicada.

Era cierto.

—Además, no quiero que conduzcas con el tiempo que hace. Quédate allí. Duerme un poco y diviértete para variar —dijo él—. ¿O es que tienes intención de marcharte a un bar y liarte con el primero que pase?

Gloria rió. La idea de que una madre de treinta y cuatro años y con tres hijos tuviera intención de bajar a un bar y liarse con el primero que pasara le pareció totalmente ridícula. Pero miró la cama de nuevo y suspiró. Por ridícula que fuese, resultaba tentadora. Deseó volver a ser una mujer deseable. Volver a ser la morena atractiva que había sido. Algo más que la madre de Anthony, Michael y James. Algo más que la esposa del hombre que llevaba la pizzería de la familia.

—Bueno, no es que no pudieras hacerlo —añadió él, adivinando sus pensamientos—. Eres la mujer más bella del mundo... Venga, no te preocupes por nada. Quédate en el hotel y disfruta de una noche de libertad.

—No puedo hacerlo, Tony. Al bebé le está saliendo un diente y te volverá loco si se pone a llorar en mitad de la noche.

—Me volvería aún más loco si tuviera que preocuparme también por ti. Las carreteras están en muy mal estado con la nevada, Gloria. Además, el niño se encuentra perfectamente. Y cuidaré de él.

Gloria suspiró. Tony no era el padre más ortodoxo del mundo, pero adoraba a los pequeños y nunca habría permitido que les pasara nada malo.

—Insisto. Quédate allí. Tómate una noche de libertad... sé que lo necesitas.

Aunque la idea era muy tentadora, Gloria se resistió un poco más. Pero él consiguió convencerla al cabo de un rato y ella se alegró de haberle hecho caso.

Por una noche, volvería a ser libre. Volvería a ser la mujer que había sido.

El hotel tenía dos bares. Uno estaba lleno de clientes, el otro, el salón con piano del restaurante, prácticamente vacío. Sabía que en el primero habría más mujeres y seguramente más mujeres solteras, pero eligió el segundo porque le pareció más íntimo privado, más adecuado al humor de esa noche.

El día había sido complicado y necesitaba relajarse. Además, su libido necesitaba un poco de acción para no atrofiarse del todo.

Cuando entró en la sala y vio a una mujer sola, supo que había acertado. Tenía unos grandes ojos marrones y un cabello precioso y oscuro, justo el tipo de pelo que le gustaba. Además, no se parecía nada a las mujeres que seguramente abarrotaban el otro bar. Era introspectiva y su expresión resultaba casi solitaria mientras escuchaba la música del pianista. Había algo triste en ella. Un peso en sus hombros que indicaba que no salía a menudo y que no sabía qué hacer cuando salía.

Sintió una punzada en el corazón. Una mujer tan maravillosa no merecía estar triste. Y cuando la miró con más detenimiento, calculó que debía de tener treinta y tantos años, como él. Eso también le gustó. Las mujeres demasiado jóvenes eran poco interesantes, carecían de conversación. Y las mayores estaban de vuelta de todo y sólo querían sexo, aunque tuvieran que pagar por él.

Aquella, en cambio, era diferente. Poseía una belleza interior que habría intrigado a cualquier hombre. Sobre todo a uno como él.

No se acercó inmediatamente a ella. La observó desde la entrada y vio cómo alcanzaba su copa, pasaba un dedo por el borde del cristal y echaba un trago sin saber que alguien la observaba. Su perfil era precioso. Tenía una bonita nariz, pómulos altos y piel morena. Además, se había recogido el pelo con un peinado tan complicado como si acabara de volver de una fiesta.

Pero su cuerpo le gustó todavía más. Era de senos grandes y silueta exuberante. Llevaba un vestido negro elegante y con un escote que habría bastado para que la boca se le hiciera agua, pero no tan descarado como si quisiera ligar con alguien.

Por fin, avanzó hacia la mesa de la mujer y la saludó.

—Buenas noches.

Ella alzó la mirada, sobresaltada.

—Siento molestarla, señorita. Pero, ¿le importa que me siente con usted?

La mujer lo miró con asombro verdadero, como si no fuera consciente de su belleza.

—Bueno, yo...

—Sé que soy un perfecto desconocido para usted, pero no se preocupe: no soy un psicópata ni nada por el estilo. Es que la he visto sola y he pensado que tal vez le gustaría hablar con alguien.

Ella no dijo nada.

—Acabo de llegar a la ciudad y no conozco a nadie —continuó él—. Y francamente, odio beber solo.

Ella se mordió el labio inferior, lo miró y asintió.

—Este bien, siéntese si quiere. Éste es un país libre.

No era exactamente una bienvenida cálida, pero se sentó de todas formas. Entonces notó que llevaba una colonia especiada y ligera, pero no excesiva. Un aroma bastante inusual.

—Oh, perdóneme, no me he presentado. Me llamo Tom...

Ella arqueó una ceja increíblemente elegante y le dedicó algo parecido a una sonrisa.

—Yo me llamo Jennifer.

Él supo inmediatamente que había mentido. No se llamaba así. Y si estaba sola en aquel bar era porque quería alejarse de su vida normal y corriente y pasar una noche loca con alguien.

Cuando bajó la mirada y notó la marca de un anillo de casada, supo que había acertado en sus suposiciones. Quería una noche de amor y se había quitado el anillo. No porque le importara que los demás supieran que estaba casada, sino porque se sentía culpable. Y eso indicaba, de paso, que era la primera vez que hacía algo parecido.

Pero no tenía motivos para sentirse culpable. Sólo iban a tomar una copa. No había hecho nada malo. Todavía.

Sin embargo, la noche era muy larga.

CAPÍTULO 02

Gloria Santori supo que el hombre moreno e increíblemente atractivo no se llamaba Tom. Del mismo modo en que ella no se llamaba Jennifer.

También supo que debía sentirse bastante más nerviosa de lo que estaba. Nerviosa, culpable, asustada, culpable, nerviosa. Pero sólo se sintió excitada.

Era lógico. Estaba en el bar de un hotel, a última hora de la noche, charlando con un hombre muy sexy que se había presentado con nombre falso y que no le quitaba la vista de encima. Era evidente que le gustaba. Gloria no se habría casado ni habría tenido tantos hijos de no haber sabido reconocer el deseo.

Sabía que no se atrevería a llegar más lejos, pero le agradaba sentirse deseada otra vez. Le gustaba que admiraran su cara, su cuello, la curva de sus pechos.

Había estado a punto de quedarse durmiendo en la habitación y no bajar al bar. Pero cambió de opinión, se quitó el vestido rojo y se puso el negro que había usado durante la cena de la noche anterior. Sólo pretendía tomar una copa a solas. Fingir durante un rato que no tenía que dar de mamar a un niño ni preparar la comida al día siguiente.

Y entonces apareció él y se sentó a su lado. Beber sola ya no era una opción aceptable.

— ¿Está en la ciudad por negocios? —preguntó él.

El hombre llamó a la camarera y pidió una copa. Le ofreció una segunda a Gloria, pero ella la rechazó.

—No, por una boda —confesó—. ¿Y usted?

—Por negocios, como ya le he dicho. Viajo mucho.

Gloria noto el ligero acento de su voz y estuvo a punto de preguntar si era europeo. Pero no estaba segura de querer saberlo.

— ¿Y cómo es posible que su marido no la haya acompañado?

Gloria reaccionó con asombro y se miró la mano derecha.

— ¿Tan evidente es que estoy casada?

—Sólo para alguien con experiencia.

— ¿Tiene mucha experiencia con las mujeres?

Él sonrió ligeramente.

—Bueno, sé un par de cosas.

—Entonces, dígame qué estoy haciendo aquí, en el bar de un hotel y sin mi marido —lo retó.

Él se inclinó hacia delante y se apoyó la mesa. Gloria notó que tenía unas manos grandes y fuertes, pero también elegantes. De repente, deseó que la tocara. Que le diera un masaje. Que la acariciara.

Era una tentación irresistible.

—Se ha marchado de la habitación y lo ha dejado solo. Porque una vez más, él ha llegado cansado, se ha tumbado en la cama y se ha quedado dormido de inmediato.

A Gloria le hizo gracia la descripción. Se parecía bastante a algunas de sus últimas noches.

—Y como no podía soportarlo más, se ha marchado —continuó él—. Porque necesita pasión, caricias, placeres decadentes.

—Oh, Dios mío... —dijo ella, fascinada.

—Está enamorada de su marido, pero echa de menos la excitación. La vida se ha vuelto demasiado normal. Y aunque en general le gusta, a veces necesitaría algo más.

— ¿Cómo puede saber...?

Él sonrió.

—Es fácil. Su cara lo dice todo. Y es una lástima, porque es demasiado bella para sentirse así.

—Gracias —susurró.

—Es duro que te subestimen —dijo él—. Además, supongo que trabaja demasiado y que tiene muchas responsabilidades...

—Eso es cierto —afirmó, alcanzando su copa.

—No la ayudan lo suficiente y se siente como si viviera con el piloto automático puesto. Dedicándose en cuerpo y alma a los demás y sin un minuto de tiempo para usted. Ya no se siente deseable. Cree que sólo es un ama de casa aburrida.

Gloria lo miró con asombro. Era un hombre tan guapo como perceptivo. Él sonrió, se inclinó un poco más y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

— ¿Cuándo fue la última vez que su marido apareció por detrás, la besó en el cuello y le dijo que es la mujer más bella del mundo?

Ella no fue capaz de responder. Se limitó a negar con la cabeza. Cuando Tony hacía ese tipo de cosas, invariablemente aparecía un niño y se interponía entre los dos.

— ¿Cuándo fue la última vez que pasaron un día entero en la cama, sin preocuparse por nada?

—Es que trabaja mucho —murmuró.

—Ningún hombre debería trabajar tanto como para negar a su esposa las atenciones que merece. Una mujer tan increíble como usted implica una gran responsabilidad. Pero algunos hombres no lo comprenden.

— ¿Responsabilidad? —preguntó.

Él asintió.

—Por supuesto. Todas las mujeres necesitan que las toquen.

—Sí, eso es cierto.

—Necesitan que las acaricien, que deseen su piel y su aroma, que le acaricien el cabello, que les digan lo guapas que están.

Ella volvió a tomar la copa y echó un buen trago. Adoraba a Tony y adoraba sus cumplidos, pero ya sólo hacían el amor en el cuarto de baño y él no le había acariciado el cabello ni se lo había lavado, como hacía antes, en muchos años.

—Necesitan que las acaricien por todo el cuerpo. Que las toquen por todas partes.

Gloria cerró los ojos y se dejó llevar por sus palabras y por la promesa que contenían. Después, se humedeció los labios sin poder resistirse y se dijo que no había nada de malo en fingir que podía terminar en brazos de un desconocido que intentaba seducirla.

—Cuando se ama a una mujer hay que besarla durante horas. En todas partes. De todos los modos posibles. Suavemente en los labios. Y apasionadamente en el cuello.

— ¿Y dónde más? —preguntó.

Él le acarició el brazo. Eso y la suavidad de sus palabras bastó para que Gloria se permitiera imaginar cosas que no había imaginado en muchos meses, ni con su marido ni con nadie más.

Sus pezones se endurecieron y notó humedad entre las piernas. Podía sentir el calor de su aliento en el pelo y deseó más susurros, más fantasía, más posibilidades. Aunque fueran irrealizables.

—El cuerpo de una mujer está lleno de lugares deliciosos —respondió al final—. A mí me gustan especialmente los cuellos. Tan delicados y frágiles...

Gloria alzó una mano y se acarició en el lugar que él acababa de mencionar.

—Pero hay que hacerlo poco a poco, con calma, con ternura —continuó el hombre.

Gloria contuvo la respiración.

—Y los senos —dijo él—. Besar los senos de una mujer es lo más maravilloso del mundo. Su piel es tan suave al contacto con la lengua y sus pezones tan perfectos cuando se endurecen bajo los labios... Es como si rogaran atención. Como si pidieran besos dulces y besos duros. Como si quisieran que los chuparan.

Ella se estremeció un poco. O más bien, mucho. Se preguntó por qué había empezado un juego que no iba a terminar. Sabía que si hubiera intentado levantarse, sus piernas no la habrían sostenido. Se habría caído al suelo o en el regazo de aquel hombre atractivo y peligroso.

—Y luego está el estómago. Me encanta apoyar la cara contra el estómago de una mujer. No me refiero únicamente a disfrutar del contacto de su piel, sino también del aroma de su excitación —afirmó.

—No siga, se lo ruego...

— ¿Por qué? —Dijo él—, ¿He hecho algo malo?

—No he debido venir a este bar. De hecho, debí volver a casa esta noche.

Él sonrió.

— ¿Es que está sola? ¿Su marido no está arriba?

Gloria supo que había cometido un error táctico.

—Gracias por la compañía. Pero tengo que marcharme.

Él se levantó y ella pensó que lo hacía como gesto caballeroso. Sin embargo, no fue así. Cuando Gloria se alejó en dirección a la salida, él se acercó y la tomó del brazo.

— ¿Qué es lo que pretende?

—Usted sabe perfectamente que me ha invitado a subir a su habitación con cada uno de sus gemidos y de sus suspiros. Con todas sus miradas de deseo y con su insistencia en humedecerse los labios.

Si Gloria hubiera sido una dama, lo habría negado todo y le habría dado una boletada.

Pero Gloria no sabía mentir ni fingir. Él estaba en lo cierto. Todo lo que había dicho era verdad.

Ahora sólo tenía un problema. Decidir lo que iba a hacer.

CAPÍTULO 03

Mientras caminaban hacia los ascensores del hotel, él pudo sentir su tensión. La preciosa mujer que lo acompañaba estaba nerviosa e insegura. Pero la tensión no se debía a su nerviosismo, sino a la excitación.

Podía sentir el denso y cálido aroma de su cuerpo. Tal vez fuera una gran ama de casa en su otra vida, pero en ese momento sólo era una cálida y seductora amante cuya inseguridad la hacía aún más atractiva.

—No puedo hacerlo. Si alguien me ve...

—Eso lo hace más apasionante, ¿no le parece? —Preguntó él, sin soltarle el brazo—. Además, sólo la estoy acompañando a su habitación. Me limito a darle la oportunidad de pensar lo que va a hacer cuando lleguemos a su puerta.

Si él hubiera sido libre para actuar según sus deseos, no lo habría dudado ni un momento. Quería estar con ella. Notaba sus pezones endurecidos contra la tela del vestido y sabía que estaba preparada.

Por lo menos, su cuerpo. Porque su mente era cuestión distinta. Todavía tenía que convencerse para seguir adelante. Pero le daba igual cómo lo hiciera. Sólo sabía que quería hacerle el amor.

—Amo a mi marido—susurró.

—Nadie ha dicho que no lo ame.

—Yo no hago este tipo de cosas...

—Tampoco he dicho eso.

Una pareja se acercó. Eran más o menos de su misma edad y caminaban despacio, pero sin tocarse, iban enfrascados en una conversación y él pensó que se querían aunque ya habían perdido la excitación de los primeros tiempos. Casi sintió lástima por ellos. Porque seguramente tendrían fantasías eróticas con otras personas y no se atrevían a llevarlas a cabo. Querían que los tocaran. Querían sentirse deseados.

Pensó que si el hombre hubiera tenido un ápice de inteligencia, le habría pasado un brazo sobre los hombros, le habría acariciado el cabello, le habría hecho algún comentario elogioso y habría provocado su risa. Pero en lugar de hacer eso, se llevó una mano a la boca y bostezó. Acto seguido, se quejó de los precios del bar y del servicio del hotel.

Cuando pasaron ante ellos, la mujer los saludó.

—Buenas noches —dijo.

La preciosa morena que estaba a su lado, la que supuestamente se llamaba Jennifer, se puso tan tensa como si los desconocidos supieran que estaba casada y a punto de tener una experiencia sexual con otro hombre.

El ascensor llegó en ese momento y Gloria suspiró aliviada cuando la pareja desapareció en dirección al vestíbulo.

Una vez dentro del ascensor, pulsó el botón de su piso con una mano temblorosa. Él se inclinó y se la besó.

—Piso sesenta y nueve... —dijo él—. Suena profético.

—Antes no hemos hablado de esto —continuó—. Pero si hay algo que les gusta a las mujeres, ese algo es un buen trabajo con la lengua.

—Ya basta...

Gloria no pudo soportarlo por más tiempo. Lo agarró del cuello de la camisa, se arrojó sobre él e introdujo un muslo entre sus piernas. Él la miro con sorpresa y la tomó de la cintura. Tuvo la impresión de que sus cuerpos encajaban perfectamente.

—No puedo esperar —dijo ella—. No puedo.

—Yo tampoco —dijo él, lleno de deseo.

— ¿Cree que habrá cámaras de seguridad en los ascensores?

Él alzó la mirada y distinguió lo que parecía ser una cámara minúscula.

—Sólo una —respondió—. Pero no pueden ver todo el interior del habitáculo.

Tom la empujó hacia una esquina que quedaba fuera del ángulo de visión del aparato.

—Es una suerte...

Gloria le desabrochó rápidamente los pantalones y él le alzó el vestido.

—Oh, sí... —gimió al sentir el contacto de su duro sexo—. Lo necesito. Lo necesito con toda mi alma.

El ascensor siguió ascendiendo. En cualquier momento podía detenerse en uno de los pisos y podían descubrirlos. Pero a él le daba igual. Necesitaba tenerla. Así que le apartó las braguitas e introdujo los dedos en su cuerpo. Estaba muy húmeda.

—Quiero más, mucho más —dijo él—. Quiero hacer todo lo que le dije en el bar.

—Después. Ahora no puedo esperar.

No tuvo que volver a insistir. Aunque ya habían pasado el piso cuarenta, se quitó la ropa y dijo:

—Necesito probarla.

Entonces, la levantó en vilo y ella cerró las piernas alrededor de su cintura. Después, se apretó contra su cuerpo y él la penetró con una acometida dura y profunda. Gloria dejó escapar un gemido. Tom empezó a moverse. Pero justo entonces notó que el ascensor perdía velocidad.

—Oh, maldita sea... —murmuró.

La dejó rápidamente en el suelo, recogió los pantalones y se los puso a toda prisa. Se estaba abrochando el botón cuando la puerta se abrió. Afortunadamente no había nadie. Porque si hubiera habido alguien, habría notado el inconfundible y denso olor a sexo.

Intentó recordarse que aquello sólo era el principio de la noche y sacó fuerzas de flaqueza para contenerse y acompañarla a la puerta de su habitación. Además, ahora estaba seguro de lo que quería hacer. No le bastaba con un interludio rápido. Lo que tenía en mente exigía más intimidad que la ofrecida por el ascensor. Y mucho más tiempo.

Gloría no podía creer lo que había hecho. Cualquiera podía haberlos descubierto en el ascensor.

Incluso alguna de sus hermanas, que no en vano se encontraban en el mismo edificio.

Pero no le importaba en absoluto. Estaba demasiado excitada. Había hecho el amor, aunque sólo fuera durante unos minutos, en un ascensor en movimiento. Era lo más transgresor que había experimentado en toda su vida. Pero aquella noche era diferente. Era una noche de locuras.

—Dame la llave —dijo él, tuteándola por primera vez—. Las manos te tiemblan tanto que no podrías abrir.

Ella se la dio y entraron en la suite. No perdieron el tiempo. Necesitaban terminar lo que habían empezado.

—Quiero sentirte. Quiero estar dentro de ti — murmuró él mientras le acariciaba los senos.

Ni siquiera se había molestado en abrocharse el botón de los pantalones, así que se los pudo quitar con un simple movimiento.

Gloria se levantó el vestido y se libró de las braguitas, que dejó caer al suelo.

La cama sólo estaba a un par de metros de distancia. Sin embargo, no quería hacerlo en la cama. Necesitaba el sexo salvaje y alocado que había experimentado en el ascensor.

—Termina —ordenó ella—. Tómame.

Él la besó, la levantó de nuevo y la penetró igual que la vez anterior.

Gloria echó la cabeza hacia atrás y gritó. Su posesión fue innegable, completa. La llenó por completo y la poseyó.

Ella no pudo hacer nada salvo aferrarse a sus hombros y maravillarse con la fuerza de su pecho y de sus brazos. La sostenía como si no pesara nada y se movió una y otra vez hasta dejarla casi sin sentido.

Cuando sus gemidos le indicaron que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, lo animó para que siguiera hasta el final.

Quería que perdiera el control, que estallara dentro de ella, que la llenara con su esencia. Sabía que después se lo tomarían con más calma y que él le daría lo que necesitaba. Tenían toda la noche por delante.

—Voy a...

—Hazlo —dijo ella.

Él alcanzo el clímax con varias acometidas poderosas. Y luego, sin salir de su cuerpo, la llevó en brazos a la cama y se tumbaron juntos.

—Eres preciosa, absolutamente preciosa.

Los ojos de Gloria se llenaron de lágrimas. Porque él lo había conseguido. Había logrado que se sintiera sexy, deseable, irresistible. Todas las cosas que había olvidado con el paso del tiempo.

—Eres tan bella. Y te amo tanto… —susurró.

Ella sonrió y lo besó.

—Yo también te amo... Tony.

CAPÍTULO 04

Ahora que por fin estaban solos y que podían disfrutar de un poco de intimidad y de una cama enorme, se dedicaban a hacer el amor contra una pared.

No era exactamente lo que Tony Santori había planeado. Quería seducirla lentamente, darle una fantasía maravillosa.

Cuando sus padres aparecieron en la casa aquella noche y se empeñaron en quedarse con los niños para que Gloria y él pudieran divertirse en el hotel, estuvo a punto de arrodillarse y besarles los pies. Indudablemente, su esposa y él lo necesitaban.

Tony no era ningún estúpido. No hacía falta ser muy listo para saber que Gloria no era feliz. Había perdido el ánimo y parte de la confianza en sí misma.

— ¿Sabes una cosa? Durante los últimos meses me sentía un cerdo por querer saltar sobre ti cada vez que los niños se alejaban. Sólo deseaba arrancarte la ropa y hacerte el amor.

Ella lo abrazó.

—Ésa es una de las cosas más bonitas que me has dicho.

Él rió. Probablemente era cierto. Nunca había sido demasiado romántico.

—Pero hasta la semana pasada, cuando lloraste después de hacer amor a toda prisa, no me di cuenta de que tú necesitabas lo mismo.

—Es verdad. Me sentía desconectada. Casi asexual...

—Gloria, eres la mujer más atractiva que he visto en mi vida. Y siempre cuidaré de tus necesidades...

Él se acercó un poco más y empezó a desnudarla.

—Todas esas cosas que me has dicho en el bar…

—Ha sido fácil. Me he limitado a decir la verdad. Lo que siento —le confesó—. Y sin embargo he sido incapaz de contenerme y de no arrojarme sobre ti a la primera de cambio.

Ella se arqueó contra él, incapaz de contenerse.

—Eso es lo que lo ha hecho tan... interesante. ¿Sabes hasta qué punto necesitaba perder el control?

—Sí, claro que lo sé. Porque yo también lo necesitaba.

—Oh, Tony...

Ella echó la cabeza hacia atrás, rogándole en silencio que la acariciara. Él se lo concedió y le besó los pechos.

—Cuando volviste a llamar por teléfono y dijiste que tus padres se iban a quedar con los niños no me lo pude creer...

—Quería sorprenderte, pero tenía miedo de que al final hubieras decidido volver a casa.

—Y seguramente lo habría hecho —dijo entre risas—. Me dejaste anonadada cuando me pediste que bajara al bar sin anillo de casada y sin braguitas.

—Pero no has hecho caso con mi segunda petición.

—No, claro que no. Alguien podría haberse dado cuenta.

— ¿Cómo? ¿Por las cámaras de los ascensores? —bromeó él.

— ¿Las cámaras? —preguntó, preocupada—. Pero si has dicho que no podían vernos...

—No lo decía en serio. Estoy seguro de que no nos han visto. Y si lo han hecho, sólo habrá sido cuando nos besábamos.

—Nunca habría imaginado que aparecerías en ese bar, fingirías ser un desconocido y hasta te molestarías en hablar con acento...

Tony sonrió de nuevo. Estaba muy contento con su propia interpretación. La idea no era suya; la había sacado de una revista. Pero sabía que pocos hombres se habrían atrevido a llevarla a cabo. Y se alegraba de haberlo hecho.

—Te has comportado con mucha profesionalidad. Como si tuvieras práctica.

—Y tú con inseguridad, como si no la tuvieras.

— ¿De verdad? Y yo que pensaba que me he rendido con demasiada facilidad...

—No te preocupes. Sólo eres fácil conmigo.

En realidad, Tony había disfrutado enormemente con la experiencia. Amaba a su mujer.

Volvió a concentrarse en sus senos y obtuvo un gemido de placer por parte de Gloria. Como había estado amamantando al niño, llevaba mucho tiempo sin poder tocárselos y estaba al borde de la desesperación. Pero ahora que por fin podía, estaba seguro de que no se cansaría de besarlos, de mordisquearlos y de lamerlos.

—Oh, cariño —dijo ella, acariciándole el pelo.

—Te he echado tanto de menos...

—Sigue, Tony, por favor...

Tony le succionó el pezón y no le importó que su cuerpo le recompensara con el mismo líquido con el que ella amamantaba a su hijo pequeño.

—Oh, Dios mío... —dijo Gloria.

—Necesitaba comerte.

Pasó de un pezón a otro, acariciándoselos y lamiéndoselos como a ella le gustaba. Se conocían bien y sabía exactamente lo que tenía que hacer. Pero era tan maravilloso y excitante como si en realidad fueran dos desconocidos.

—Te amo —murmuró ella.

Tony se apartó entonces de sus senos y bajó las manos hasta su entrepierna. Una vez allí, encontró su clítoris y concentró en él sus esfuerzos.

Ella gimió e intentó besarlo. Él la inmovilizó y la mantuvo donde estaba porque sabía por experiencia que, cuanto más cerca estuviera del orgasmo, más intentaría apartarse.

Y no estaba dispuesto a permitirlo. No la soltó basta que llegó al clímax en su boca.

Gloria todavía estaba susurrando su nombre cuando Tony la penetró.

—Es increíble...

—Te amo, cariño —dijo él, mientras la miraba a los ojos—. Gracias por haberte casado conmigo y por ser la madre de mis hijos.

—Yo también te amo, Tony. Gracias por recordarme que soy algo más que tu esposa y la madre de tus hijos.

—Por supuesto que lo eres. Mi amante.

—Tu amante —repitió ella—. Esta noche... y siempre.

No tenían que marcharse hasta el mediodía, pero a las nueve de la mañana ya estaban preparados. Gloria habría preferido quedarse todo el día con su marido, pero sus suegros eran mayores y los niños podían ser muy pesados.

Se ducharon juntos y ella casi se derritió de puro placer cuando él se empeñó en lavarle el pelo. Además, la ducha era más grande que la que tenían en casa y tuvieron la ocasión de hacer el amor apasionadamente y entre un montón de jabón.

Cuando salieron de la habitación, llamaron al ascensor. Pero Tony no entró en él inmediatamente.

— ¿Qué ocurre?

—Esperemos a otro.

—No pretenderás que terminemos lo del ascensor...

Desafortunadamente, el segundo ascensor tampoco estaba vacío. Sin embargo, eso no evitó que la empujara contra una esquina y la acariciara en secreto aprovechando que los demás no podían verlos. Ella lanzó una mirada rápida a la cámara y sonrió con la esperanza de que el guardia de seguridad la viera.

—Me he dado cuenta de lo que has hecho — murmuró él cuando salieron al vestíbulo.

— ¿Yo? ¿Qué he hecho? —preguntó con inocencia fingida.

—Eres perversa, Gloria Santori.

—No sé de qué estás hablando. Sólo soy una madre respetable. Un ama de casa. Una voluntaria de la biblioteca local.

Él dejó el equipaje en el suelo y se giró para mirarla.

—Y también eres mi esposa.

Gloria sonrió cuando la tomó del brazo y salieron a la fría mañana de Chicago.

— ¿Tony?

— ¿Sí?

—La próxima vez no llevaré braguitas.

Él rió.

—Te aseguro que te tomaré la palabra...

El aparcacoches los miró con curiosidad. Y también un par de ejecutivos que estaban subiendo a un taxi. Pero a Gloria no le importó nada.

—Ah, una cosa más.

— ¿Sí?

—La próxima vez yo seré la ejecutiva en viaje de negocios y tú serás un marido incomprendido y solitario. ¿De acuerdo?

—Lo que tú desees, amor mío —respondió cuando empezaron a caminar por la calle—. Lo que tú desees.

EPÍLOGO

Estuvieron a punto de perder el vuelo.

Tras una larga noche de pasión y ternura, Izzie y Nick estaban muertos de sueño. Cuando ella miró el reloj, se dio cuenta de que eran las diez de la mañana Y el vuelo a Aruba despegaba del aeropuerto de O´Hare a las doce en punto.

Hicieron las maletas a toda prisa, se vistieron con igual rapidez y salieron corriendo de la habitación. Durante el descenso en el ascensor, Izzie no dejó de mirar la hora.

—Si perdemos ese avión, tomaremos otro —dijo Nick con una sonrisa sexy e insaciable—. O podríamos volver al hotel. No me importaría pasar otra noche parecida.

A ella tampoco le habría importado. Nick y ella eran amantes desde hacía meses, pero nada la había preparado para la experiencia de ser amante y mujer casada al mismo tiempo. Era algo increíblemente intenso, más de lo que nunca habría imaginado.

—Espera un momento... ¿Ésa no es Gloria? — preguntó Nick cuando salieron al vestíbulo.

Izzie miró a la mujer que salía justo entonces del hotel y negó con la cabeza.

—No, no puede ser. Dijo que se marchaba anoche porque tenía que cuidar de los niños.

Nick debió de notar un fondo de preocupación en su voz, porque dijo:

—Tranquila. Hemos acordado que no tendremos hijos hasta dentro de una temporada...

Ella asintió. Deseaba tener hijos con Nick, pero no tan pronto. Antes quería divertirse.

—Prométeme que nunca seremos como Gloria y Tony, que nunca tienen tiempo para ellos mismos.

Él le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Te lo prometo.

—Lo siento por ella. Sé que ama a tu hermano, pero es tan... maternal, tan poco aventurera...

—Yo diría que has heredado todo el atrevimiento de tu familia.

—Bueno, Mia también es bastante atrevida, aunque no demasiado cuando se trata de su vida amorosa —dijo ella cuando salieron a la calle—. Nunca se deja llevar, nunca se arriesga. Y es una pena. Me temo que ninguna de mis domas de honor tiene suerte en cuestiones de amor.

—Bueno, Gloria y Tony se aman...

—Sí, por supuesto, no me refiero a eso. Me refiero al romanticismo, al sexo, a la pasión... Ojala que Bridget supere la relación que mantuvo el año pasado con ese cretino del FBI Y que Leah conozca a un médico rico en la universidad que se enamore de ella y le haga olvidar lo difícil que fue su infancia.

—Seguro que hay muchos médicos ricos en el club. Pero dudo que alguno esté buscando esposa.

—Pues tú encontraste una allí...

—No, fuiste tú quien me encontraste en una mesa llena de pasteles durante la boda de Gloria y Tony.

Izzie le dio un pellizco en el brazo. En realidad se conocían desde que ella era adolescente y él un joven soldado. Había dicho lo de los pasteles porque la llamaba «bollito» desde entonces.

—Si quieres que me vaya de luna de miel contigo, será mejor que no vuelvas a llamarme eso.

Nick simulo que se cerraba la boca con una cremallera. Pero su humor no sirvió para que Izzie olvidara el asunto de sus hermanas y sus amigas.

—Y Vanessa, con lo guapa que es, no tiene a nadie en su vida.

—Es una pena, pero ya encontrará a alguien. Hasta hace seis meses nadie habría imaginado que precisamente tú y yo, que nos conocemos desde siempre, nos enamoraríamos...

—Eso es verdad. Y si nos ha pasado a nosotros, también les puede pasar a ellas.

—Tal vez ya les haya pasado. Quién sabe si anoche no disfrutarían de una experiencia tan apasionada como la nuestra...

Los dos se miraron a los ojos y estallaron en carcajadas.

Porque sabían perfectamente que eso era imposible.

Cuando dejaron de reír, Izzie apoyó la cabeza en el hombro de su marido y notó que él se giraba levemente para protegerla del frío.

Era tan protector con ella que lo adoraba.

En ese momento, el portero del hotel les consiguió un taxi y subieron al vehículo.

— ¿Estás bien? —Preguntó Nick—. ¿Sigues preocupada por lo de tus damas de honor?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Como tú mismo has dicho, ya conocerán a alguien. Quién sabe, tal vez sea hoy mismo... Al fin y al cabo, nada impide que hoy sea el primer día del resto de sus vidas.

Nick le acarició la mejilla.

—Como en nuestro caso—susurró.

Izzie lo besó y estuvo completamente de acuerdo con él. Porque pasar toda una vida con Nick Santori era lo que siempre había deseado.

Sólo esperaba que, algún día, sus damas de honor fueran tan felices como ella.

FIN